

EX LIBRIS

MUSEO DE LA CIUDAD DE LA HABANA

IPD

INSTITUTO  
PÚBLICO DE  
DIFUSIÓN CULTURAL

BOULEVARD DE LA VIGÍA, 100, LA HABANA, CUBA

TEL. (57) 7 830 11 11

FAX (57) 7 830 11 11

WWW.IPD.CU

© 2000 INSTITUTO PÚBLICO DE DIFUSIÓN CULTURAL

IMPRESO EN CUBA



**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

**ESTUDIOS HISTORICO-MILITARES SOBRE LA  
GUERRA DE INDEPENDENCIA DE CUBA**



**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

59

ESTUDIOS  
HISTORICO -MILITARES  
SOBRE LA GUERRA DE  
INDEPENDENCIA DE CUBA

POR  
RENE E. REYNA COSSIO



2963

Municipio de La Habana  
Oficina del Historiador de la Ciudad  
1954

  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

## NOTA PRELIMINAR

Recogemos en este Cuaderno de Historia Habanera tres valiosísimos estudios histórico-militares, escritos en diversas épocas por René E. Reyna Cossío, porque los creemos merecedores de una mucho más amplia divulgación de la que han tenido hasta ahora, dado que los hechos de armas que en ellos se analizan y enjuician tuvieron trascendencia excepcional en la última etapa — etapa victoriosa — de la Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años.

El autor de estos trabajos nació en La Habana poco antes de iniciarse el período final de dicha contienda, vivió de niño en la vecina ciudad floridana de Cayo Hueso, tan unida a nuestra patria durante las luchas libertadoras por la inapreciable cooperación que los emigrados cubanos allí residentes prestaron, espiritual y materialmente, al empeño independentista. En 1900 regresó a Cuba, y entró a formar parte de la llamada oficialidad académica, por haberse graduado en la Escuela de Cadetes, que funcionó por muchos años en el Castillo de El Morro, de La Habana, y más tarde pudo ver y practicar la teoría aprendida, en la acción combativa, durante nuestra guerra civil de 1917. Comenzó a escribir sobre tópicos historico-militares en el BOLETÍN DEL EJÉRCITO, hasta que el estudio constante lo llevó a hurgar cada vez más profundamente en nuestros hechos de armas de la Revolución Libertadora, aprovechando, para su valioso acopio de datos de primera mano, la circunstancia de que aún vivían muchos de los gloriosos mambises participantes en aquélla.

El primer trabajo de esta índole cabalmente realizado en Cuba, fué el que llevó a cabo René Reyna sobre la triunfal campaña de La Invasión, de Oriente a Occidente de la Isla, dirigida por el General en Jefe, Máximo Gómez, y el Lugarteniente General, Antonio Maceo, del Ejército Libertador, desde el 22 de octubre de 1895 hasta el 22 de enero de 1896: 424 leguas recorridas victoriosamente, en 92 días; "el hecho militar más audaz de la centuria", como lo calificó Clarence King, llevado a cabo por no más de cinco mil revolucionarios cubanos, mal armados, contra fuerzas enormemente superiores, pues pasaban de cien mil los hombres de ejército regular, más los

voluntarios y guerrilleros. Fueron tales el valor estratégico y la trascendencia extraordinaria y decisiva que tuvo esta operación bélica en la victoria final de aquella lucha por la independencia y la libertad cubanas, que permitió la sublevación en todas las provincias de la Isla y la colaboración de la población civil de las mismas, pudiendo afirmarse, como lo ha hecho el ilustre historiador Benigno Souza, que después de dicha hazaña militar, la guerra estaba ganada por los cubanos y "ya sólo era cuestión de aguardar un poco más de tiempo".

Este notabilísimo estudio sobre La Invasión en general, y la campaña, durante la misma, del mayor general Máximo Gómez en la provincia de la Habana, además de ser el primero de su índole, como hemos apuntado, llevado a cabo en Cuba, no ha sido superado aún, y lo ilustran y complementan los diversos planos levantados, al efecto, por M. Torres Menier y M. Lesassier.

No menos notable es el otro estudio histórico-militar de Reyna sobre la acción de San Pedro, en la que ascendió a la inmortalidad de la gloria el héroe sin par que fué Antonio Maceo. Empleando como fuente documental este estudio, traducido al inglés, pudo ser analizado el combate de San Pedro en la Escuela de Fort Riley, de los Estados Unidos, al presentarlo como tesis de examen el teniente Gallinal y otros oficiales cubanos, hace ya más de veinte años, conservándose este trabajo en los archivos de dicha escuela militar.

Es de lamentar que por haberse visto envuelto el teniente René Reyna en la vorágine revolucionaria contra la dictadura de Machado, y enviado a un calabozo de la fortaleza de La Cabaña, acusado de conspiración para la rebelión, perdiera otro estudio sobre la breve campaña de Narciso López en Pinar del Río; y que después, domiciliado en el extranjero, hace más de veinte años y consagrado desde entonces a la enseñanza del idioma español en los Estados Unidos, no haya podido llevar a término su propósito de escribir toda la historia militar de la lucha libertadora cubana durante la Década Gloriosa y la Guerra de 1895-1898.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING.  
Historiador de la Ciudad de La Habana.



# LA INVASION



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

El honor que recibe un cubano al hablar de nuestras luchas armadas por alcanzar la libertad y fundar la República, es tal y tan elevado, que basta por sí sólo para que el alma se ilumine como en una aurora de fe patriótica, y se vislumbren, al rasgar el velo del pasado, aquellos días memorables en los que un puñado de hombres se congregó bajo los Mangos de Baraguá — ¡inolvidable alborada del mes de octubre! —, para iniciar la épica hazaña que parecía irrealizable y que fué, al fin, una obra maestra de dos genios militares, como trataremos de demostrar más adelante.

Queremos advertir que este trabajo, en el cual se pretende realizar un ligero estudio de arte militar, está inspirado en los dos grandes amores que deben caracterizar, como anhelaba un autor famoso, a todos los ciudadanos, profesen o no la noble carrera de las armas: el amor a la patria y el amor al estudio.

Entiéndase bien, sin embargo, que rechazamos la patriotería. No somos patriotereros, pero bien quisiéramos poder llamarnos patriotas en la justa acepción de este vocablo, cosa muy difícil, por cierto, pero que parece fácil conquista para aquellos que no saben o no quieren medir su trascendental significación.

Si alguien anhela saber a punto fijo la diferencia esencial que establecemos entre el patriota y el patrioterero, aquí y en todos los países, que lea a nuestro Martí, cuando dice:

En este mundo no hay más que una raza inferior: la de los que consultan antes que todo su propio interés, bien sea el de su vanidad, o el de su soberbia, o el de su peculio; ni hay más que una raza superior: la de los que consultan, antes que todo, el interés humano.

A esta raza superior, decimos nosotros, pertenece el patriota; a la inferior el patrioterero.

¿Y a quiénes mejor que a los patriotas de las épicas jornadas separatistas — raza superior por su altruísmo — podemos dedicar este modesto esfuerzo de nuestros reducidos conocimientos profesionales?

Nadie, en verdad, con más derecho que los soldados de la Libertad, que nos han dado esta República tras los sacrificios más cruentos que



la mente pudiera imaginar; nadie con más derecho, repetimos, para recibir homenajes vivos del sentimiento, que los adalides de las redenciones patrias.

Y por eso, solamente por eso, estamos ahora oficiando en los ritos de la religión patriótica, sin la consagración luminosa de la *manigua mambisa*, pero admirados de las virtudes y heroísmos de los libertadores.

Nuestra palabra quiere ser, en estos instantes, oración y cántico a la vez; oración que se eleve piadosamente en recuerdo de los que ya no existen materialmente, aunque sí en espíritu, y cántico glorioso que resuene en todos los pechos nobles por el triunfo anhelado de la ideología cubana, sentida y practicada sin vacilaciones, sin debilidades, por todos aquellos hombres — varones fuertes —, que exigían sus derechos como anhelaba Maceo: sin mendigarlos, sino conquistándolos con el filo del machete.

No; no era guerra de odios, sino de ideales generosos, como se demostró cuando la paz se hizo y españoles y cubanos convivieron fraternalmente. Eso demuestra que el cubano sabe amar sin reservas, que no incuba pasiones bastardas y que es fiel intérprete de sus doctrinas revolucionarias, sintetizadas en este párrafo de una circular sobre política de la guerra que firmaran Gómez y Martí en abril de 1895:

Jamás intentos más puros — dice ese documento histórico — movieron el brazo de los hombres, ni se hizo nunca guerra que reúna en igual grado a la voluntad inquebrantable de vencer, la ausencia completa de odio. Los hombres buenos y aún los que no sean más que sagaces, entenderán que ante tal determinación es más honroso y útil tomar puesto en la República futura, por el servicio a tiempo prestado que pasar por la guerra y asistir a su victoria, con la señal de haberla ofendido sin razón o desatendido cuando se la pudo atender.

Muchos, muchísimos, la ofendieron sin razón o, desdeñosos, la desatendieron, pero la señal se borró porque el cubano tiene una característica que lo engrandece: sabe castigar la ofensa, pero mejor aún perdonar el agravio.

## EL PLAN ESTRATEGICO

Mucho tiempo hace que venimos estudiando el desarrollo de nuestras guerras contra España en la pasada centuria, desde el punto de vista del arte militar en sus diversos aspectos.

Ese estudio, por propia voluntad, hemos tratado de hacerlo serena e imparcialmente, buscando la verdad por encima de todos los prejuicios humanos; y creemos haber logrado (perdónese nuestra inmodestia) aquietar nuestras pasiones en un largo proceso de disciplina moral que, como resultado, nos proporciona la satisfacción de que nos acompañe en algunas ocasiones — no siempre, por desgracia — la serenidad en el juicio. En tales ocasiones propicias, se aleja de nosotros lo que es más intolerable en el hombre: la intolerancia.

Lo que vamos a conocer hoy no es, ciertamente, un análisis conclusivo, ni un juicio crítico perfecto, ni mucho menos la completa vida guerrera de nuestros caudillos Gómez y Maceo, porque eso sería aspirar a mucho, eso sería olvidar nuestra pequeñez. Lo que vamos a intentar son algunos comentarios, muy a la ligera, de la génesis, el desarrollo y los resultados de la campaña que ha pasado a la historia militar de Cuba con el nombre de La Invasión.

Después que la prosa brillante de Miró, trazara las peripecias gloriosas de La Invasión en sus *Crónicas de la Guerra*, es mucha la temeridad del que se decida a emprender la tarea de igualar — nunca superar — su obra literaria, en la que palpitan las emocionantes impresiones de aquellos días sublimes y ya lejanos.

Nosotros, desde luego, vamos por otro camino, pero no podríamos andarlo sin el acopio documental de Miró, que unido al de Boza y al de Serafín Sánchez, nos han servido de orientación; y nunca hemos de agradecer bastante a los inolvidables desaparecidos la labor intelectual que realizaran, porque han legado a la posteridad una fuente de rica y preciosa información que servirá para diversos e importantes estudios en no lejana fecha.

Vamos primero, antes de hacer comentarios, a situarnos en el campamento de *La Mejorana* el 5 de mayo de 1895, donde se reunieron Martí, Gómez y Maceo.

Aquí, en *La Mejorana*, se comentó el plan estratégico de La Invasión, a no dudarlo. De esa conferencia político-militar, nuestra historia no posee detalles suficientes para nuestra insaciable curiosidad de investigadores, pero se hace necesario establecer deducciones para llegar al conocimiento del referido plan.

La ciencia política estaba representada por Martí. La ciencia militar estaba encarnada en Gómez y Maceo. Aquellos tres hombres, que tenían el exacto concepto de sus responsabilidades, debieron pesar mucho la aprobación al plan de invadir las provincias occidentales.

Si aceptamos, con Luis Vidart, que “la política es la ciencia del Estado en paz y la milicia es la ciencia del Estado en guerra”, y que

el conocimiento de las cuestiones militares en lo que tienen de fundamental, en lo que tienen de científico, no debe ser patrimonio exclusivo de los militares, sino que todo hombre político que aspire al noble dictado de verdadero estadista, debe conocer el estrecho enlace de las cuestiones militares, consideradas en su parte científica, con las cuestiones políticas,

entonces es necesario declarar que en *La Mejorana*, Martí, Gómez y Maceo cumplían altos deberes científicos al comentar, discutir y aprobar el plan de invasión a Occidente. Eso en cuanto al aspecto científico, que en relación con el arte de la guerra ya era materia exclusiva de Gómez y Maceo, los dos grandes caudillos que, con Calixto García, formaron siempre la trilogía militar más capacitada, muy principalmente en táctica.

Hemos hablado de estrategia y táctica, dos vocablos que generalmente se confunden, no por ignorancia, sino porque siempre se produce confusión cuando se hacen definiciones numerosas por distintos autores y escuelas. Es cosa sabida que las palabras sufren alteraciones en su significación primitiva, mediante la generalización de su empleo en otro sentido. Y eso es lo que ha pasado con la palabra estrategia, que en su cabal y antigua acepción solamente significaba el arte de dirigir los ejércitos; pero hoy — y en 1895 también — un plan estratégico envuelve la dirección a seguir por un ejército, la suma de efectivos que deben utilizarse y el estudio de mapas, planos, estadísticas, política, costumbres, religión, y todos aquellos datos, ya sean materiales, ya morales, que puedan influir en la concepción del plan, al objeto de que éste sea lo más viable posible en su ejecución.

En cuanto a la táctica podríamos decir que, en síntesis, envuelve el uso combinado de hombres, armas y terreno.

Más claro aún: el plan general de una campaña corresponde a la estrategia y el de una batalla o combate es inherente a la táctica. La estrategia es puramente especulativa; la táctica es esencialmente práctica.

Hay tratadistas militares conspicuos que dividen el arte militar en estrategia, táctica, logística, política y organización. Otros segregan la administración de la logística y haciendo distintas subdivisiones; y hace muy poco tiempo se ha publicado un libro bajo el título de *Un*

*estudio de la guerra*, del que es autor el almirante inglés Reginald Constance en el que se da a la palabra estrategia una definición mucho más amplia que la conocida hasta ahora. En este libro que ha provocado múltiples comentarios, se dice que en la estrategia no solamente debe estudiarse el desarrollo de una guerra, sino también las condiciones políticas que puedan afectar ese desarrollo, y, por tanto, que las causas y los resultados deben agruparse sobre una orientación única y una misma denominación; y la revista *The Navy and Military Record* al comentar la obra aludida, insinúa que puede admitirse que haya dos formas de estrategia: militar y política; porque la guerra — dice — es una cosa muy distinta a las causas que la determinan.

Definir es acaso lo más difícil y, al mismo tiempo, lo más urgente para el expositor, si es que pretende ser comprendido.

Baste saber que pertenecemos doctrinalmente a la escuela filosófica de aquel modesto y eximio comandante de infantería que se llamara Francisco Villamartín, y que como él dijera en su admirable obra sobre arte militar, fuente inagotable de enseñanzas, “toda la ciencia humana no se reduce a otra cosa que a definir y una definición llena su objeto si se limita a esclarecer condicionalmente el discurso”.

¿Qué móvil nos impulsa? Sencilla y llanamente, la necesidad de fijar — y deseamos que esto penetre bien en la mente de muchos cubanos —, de fijar, decimos, la certeza de que todavía hay mucho que aprender de nuestras guerras contra España en el próximo pasado siglo; mucho que aprender, mucho que analizar y, en consecuencia, muchas enseñanzas que deducir. Ya veremos, más adelante, algunas de esas enseñanzas; algunas nada más, porque si dijéramos que todas, sería caer en una presuntuosidad imperdonable y hasta en el error profesional.

Todas las guerras pasadas, presentes y futuras, si se estudian con espíritu imparcial, tuvieron, tienen y tendrán enseñanzas que predicar, lo mismo en sus triunfos que en sus derrotas.

Conviene hacer constar que la táctica es, en la teoría del arte de la guerra, un aspecto básico, porque a la derrota de un ejército en una batalla puede seguir un cambio estratégico y político; bien entendido, desde luego, que las armas por sí solas, no siempre resuelven el problema general de una nación que lucha. Los estadistas son los que terminan las guerras, casi siempre, mediante los tratados de paz, pero puede afirmarse que no hay un ejemplo en la historia del mundo,

en que la paz se haya realizado sin ser delineada en sus términos por la actuación militar. Hay mucho que decir, mucho que argumentar, en relación con estos puntos que solamente se esbozan.

Volvamos, pues, al campamento de *La Mejorana*, donde se trató política y estratégicamente del plan para invadir las provincias occidentales.

Es indudable que los cubanos necesitaban llevar la guerra a toda la Isla, porque políticamente — y he aquí un aspecto de lo que se llama política militar — se conquistaban simpatías y adhesiones de los neutrales, se demostraba la pujanza de la Revolución y, como secuela, podría venir más tarde el reconocimiento de la beligerancia por países diversos, así como también se lograba con ello que los remisos o indolentes despertaran de su letargo y formaran en las filas honrosas del Ejército Libertador. Los anhelos separatistas tenían que trascender al exterior y todos los cubanos de buena voluntad, todos los cubanos que poseían aquel factor moral que Agramonte esculpió en su escudo para vencer, estaban ante la alternativa de cumplir sus deberes o mancharse con el oprobio. No era posible que, como en la gloriosa década revolucionaria terminada en el Zanjón para renovarse ahora, las pulsaciones que acreditaban la vida de un anhelo fervorosamente sentido, se redujeran a determinadas regiones. Ya el Generalísimo <sup>(1)</sup> lo había comprendido así en el año 1875, cuando intentara penetrar en la provincia de Matanzas, deteniéndose en la zona de Cienfuegos, en las cercanías de Barajagua, si bien es cierto que uno de sus más temerarios oficiales, *El Inglesito*, llegó hasta cerca de Colón, pero su intrepidez fué causa de que muriera poco más tarde en los alrededores de Yaguaramas, luchando contra el enemigo.

Se sabe que estratégicamente La Invasión era un plan atrevido, de grandes dificultades, casi imposible. Miró dice que en la entrevista celebrada por Gómez y Maceo para concertar las bases de la campaña, entre otros extremos, se fijó la fecha del inicio en el mes de octubre, a fin de aprovechar la época de la seca para sorprender al enemigo en plena zafra azucarera, reducir a pavesas la principal riqueza del país y crear así graves trastornos económicos. En último término, se dispuso que la columna expedicionaria, partiera de los Mangos de

---

(1) Máximo Gómez era oficialmente, *General en Jefe del Ejército Libertador*, pero es llamado GENERALISIMO con frecuencia y algunas veces *El Libertador*. Aquí usamos, indistintamente, esos títulos.

Baraguá, después que se efectuaran algunos combates y se reunieran suficientes hombres y armas, cosas muy fáciles de acordar pero muy difíciles de realizar, para hombres que no sean excepcionales.

Gómez y Maceo se separaron después de esta entrevista memorable; el primero para sufrir un dolor que laceró su alma de patriota: la caída infausta del Apóstol en Dos Ríos. Padeció grave enfermedad a los pocos días, pero su recia naturaleza venció el mal, y comenzó a desarrollar sus planes trasladándose al Camagüey para asistir a la constitución del Gobierno de la República, atravesando después la trocha militar de Júcaro a Morón, para hacer acto de presencia en los lugares necesarios, al objeto de que el enemigo distrajera fuerzas en su persecución y ofrecer así menos dificultades a Maceo para el cruce de estas fortificaciones permanentes.

En tanto Maceo imprimió gran actividad a sus fuerzas, sostuvo acciones reñidas, como *Peralejo* y *Sao del Indio*, ordenó la publicación de *El Cubano Libre* y dictó órdenes para la concentración de los elementos que habrían de integrar la Columna Invasora.

El 22 de octubre de 1895, como todos sabemos, el inmortal caudillo oriental reunió sus fuerzas en los Mangos de Baraguá, a la sombra de aquellos mismos árboles que fueron testigos de la protesta viril del guerrero cubano ante el general Martínez Campos en 1878, cuando éste le hiciera proposiciones de paz que aquél no aceptó. Maceo tenía entonces 33 años de edad. Ahora, transcurridos 17 años durante los cuales no se habían menguado los ideales del guerrero, aparecía de nuevo en la lid, con 50 años de edad, pero más enamorado que nunca de la libertad de su patria.

Y al toque del clarín de órdenes, en esa mañana luminosa de octubre, se inició la marcha que había de dar a nuestra historia militar una página brillante de capacidad guerrera, y al mundo un capitán más entre los grandes capitanes.

Pero, ¿qué ejército llevaba este hombre temerario para desafiar el poderío de una nación europea de tradiciones bélicas famosas, la cual había acumulado en Cuba 163,570 hombres para combatir a su enemigo sin descanso?

El ejército de este hombre lo integraban 1,403 individuos mal armados. — ¿Es posible? —, dirá quien no conozca este detalle. Y nosotros, los que ansiosamente hemos logrado confirmar este dato, contestaríamos: — Es algo más que posible: es cierto. Más aún: los 1,403

individuos vinieron a reunirse a los 12 días de marcha, esto es, cuando la Columna Invasora se hallaba acampada en Mala Noche, pues hasta ese momento era de 1,053 combatientes.

Al llegar aquí tenemos que hacer una observación importante: Maceo, con previsión indiscutible, designó entre los individuos a sus órdenes 810 para el arma de caballería y 350 para infantería. Eso demuestra talento claro y exacto conocimiento de las modalidades tácticas que debían emplearse en la campaña de invasión a Occidente, habida cuenta de la topografía del terreno que se iba a recorrer y de la experiencia adquirida en la lucha que se venía sosteniendo desde hacía algunos meses. Todos sabemos, porque esto no es un secreto, que las tropas necesitan para combatir movilidad y poder ofensivo y defensivo; y que el combate presenta dos aspectos bien distintos: el preparatorio y el resolvente. Un ejército puede ser privado de su capacidad ofensiva y hasta de su aptitud defensiva, sin que por ello sea derrotado en forma absoluta mientras conserve su acción de movimiento, puesto que maniobrando adecuadamente logrará retirarse con orden del lugar de la acción y reponerse. Maceo comprendió — porque la escuela de la guerra se lo demostraba — que el arma de caballería se caracterizaba por su gran movilidad y una acción resolvente en grado máximo, pero que necesitaba del arma de infantería para moverse en toda clase de terrenos y poseer así capacidad defensiva de que carecía la caballería, contra las columnas españolas que se interpusieran a su paso. La doctrina del ejército español en aquellos momentos, determinaba que en la composición de una columna entrara la caballería en una sexta parte de su ascendencia total, si mal no recordamos, y comoquiera que la Columna Invasora se hallaba ante el enemigo a la ofensiva estratégica y defensiva táctica, esto es, que marchaba hacia su objetivo principal con inusitada rapidez, sin problemas en sus comunicaciones, y eludía el combate para fatigar al enemigo, era la caballería combinada a veces con la infantería, lo que hacía falta para llegar a Mantua. En cuanto a la artillería, arma exclusiva de los españoles porque los cubanos carecían de ella, nada podía destruir puesto que luchaba contra caballería, y ya se sabe que la movilidad anula su inmenso poder, cuando lo que se busca es avanzar rehuendo su fuego, como en el caso que nos ocupa.

Esa infantería cubana, como nos dijo uno de sus jefes hace algún tiempo, marchaba montada cuando las circunstancias lo requie-

rían, a voluntad del mando, y cumplía su misión sin dificultades; es decir, que lo que no se consiguió desde los romanos a los franceses, pese a la creación y los ensayos de un instituto armado al que se denominó Dragones, para servir indistintamente de infantería o caballería, lo practicó el cubano con buen éxito, de tal modo que nunca se subordinó la ligereza del caballo a la lentitud del infante. Bien es verdad, como consigna el General en Jefe en su descripción de la carga famosa de *Palo Seco*, que “aquella gente de las Villas, lo mismo que la de Oriente, camina como en zancos”, y que “la caballería no la deja atrás ni aún en la carga”.

No incurriremos en la ingenuidad de decir todos y cada uno de los campamentos, combates y escaramuzas de la columna expedicionaria. Nos proponemos — ¡eso sí! — describir en forma sucinta, dos combates de los muchos que se efectuaron durante los 92 días que duró la campaña invasora: *Mal Tiempo* y *Calimete*.

Después de leer las distintas versiones publicadas en libros y periódicos, partes oficiales, unido todo ello a una investigación personal en los lugares donde se movieron y maniobraron las fuerzas cubanas y españolas, interrogando a los actores que hemos podido hallar o a los que de alguna manera observaron o escucharon detalles de importancia, hemos hecho una labor de análisis que se nos figura cerca de la verdad en su resultado, acompañada de un croquis del terreno donde se efectuó el combate y de una composición de lugar en cada caso, no para que en todo o en parte se acepte *a priori*, sino para que se examine, se discuta y se critique dicha labor, que es así como se puede llegar a la posesión de la verdad, tan amada por los que ansiamos vestir la toga viril de Luz y Caballero.

Estamos ya muy lejos de aquellos inolvidables acontecimientos, y es hora de ir valorando militarmente nuestra tradición épica, la más gloriosa de todas las tradiciones de cada país, porque es la que habla a los sentimientos del pueblo. No conocemos nación alguna que haya dejado de esculpir en mármoles y bronces a sus grandes guerreros. ¿Por qué? Porque el alma popular no se emociona con los fríos razonamientos del cerebro, sino con los arranques impetuosos del sentimiento.

Como decía Thiers, la historia de los hechos trascendentales, no debe hacerse tan pronto que las pasiones estén encendidas, ni tampoco tan tarde que hayan desaparecido los actores. Nosotros entendemos que ha llegado la época de iniciar el estudio de nuestras guerras en



el siglo XIX, precisamente por quien no haya sido actor. Hay buenos archivos — nosotros lo sabemos —, excelentes bibliotecas públicas y privadas, actores y testigos de inapreciable crédito; vamos pues, a emprender la tarea, siquiera para salvar los testimonios de esta generación heroica que combatió y que se nos va, lenta pero implacablemente.

## MAL TIEMPO

Decíamos, al hablar de las dos acciones de guerra que vamos a describir desde un punto de vista estrictamente militar, que creíamos haber fijado la verdad histórica, pero ello no empece para que rectifiquemos cualquier detalle, por insignificante que parezca, si se nos prueba que estamos equivocados. Muy por el contrario, habríamos de agradecer que alguien se molestara en tal sentido, puesto que así la verdad — que es la luz — resplandecería para bien de todos.

Si hemos de seguir un orden cronológico, tenemos primero a *Mal Tiempo* y después a *Calimete*. Vamos, pues, a empezar con el combate de *Mal Tiempo*, no sin que antes, y en forma sucinta, digamos algo respecto a los movimientos de la Columna Invasora, desde que salió de los Mangos de Baraguá hasta que acampó en Lomitas, o sea el 14 de diciembre, víspera de *Mal Tiempo*.

Maceo, en los primeros días de su avance, tomó el camino de Holguín por la margen derecha del Cauto, y antes de penetrar en la región de Camagüey sostuvo 2 acciones: *Guaramanao* y *Lavado*, los días 7 y 8 de noviembre, respectivamente. Pasó la trocha de Júcaro a Morón al amanecer del día 29 de noviembre, muy cerca del fuerte denominado *La Redonda*, situado a 5 Kms. de Ciego de Avila, sin que el tiroteo que hicieran los defensores del fuerte ocasionara bajas cubanas.

Ya Gómez había burlado también la trocha un mes antes, o sea el 30 de octubre, sin ser visto ni atacado por el enemigo, y en seguida comenzó a desarrollar el plan convenido con Maceo, como puede deducirse de la comunicación que aquél enviara a éste, que decía así: “Tengo de 4 a 5,000 españoles en operaciones encima de mí, pero los tengo entretenidos sin hacerme daño ni fatigarme, hasta la llegada de usted”.

El contingente invasor que pasó la trocha, según nos dice el general Miró, ascendía a 1,536 individuos, lo que quiere decir que desde

Mala Noche hasta ese momento, se había aumentado la columna en 133 plazas.

Pocas horas después Gómez y Maceo se abrazaban en San Juan, cerca de Lázaro López, y aquel abrazo simbolizaba la identificación de esos dos hombres extraordinarios, en el empeño de vencer o morir por la libertad de Cuba.

El Generalísimo dictó una orden de campaña en la que dispuso que el Lugarteniente General asumiera el mando del 4º y 5º Cuerpos de Ejército, este último no formado aún, y lo dejó investido de facultades propias en todo lo concerniente a la Columna Invasora, incluso para hacer los ascensos que estimara pertinentes hasta el grado de Coronel.

Como todos sabemos, antes de *Mal Tiempo* se efectuaron algunas acciones, como *Iguará*, *Los Indios* y *Manicaragua*, hasta el día 14 de diciembre en que los invasores acamparon en Lomitas.

Aquí fué donde José Loredo Cepero, al frente de un escuadrón villareño con cabalgaduras magníficas, se presentó ante el General en Jefe, quien reposaba en un camastro hecho en el suelo con yerba seca. Cepero solicitó marchar al siguiente día en la extrema vanguardia y fué complacido. Hay un testigo <sup>(2)</sup>, veterano respetable, que observó cuando Gómez y Maceo hablaban seguidamente; testigo que se encontraba allí en asuntos del servicio, puesto que había sido comisionado por el general Rego, que se hallaba herido e imposibilitado de andar, para que saludara al general Gómez y le explicara la situación del primero.

Alboreaba el día 15 de diciembre de 1895, cuando la columna expedicionaria levantó campamento en Lomitas — y no en Guamá, como erróneamente se dice — a las 6 a. m. próximamente, para seguir su avance e incendiar todos los cañaverales a su paso, como lo había dispuesto el Gobierno de la República.

Los efectivos cubanos sumaban alrededor de 3,600 hombres, porque si bien es cierto que pocas horas antes de la acción de *Iguará*, el brigadier Quintín Banderas y el teniente coronel José Miguel Gómez habían marchado con rumbo a Trinidad con sus fuerzas de infantería y caballería, respectivamente, no es menos cierto que la unión de Gómez y Maceo, así como la incorporación del general Serafín Sán-

---

(2) El capitán Tomás Díaz Linares, conocido por Tomás Montenegro, que residió en Cruces.

chez, del coronel Pedro Díaz, del teniente coronel Núñez, del teniente coronel Cepero y otros más, aumentaron considerablemente el contingente invasor.

En la extrema vanguardia, al mando de Cepero, iban también el comandante Celestino Sarduy con 40 ó 50 hombres y fuerzas del regimiento Yaguaramas que sumaban, en total, alrededor de 200 individuos. Seguía después la vanguardia en la que iban Gómez y Maceo con sus respectivas escoltas, el grueso; la impedimenta — muy numerosa, por cierto — y la retaguardia. La orden que se había transmitido a Cepero era terminante: cargar al machete sin consultas ni dilaciones, cualquiera que fuese el enemigo.

La Columna Invasora pasó cerca del ingenio *Teresa e* incendió sus cañaverales, sin que la pequeña guarnición de tropa que lo defendía hiciera agresión. Los cubanos no se detuvieron aquí; continuaron el avance y tomaron por el callejón del Palenque, cerca de la loma *Teresa*, y salieron frente a la finca *La Esperanza*, por el lugar donde cruza la vía estrecha del ingenio *Andréita* que estaba entonces en la misma forma que lo está ahora. Como podrá verse en el croquis de posición que se ha levantado, en el lugar donde termina el callejón del Palenque pasa otro callejón que va por el N. O. hacia *Mal Tiempo* y por el S. hacia Páez.

Quando la extrema vanguardia cubana llegó al callejón que conduce a *Mal Tiempo* y que se conoce con el mismo nombre, sonó un disparo y después se escucharon atronadoras descargas.

Pero antes de explicar la forma curiosa en que se hizo ese disparo, que es el inicio del combate, vamos a referirnos a las tropas españolas para que los que lean puedan saber la situación de ambos contendientes al comenzar la lucha, y que la comprensión sea más clara.

En un parte de operaciones remitido por el general Martínez Campos al Ministro de la Guerra en Madrid, escrito de su puño y letra el día 19 de diciembre de 1895, se consigna lo siguiente: “Así que llegó Barbastro a Cruces, formé dos columnas con este cuerpo y fuerzas de Bailén y Canarias, a las órdenes del Coronel Arizón, para que desde Cruces, por Páez y *Mal Tiempo*, se dirigiesen a Lomas Grandes, a guardar el paso de la Mandinga”. No cabe, pues, discusión alguna respecto a lo que se proponían las dos columnas que salieron al amanecer del día 15 de diciembre del pueblo de Cruces. Una de ellas, al mando del teniente coronel Rich salió de Cruces una hora antes que la otra por el camino a *Mal Tiempo* — que hoy es carre-

tera —, e iba integrada por 2 compañías de Bailén y 2 de Canarias, así como por una sección de caballería perteneciente al regimiento de la Montesa: unos 550 hombres, en total. Llevaba esta columna de caballería avanzada o exploradora, a la sección de Montesa, como es lógico; después una escuadra de infantería como extrema vanguardia y seguidamente otro pelotón como apoyo, o grueso de la vanguardia según la denominación española. Sucesivamente el grueso de la columna compuesto por el resto de las 2 compañías de Bailén así como las 2 de Canarias con la impedimenta en medio, y en último término la retaguardia compuesta por una sección de una de las compañías de Canarias. Como práctico llevaba esta columna a un individuo de apellido Mestre, que ostentaba el grado de teniente en la guerrilla de Cruces.

La otra columna que salió de Cruces al transcurrir una hora de haberlo hecho la que acabamos de mencionar, iba al mando del teniente coronel Sanz con unos 500 hombres pertenecientes a las fuerzas de Barbastro y San Marcial, y tomó la dirección del ingenio *Andréita* que está a la vista de Cruces, rumbo S. E.

El coronel de caballería Salvador Arizón, jefe de ambas columnas, salió en último término con el escuadrón de Treviño — de 80 a 100 jinetes — por el rastro del teniente coronel Rich, con el claro propósito de mantenerse a distancia táctica de ambas columnas.

Rich con su columna pasó por Mal Tiempo, donde había un cuartel de la Guardia Civil, hoy en ruinas, y siguió por el callejón que se conoce también con el nombre de Mal Tiempo — y que tan fatal había de serle — al objeto de dirigirse a Páez o al ingenio *Teresa* y después a Lomas Grandes, como debe suponerse por las instrucciones del general en jefe español.

Al pasar la columna de Rich por el frente de la finca propiedad de la señora Carolina Velázquez, a 100 metros del río Mal Tiempo, el guerrillero Mestre, sin bajarse del caballo, abrió la portada de dicha finca y se detuvo a la entrada de la casa de vivienda, situada a 80 metros del callejón, llamó al encargado de la finca señor José Benito González Bermúdez, conocido por Benito Yera, sobrino de la señora Velázquez, preguntándole si había visto insurrectos por ese lugar. Benito Yera — testigo de suma importancia, como se apreciará después — recordaba que cuando hablaba con Mestre se oyó un disparo y que éste exclamó: — ¡Tiren otro que ese no me dió! —; y acto se-

guido salió a escape fustigando el caballo que montaba, con dirección a la vanguardia de la columna en marcha que acababa de pasar.

Estamos ya en el inicio del combate. Hemos querido que ambas fuerzas se presenten ante el espectador tal y como se encontraban en aquel instante, y nos halagaría haber sido claros y precisos en esta difícil tarea.

Ese disparo, según nuestra investigación — y al que siguieron descargas de fusilería, como hemos dicho antes —, ese disparo aislado lo hizo un individuo hasta poco antes pacífico, llamado Silvestre Meneses, que residía en Cruces. Con nosotros hizo la excursión a caballo, en unión de otros actores de este drama lejano, hasta el lugar donde se desarrolló el combate. Le interrogamos para buscar la verdad por encima de toda otra finalidad, y aunque con alguna dificultad, por razones que no es del caso exponer, pudimos precisar lo que vamos a referir.

Meneses, que deseaba incorporarse a la Revolución, había salido esa mañana en busca de la fuerza que mandaba *Cayito* Alvarez, quien el día anterior había tiroteado a las fuerzas del coronel Arizón cerca de Cruces. Cuando Meneses a caballo, con machete y un rifle viejo llegó al callejón del Palenque, divisó una pareja exploradora de Cepero a la que esperó. Ya en conversación amistosa — porque resultaron ser conocidos — y mientras Meneses se explicaba brevemente de frente al callejón de Mal Tiempo, observó que asomaban algunos jinetes vestidos de rayadillo azul. Ante la proximidad del enemigo, Meneses exclamó — ¡Allí están, mírenlos! —; y sin esperar respuesta hizo un disparo <sup>(3)</sup>.

Es de suponerse, desde luego, que la tropa española contestó la agresión con algunas descargas, pero en cumplimiento de la orden terminante que existía, la extrema vanguardia se lanzó a la carga. Gómez y Maceo con sus escoltas respectivas empujaron aquellas masas de caballería, y cual torrente impetuoso que destruye cuanto se opone a su paso, con esa impulsión característica de esta arma, de enorme poder resolutivo, cayeron sobre la columna en marcha, sin darle oportunidad para adoptar medidas defensivas, robándole el tiempo y el espacio, privándola de capacidad para la maniobra, y el resultado no

---

(3) Al mismo tiempo el comandante Higinio Esquerro, con un pelotón de caballería mambisa que prestaba servicio de flanqueo por la derecha, tuvo una escaramuza con la guerrilla del Guayo que siempre operó por esa zona. Dicha guerrilla se retiró en seguida hacia el caserío del Guayo.

hay que decirlo: la columna española sufrió una derrota absoluta. — No fué otro *Palo Seco* — nos decía un prestigioso veterano de la escolta del Generalísimo, porque los mulos y caballos de la impedimenta se interpusieron entre la retaguardia española y nosotros en el callejón.

Y así fué en efecto. El callejón de Mal Tiempo, ya próximo al río, y por efecto de la erosión de las aguas, tiene a ambos lados una elevación de corte vertical que la caballería no podía salvar, y allí se agruparon los animales de la impedimenta abandonada, obstaculizando así la carga al machete que se había iniciado en una planicie frente a la línea férrea del *Andréita*.

Para dar una idea gráfica de esta situación, diremos que cuando la caballería cubana cargaba por el callejón hacia el río, hubo un momento en que la fuerza española de vanguardia retrocedió hacia el grueso de la columna (la cabeza) y ésta quiso también retroceder ya desmoralizada; pero lo impidieron entonces los mulos y caballos de la impedimenta, y como si con ambas manos oprimiéramos una naranja hasta hacerla reventar y su pulpa saliese buscando los puntos de menor resistencia, así esa tropa reventó por ambos lados del callejón para buscar salvación al acaso, arrojaba los rifles al azar y trepaba y saltaba y huía, presa de ese terror contagioso de las grandes catástrofes.

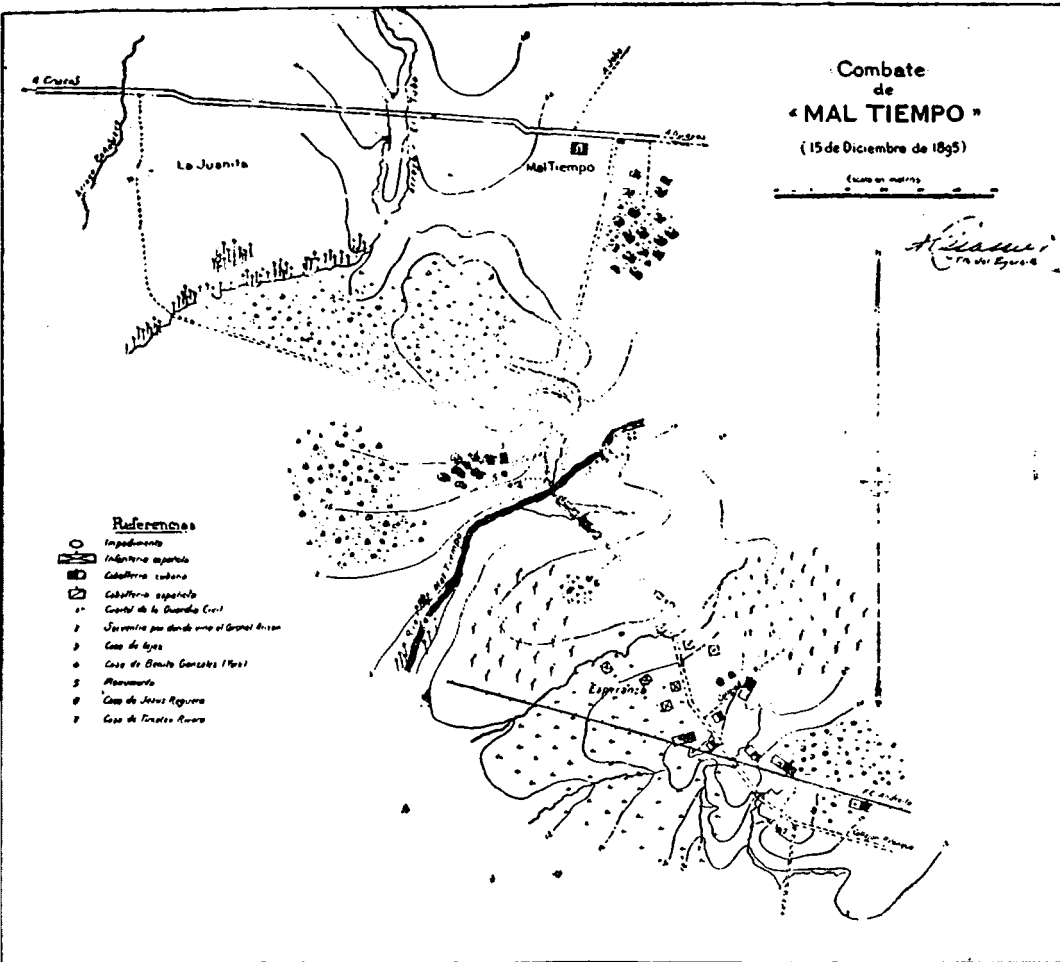
Ese instante está representado en el croquis número 1 del combate de *Mal Tiempo*. Diseminados en grupos o solos, aquí y allá, buscando escondite en la *manigua* o en los pequeños cañaverales existentes allí entonces, los soldados españoles no tenían en aquellos minutos más que una idea: salvar la vida.

Dice el generalísimo Gómez en su magnífica descripción de la carga de *Palo Seco*:

describir exactamente todo lo que pasó allí es imposible. No hubo, no pudo haberlo, un espectador tranquilo, reteniendo en su memoria los detalles de aquel remolino de hombres, matando a machetazos y a golpe de culata.

Y agrega después:

todos en frenética confusión; no había quien pudiese dar órdenes y recibirlas ya; tampoco había órdenes que dar; no había para



CROQUIS N° 1

qué, el clarín guerrero no se hubiese oído, sólo debía dejarse hacer y concluir. Eso de atacar a la desbandada y triunfar, es privilegio exclusivo del cubano.

Esas mismas palabras, decimos nosotros, pueden aplicarse a *Mal Tiempo*, a esa arremetida fulminante, como la ha llamado con acierto un veterano glorioso.

La cola del grueso y la retaguardia — que, como se sabe, marchaban detrás de la impedimenta —, formadas por tropas de Canarias, ante el destrozo y la matanza que observaban a su alrededor, lograron atravesar el río y ganar su margen derecha precipitadamente hasta llegar a la casa de Benito Yera, ya en dispersión y algunos sin armas. Yera nos ha explicado su difícil situación en aquellos críticos instantes, vigilante por su familia en peligro si se reanudaba allí el combate e imposibilitado de dar albergue a más de cien hombres que traían consigo 8 muertos y 2 heridos, entre estos últimos al teniente José Rich, sobrino del jefe de la columna.

Es cosa sabida que los cubanos no llegaron al río, porque el mando ordenó que siguiera la marcha después de la carga y de capturar las acémilas, la bandera del batallón, el botiquín, alrededor de 200 armas de fuego y parque en abundancia.

El general Boza en su diario de la guerra, dice:

El Lugarteniente General organiza la columna y continúa la marcha; ¡siempre adelante, siempre a Occidente! El General en Jefe con su Estado Mayor, Escolta y algunos oficiales y números pertenecientes a la fuerza del Gral. Sánchez, protege el desfile de la columna, que se hace interminable; recargada ahora nuestra gran impedimenta con los heridos que hemos tenido en la acción.

Según nos ha dicho Benito Yera, como a los 10 minutos de haber llegado los dispersos de la tropa española a su casa, apareció la fuerza de caballería al mando del coronel Arizón por una serventía que entonces cruzaba por dentro de la finca *Mal Tiempo*, dato éste que está corroborado por la hora de salida de Rich, la marcha de la infantería a razón de 1 Km. cada 12 ó 14 minutos aproximadamente y la duración de la carga que fué de unos 15 minutos, más o menos.

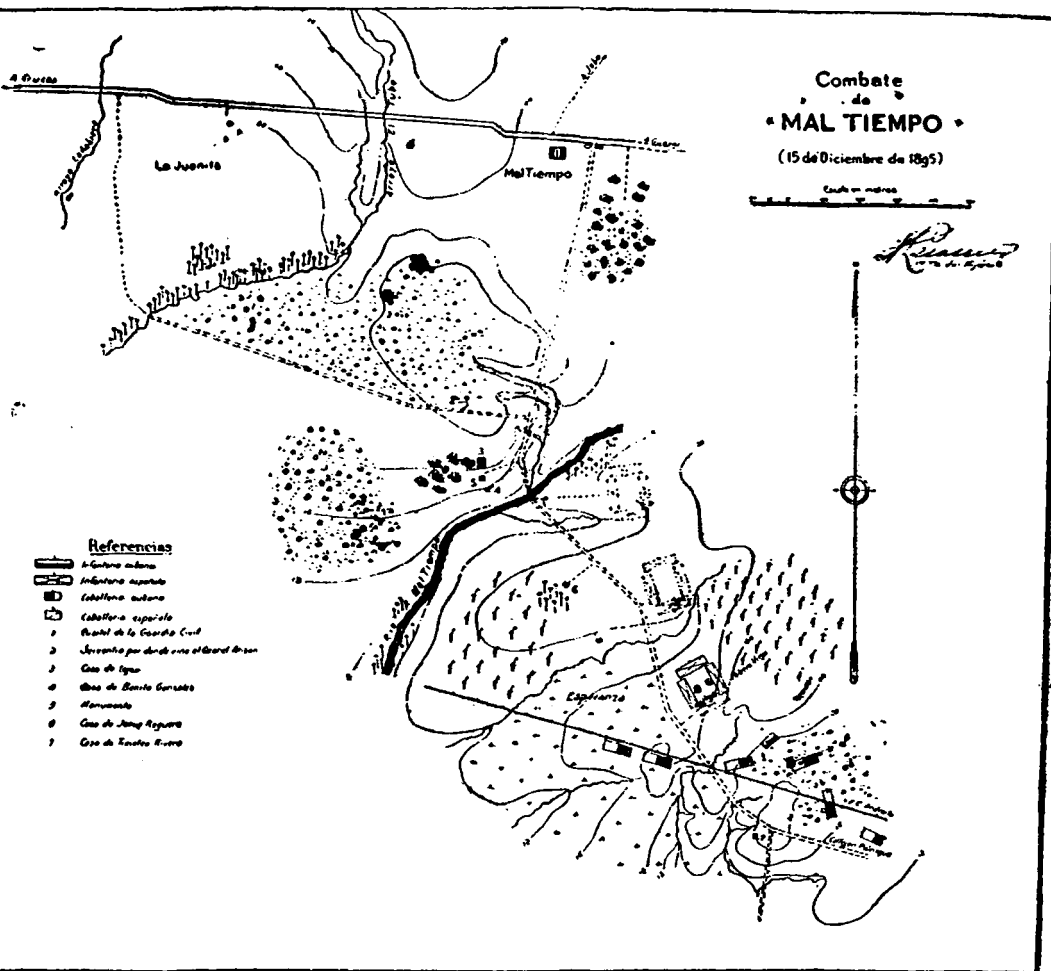
Es de suponer que el coronel Arizón, que salió de Cruces una hora después que lo hiciera Rich, escuchara el corto fuego que precedió a la carga ya en camino, puesto que los 6 Kms. que separan a Cruces del lugar de la acción los anduvo la infantería en una hora y 15 minutos, tiempo suficiente para que la caballería — en los 15 ó 20 minutos que pasan de la hora — hubiese alcanzado en su marcha unos 2 Kms. al paso.

Lógicamente el aire se aceleró con los disparos que se oyeron, y como el práctico Peralta — que fué muy conocido en Cruces — iba con Arizón, es presumible que le indicara como camino más corto esta serventía que conduce a la finca de la señora Velázquez, puesto



que por ella salió al callejón de Mal Tiempo para dirigirse a la casa de Yera.

Cuando el coronel Arizón echó pie a tierra y recibió las primeras impresiones de tal desastre, trató de reponer la moral de aquella tropa y ordenó que formara en línea frente a la casa en la que se había refugiado. En la creencia de que la acción había terminado y ya las fuerzas cubanas se habían retirado, improvisó una columna con su caballería y los infantes que estaban armados — unos 200 hombres en total — y marchó hacia el lugar del combate para hacer un reconocimiento, según él mismo expresó a sus soldados. Vadeó el río, pero en lugar de seguir el callejón, como hizo Rich, torció hacia la izquierda, subió la margen por un lugar accesible que aún está igual a entonces y avanzó resuelto a llevar a cabo su propósito. Pero en tales circunstancias, la retaguardia invasora pasaba sobre el rastro de toda su columna. Arizón, ya cerca del callejón a Paso Viejo ordenó la formación del cuadro clásico contra caballería (croquis N<sup>o</sup> 2), formación ésta necesaria cuando no existían las actuales armas auxiliares, y pretendió seguir el avance, que fué a poco contenido ante la amenaza de los escuadrones cubanos que, según pasaban, iban a la carga con el propósito de amedrentar, no de batir a fondo, al enemigo que hacía fuego constante de fusilería. Fué entonces, cuando los 36 hombres de infantería de Cienfuegos al mando del capitán Alejo Cazimajou — porque el jefe de esa compañía, comandante López Campillo estaba herido —, se situaron en lugar abrigado por manigua alta, a unos 150 m. del enemigo, y sostuvieron un fuego de mortal efecto para los españoles que, formando el cuadro, en lugar descubierto, y atendiendo a los amagos de carga por parte de la caballería, se vieron precisados a retirarse. Esa retirada fué muy lenta debido a la formación adoptada y al fuego del grupo de infantes cubanos, cuya misión era proteger la marcha del contingente invasor. El coronel Arizón con su fuerza demoró algunas horas para poder llegar a la finca *Mal Tiempo*, y cuando llegó — a las 4 de la tarde aproximadamente — llevaba 48 heridos de bala, lo que prueba que en esta segunda situación del combate, no funcionó el machete. Ni un solo muerto, de los muchos que había, como veremos después, pudo ser recogido. Surgió entonces un problema serio: el médico de segunda Juan Luis Madariaga, agregado al escuadrón de Treviño, no podía curar los heridos porque el botiquín había caído en poder del enemigo. Benito Yera nos ha referido que él, ante esa situación desesperada, indicó



Croquis N° 2

que podía ir a Cruces a caballo en busca de lo que hiciera falta para que el médico cumpliera su misión, y su ofrecimiento fué aceptado. Fué a Cruces ya casi de noche con una orden firmada por Arizón para el comandante de armas de ese pueblo, y regresó con distintos paquetes que contenían las curas necesarias. De esos 48 heridos, después de recibir los primeros auxilios médicos, murieron 4; y como no era suficiente la casa de Yera para alojarlos, se trasladaron a la

mada *Casa de Tejas*, continguo edificio que hoy está en ruinas. El coronel Arizón y su tropa durmieron, mejor dicho pasaron la noche — porque nadie durmió — en la finca *Mal Tiempo*. ¡Noche terrible para Arizón! ¡Lo que vieron sus ojos, nunca más se debió olvidar en su mente! Aquel macabro espectáculo de sus oficiales y soldados heridos o muertos, los más tendidos sobre el campo de la acción y los otros lanzando ayes de dolor junto a él, era algo tan intensamente trágico que abruma recordarlo hoy, no obstante los años que han pasado.

Al día siguiente, como a las 7 a. m., llegaron la *Guerrilla del Guayo* y la *Guerrilla de Cruces*, ambas mandadas por cubanos que así traicionaban su causa, quizás con el desprecio de los españoles honrados, y entonces Arizón salió al reconocimiento del terreno, encontró 87 muertos que condujo en caballos al lugar donde hoy se levanta el monumento conmemorativo de este combate, dándoles sepultura en una zanja que se abrió al efecto allí mismo. Los heridos fueron conducidos en carretas a Cruces, custodiados por la tropa de Arizón y las guerrillas ya mencionadas, y posteriormente a Santa Clara para ser hospitalizados.

En cuanto a la *Columna Invasora*, sabemos todos que hubiera podido exterminar a las tropas de Arizón, si ese hubiese sido su propósito, pero ni siquiera intentó cruzar el río en la primera fase del combate, como hemos podido observar, y en la segunda fase hemos demostrado que los cubanos obedecían fielmente a la consigna de avanzar sin detenerse en empeños de orden secundario. El grueso de los invasores siguió en dirección O., pasó junto a Camarones, atravesó la línea férrea de Cienfuegos a Cruces y destruyó una alcantarilla y algunos tramos de vía, para acampar de 9 a 10 de la noche en *La Flora*, después de darse sepultura a los 4 muertos que tuvo la columna, entre ellos el teniente coronel Cefí y el mutilado Sarabella, este último veterano de la guerra anterior, o sea la de los *Diez Años*. En relación con las bajas de ambas partes, podemos decir que existe alguna confusión; entre los cubanos respecto a los heridos y entre los españoles en cuanto a los muertos.

Vamos a explicarnos en detalle. Boza dice que hubo 42 heridos, Miró dice que 23 y Serafín Sánchez dice que 10, aunque los tres están de acuerdo en que los muertos fueron 4 <sup>(4)</sup>.

---

(4) El general Eugenio Sánchez Agramonte nos ha asegurado que Boza está en lo cierto, pues los heridos fueron 42.

Los partes españoles están todos equivocados en cuanto a las bajas, tanto en los libros que hemos podido leer, como en los periódicos *La Discusión*, *Diario de la Marina* y *La Lucha* que, desde luego, insertaron lo que les dieron, o lo que les dejaron publicar, como es costumbre en estos casos.

Lo cierto es que la columna de Rich llevaba sobre 500 hombres, puesto que iban 4 compañías, 2 de Bailén y 2 de Canarias; y el mínimo de hombres en esa época por cada compañía era de 150 plazas aunque después llegaron a tener hasta 250. Nosotros no podemos admitir muchas bajas en unidades que estaban recién llegadas, pero sin embargo hemos suprimido 20 individuos por cada una de ellas pensando que debió haber un tanto por ciento crecido por enfermedades en esa época, y al pelotón de caballería de la Montesa le hemos calculado el mínimo, o sean 20 jinetes. Dicho esto, es fácil comprender que si en la primera fase del combate sólo llegaron unos 150 hombres con vida a la finca *Mal Tiempo* y la columna constaba de 500, más o menos, las bajas españolas pasaron de 300; pues si bien es cierto que al siguiente día se enterraron los 87 cadáveres que Arizón recogió en el terreno de la acción, junto con los 8 que un grupo de Canarias trajo en la desbandada de la primera fase y los 4 heridos que murieron en la noche del 15 en la *Casa de Tejas*, no es menos cierto que el día 17 el vecino Jesús Reguera con Benito Yera y otros, encontraron 4 cadáveres ya putrefactos, y aseguran ellos que dentro de los cañaverales que ardieron durante el combate, perecieron innumerables heridos que, por deducción lógica, trataron de buscar allí refugio ante la furiosa carga al machete de los *mambises* enardecidos, lo que viene a confirmar hoy la suposición de Miró en 1895 en tal sentido (5).

La columna del teniente coronel Sanz que, como sabemos, marchó rumbo al ingenio *Andreíta* para seguir a Lomas Grandes, tuvo distintas escaramuzas con las fuerzas cubanas, y aunque pretendió acudir a *Mal Tiempo* cuando se escucharon las pocas descargas que allí se hicieron, ya que el machete acalló el fuego de fusilería, no pudo conseguir su intento y precipitadamente se refugió en el ingenio *Teresa*, ante el peligro que corría, y desde este lugar sostuvo un tiroteo con la extrema retaguardia invasora.

(5) El teniente coronel Narciso Rich Martínez, aparece en la relación oficial de muertos en campaña. (*Crónicas de la Guerra de Cuba* por Guerrero, t. V, pág. 424).



Sabemos todos, además, que al atardecer de este día, o sea del 15 de diciembre, el entonces coronel Juan Bruno Zayas con unos 400 hombres, se incorporó a los invasores antes de que pasaran éstos la vía férrea de Cienfuegos a Santa Clara, lo que quiere decir que la columna expedicionaria sumaba, al acampar en *La Flora*, alrededor de 4,000 individuos.

He aquí, sin lujo de detalles, lo que nosotros hemos podido reconstruir de la acción de *Mal Tiempo*, sin detenernos en muchos pormenores que, como se comprenderá, darían a este trabajo una extensión desusada.

Después de *Mal Tiempo*, y con ese espíritu de confianza que siempre se apodera de los vencedores, los cubanos avanzaron resueltos hacia su objetivo inmediato, que consistía en atravesar la provincia villareña para entrar en la de Matanzas.

Vamos ahora, en forma muy breve, a escoliar esta sucinta reseña con algunos comentarios, para después seguir a la Columna Invasora hasta Calimete.

Positivamente el Alto Mando español carecía de un buen servicio de información o de lo contrario erraba en los cálculos sobre la velocidad de la caballería cubana, porque así lo demuestra el hecho de que diera la orden de que se guardara el paso de la Mandinga contra los invasores, cuando ya éstos habían rebasado ese límite, de tal modo que las dos columnas de infantería que salieron de Cruces el día 15 ignoraban el peligro inminente que se cernía sobre ellas, puesto que de no ser así no creemos que hubiesen emprendido esa marcha, y mucho menos fraccionadas.

Nosotros nos inclinamos a opinar que la orden del general Martínez Campos al coronel Arizón, obedeció a su creencia de que el parte oficial del general Oliver era cierto, cuando le decía que después de las acciones de los altos de Alberich y lomas de Quirro, los insurrectos se habían visto obligados a refugiarse en los montes de la Siguanea desde donde les era ya difícil continuar el avance hacia el distrito de Cienfuegos. He aquí cómo una información equivocada trae consecuencias muy graves.

Desde luego que Oliver no decía que fuese imposible sino muy difícil el avance insurrecto, pero hablaba de un enemigo que se había visto obligado a refugiarse, lo que equivale a significar, en lenguaje

militar, que ese enemigo fué compelido a buscar asilo o amparo en sitio protegido, sin que tal aseveración fuese verdadera, como lo demostró poco después la realidad.

Respecto a la orden del Mando cubano al iniciarse la marcha del día 15 de diciembre, que imponía a la extrema vanguardia la carga al machete sin consultas ni dilaciones, cualquiera que fuese el número y posición del enemigo, confesamos que nos hizo meditar mucho, porque no es presumible que en guerrero tan notable como Máximo Gómez pudiera darse el caso de una orden tan peligrosa, a menos que tuviera la certeza de conocer el número, calidad y lugar donde se movía el contrincante. Pero pronto salimos de dudas, porque nos convencimos que los invasores eran asediados por columnas poco numerosas, que eran las que más daño ocasionaban, y que debido al buen servicio de información cubano, se sabía la cantidad y calidad de las fuerzas que operaban por Cruces, recién llegadas de España e integradas por reclutas en su mayoría, extremo que hemos podido comprobar al visitar al señor Lindner, que posee el conocido cuadro de *Mal Tiempo* en su residencia particular. Dice el señor Lindner que después de muchos ensayos al fin el general Gómez dió su conformidad al artista, señor Feliciano Ibáñez (esto acaeció en 1903), y que en presencia de los generales Boza y Miró se expresó así: — “Yo sabía que eran *quintos* y que no podían resistir nuestra carga al machete”.

Respecto al terreno, visto por nosotros durante algunos días, mientras se levantaba el croquis de posición, creemos que es propicio a la carga indiscutiblemente, y bien recordamos que cuando veníamos desde el demolido ingenio *Teresa*, por la misma ruta que llevaran en memorable día los invasores, llegamos a sentirnos tan impresionados que no mentiríamos si dijéramos que físicamente experimentábamos la necesidad de galopar con el acero desnudo hacia la planicie en que nos parecía ver al enemigo.

Gómez y Maceo consiguieron con este triunfo varias cosas: primera, obligar al enemigo a concentrarse y salir en columnas grandes; segunda, deprimir la moral del contrario; tercera, realizar un avance mediante una victoria para elevar aún más la moral de sus soldados y cuarta, adquirir armas y municiones para próximas acciones de guerra.

Antes de analizar este combate, nuestros oídos habían escuchado muchas veces esta frase: — *Mal Tiempo* abrió las puertas de Occi-

dente a La Invasión. Y con perdón de los que así piensan, con el más profundo respeto hacia las opiniones de nuestros compatriotas, entendemos que la puerta se entreabrió solamente, es decir, que quedó a medio abrir, y que fué en *Calimete*, combate al que no se le ha dado toda la importancia que tiene, estratégica y tácticamente, fué en *Calimete*, decimos, donde La Invasión se jugó su éxito definitivo. Pensamos probarlo así más adelante, cuando terminemos de describir el desarrollo de dicha acción, y entonces podremos ver — si es que logramos ser convincentes — que la puerta a medio abrir quedó totalmente abierta.

En cambio, el combate de *Mal Tiempo* — que sepamos nosotros — nunca ha tenido importancia política para muchos, y, sin embargo, la tuvo; porque se iniciaron los ataques, en Cuba y España, contra el general Martínez Campos, cuando la derrota se conoció, no en toda su magnitud pero lo suficiente para estimular el descontento y que se hablara de relevar al Capitán General en toda la prensa de España, como podríamos demostrarlo documentalmente.

Como muy bien saben ustedes, la acción de *Mal Tiempo* fué combate, no batalla; y al decir Miró, Boza y Serafín Sánchez “combate de Mal Tiempo”, nos parece que se ajustan a la estricta definición que es fácil hallar en cualquier diccionario militar.

En este aspecto de establecer la verdadera definición de lo que son batallas, combates, encuentros y escaramuzas, hay dos tendencias: una que da como nombre genérico el de acción de guerra, y otra que establece como tal el de combate. Nosotros nos inclinamos a la primera; es decir, a la que cree que una acción de guerra puede ser batalla, combate, encuentro o escaramuza, y no a la tendencia que estima que todos son combates y que éstos pueden ser batallas, acciones, encuentros o escaramuzas. Se trata de la sustitución de una sola palabra, pero conviene decirlo para lo que nos resta de relatar y evitar así confusiones innecesarias.

## E L A V A N C E

Sigamos la marcha de la columna cubana.

El día 16 levantó campamento en *La Flora* y tomó dirección N. hasta acampar en *La Amalia* <sup>(6)</sup>, una vez organizadas las fuerzas de

(6) Algunas de las comunicaciones y ascensos que firmó el Cuartel General del Ejército Invasor en este lugar, dicen *La Caoba* y no *La Amalia*; pero nosotros hemos aceptado este último nombre para evitar confusiones, puesto que generalmente se conoce ese campamento con tal denominación.

infantería al mando de los hermanos Ducasse, según consigna Boza en su diario de campaña.

Los días 16 y 17 permanecen los invasores en *La Amalia*, hasta el 18 por la mañana en que emprenden marcha nuevamente y acampan en Jagüey, después que el entonces brigadier Lacret Morlot terminara de conferenciar con Gómez y Maceo para salir rumbo a Matanzas, con instrucciones precisas respecto a su actuación.

El día 19 los invasores hacen rumbo hacia el O. y acampan en Cabeza de Toro, donde se incorpora el coronel Francisco Pérez con 400 individuos, lo que hace subir los efectivos a 4,400 aproximadamente, no todos combatientes por razón de estar desarmados. Digamos de paso que esta cifra se mantuvo con ligeras oscilaciones hasta la provincia de la Habana, y que más bien fué decreciendo después, como lo hemos de comprobar cuando Gómez y Maceo se separen en nuestra narración al llegar a Hoyo Colorado, cerca de Baracoa.

El día 20 la Columna Invasora penetraba en la provincia de Matanzas, después de pasar el Hanábana, y realizaba una de las jornadas más largas de la campaña que comenzó en Baraguá para terminar en Mantua: 12 leguas, desde las 8 de la mañana a las 12 de la noche, no sin que se registrara una acción que ha pasado a la historia con el nombre de *La Colmena*, cuya importancia es relativa porque la columna española se retiró oportunamente y no se formalizó el aspecto táctico.

El campamento de este día fué en el Desquite, cerca de Palmillas, y ofrece esta marcha la demostración de una movilidad prodigiosa por parte de los cubanos y la ratificación de su propósito en utilizar la noche para avanzar.

El general Martínez Campos, que estaba en Cienfuegos cuando se efectuara la acción de *Mal Tiempo*, había salido por mar hasta Batabanó y desde aquí tomó el ferrocarril para Colón, adonde llegó el día 18 para establecer su Cuartel General: los invasores le habían cortado la comunicación ferroviaria y telegráfica a Cienfuegos, y por ende, el General en Jefe español estuvo muchas horas incomunicado y decidió salir por mar de su aislamiento.

Desde Colón, pues, Martínez Campos dirigía sus columnas.

El plan combinado contra el avance cubano era bueno, a juicio de cualquiera que lo analice. Con las líneas férreas expeditas y bien vigiladas — desde el Cuartel General en Colón a Macagua por el E. y desde Colón a Amarillas por el S., con la circunstancia de que



todo el territorio de Colón es una llanura y, además, era la época invernal en que no llueve, el problema logístico estaba resuelto; porque al iniciarse la fase táctica, o sea el choque, era fácil para los españoles acumular elementos suficientes en determinado sector y alcanzar ventajas definitivas.

Sabemos todos que en esta marcha del día 21, los invasores cruzaron la línea férrea de Colón a Macagua por un lugar cerca de Agüica, después del asedio al destacamento de la Antilla, que se defendió parapetado en una casa de mampostería y pidió parlamento después de resistir una hora de fuego, pero al irse a pactar la capitulación apareció por el O. una columna al mando del general García Navarro, que había salido de Colón con aviso de lo que sucedía, y entonces se suspendió el asedio por los cubanos para continuar la ruta general de avance.

La Columna Invasora siguió con rumbo N. O. hasta Banagüises y desde aquí hacia el O. para pasar al N. de Colón, mientras García Navarro con sus tropas acampaba en el ingenio *Alava*, porque ya eran las 5 de la tarde, poco más o menos, y sabemos que la teoría predominante en esa época era la de no aventurarse en movimientos nocturnos, circunstancia que aprovechaban los cubanos para adelantarse al enemigo, si así convenía.

Después de pasar al N. de Colón, los cubanos torcieron al S. hasta cerca de Retamal, casi en el entronque de las vías ferroviarias que desde Jovellanos y Cárdenas llegan a Colón; es decir, a 2 kilómetros aproximadamente del Cuartel General del Jefe del Ejército español, en el que seguramente bullía toda la actividad de la campaña, cada vez más intensa.

Con el mapa a la vista, y estudiada la situación de ambos contendientes, es asombroso el movimiento invasor en tales circunstancias, puesto que la provincia de Matanzas, desde Colón hasta Unión de Reyes, era considerada infranqueable, con razón sobrada.

Ya de noche — y cerca del entronque indicado — cruzaron los cubanos la vía férrea de Colón a Cárdenas, que pasa por Recreo (hoy Máximo Gómez), previo un reconocimiento que efectuó Maceo personalmente con su escolta, disponiéndose un alto breve. Al iniciarse de nuevo la marcha ocurrió un hecho que pudo ser fatal: parte del grueso y toda la retaguardia tomaron un camino distinto a la vanguardia, lo que supo Maceo al acampar en el ingenio *Santa Elena*. Con

las fuerzas que tomaron otro rumbo iba Gómez, el Generalísimo, así como el general Serafín Sánchez.

Al siguiente día (22), Maceo dirigió su marcha hacia el N. O. y ordenó el incendio total de todos los cañaverales de esta zona, para cumplir lo dispuesto por el Gobierno de la República; y lo mismo hizo Gómez que, sin saber el rumbo fijo de Maceo, se dirigió hacia el S., atravesó la línea férrea de Colón a Jovellanos y ocupó el poblado del Roque, ese día desguarnecido. En el Roque dejó Gómez 3 heridos graves al Alcalde para su cuidado, y salió después con rumbo N. torciendo después al O. para acampar a las 4 de la tarde en Pirinco o Pirineo, como a una legua de Jovellanos.

El general Martínez Campo dejó a Colón y se dirigió a Jovellanos este mismo día.

Maceo acampó en Herrera (6 leguas de jornada) sin que hubiese visto al enemigo. Al amanecer del día siguiente (23 de diciembre), Maceo trató de unirse a Gómez y éste a aquél, mientras el incendio de los cañaverales crecía y se levantaban en todas partes montañas de humo denso que anunciaban la destrucción agrícola de la zona.

Maceo atravesó la línea férrea de Jovellanos a Cárdenas, muy cerca de Cimarrones (hoy Carlos Rojas), colocándose en peligrosa situación porque sin los 1,000 hombres que estaban con el Generalísimo y señalando su ruta al enemigo con el incendio constante de la caña, bien podía éste concentrar elementos suficientes por ferrocarril y presentar un frente difícil de romper y hasta de esquivar. Pero el General en Jefe marchaba presuroso al encuentro del Lugarteniente, atravesando también la vía ferroviaria de Jovellanos a Cárdenas, por el S. de Cimarrones, previendo la necesidad de unir las dos fuerzas para presentar mayor resistencia ante el choque que se avecinaba, y al saber por un campesino que fué interrogado a poca distancia de Cimarrones, que el general Martínez Campos acababa de salir de este pueblo, ordenó una marcha forzada de velocidad y antes del mediodía ambos caudillos se unían, cerca de Madan, y continuaban el avance en dirección a Coliseo.

## C O L I S E O

El General en Jefe español marchaba sobre el rastro de los invasores con un total aproximado de 2,500 hombres, que los componían: 4 compañías del batallón de Navarra, 2 compañías de María Cristina,

2 compañías del batallón del Rey y 2 del batallón de Asturias; 2 piezas de artillería y la guerrilla al mando del capitán Espina. Según dice Reverter en el tomo III de su libro *La Guerra de Cuba*, se trataba de los batallones de Cuenca y Asturias al mando del general García Navarro, pero nosotros hemos podido comprobar que no es cierto, porque García Navarro mandó una columna durante toda La Invasión que se componía de 2 batallones del regimiento de infantería número 65, una batería de artillería de montaña, 2 escuadrones del regimiento de caballería Pizarro y la 5ª compañía montada del batallón de Valladolid N° 21, que sumaban alrededor de 2,700 individuos.

La acción de *Coliseo* se inició próximamente a las 3 de la tarde y no duró más de 15 minutos, extremo en que están de acuerdo todos los autores y todos los veteranos a quienes hemos consultado. En nuestra investigación, hace ya algunos años, estuvimos allí y tenemos levantado un croquis del lugar donde tuvo efecto este hecho de armas, al igual que hicimos en *Mal Tiempo* y *Calimete*, pero decidimos no incluirlo en nuestro trabajo, porque existen algunos puntos oscuros que necesitamos aclarar, y es preferible en tales casos esperar a que la verdad se abra paso. Y es curioso que la acción menos importante tácticamente, de las 3 que hemos estudiado, haya resultado la más difícil de describir para nosotros, porque los actores y autores no están de perfecto acuerdo.

Sin embargo, podemos decir que toda la acción se desarrolló en el demolido ingenio *Audaz*, a la vista del pueblo de Coliseo, que tácticamente no se resolvió nada porque los cubanos no maniobraron a ese fin, y que estratégicamente fué un triunfo para Gómez y Maceo que pudieron continuar el avance, como lo demuestra el hecho de que acamparon en Sumidero, o sea al O. de Coliseo. Moral y políticamente *Coliseo* tiene más significación que si se analiza en un aspecto exclusivamente militar, porque el plan de detener La Invasión — que era lo que quería el General en Jefe español — se frustró, como tenía que ser, porque realmente no acertamos a explicarnos que Martínez Campos pretendiera ese día dar alcance a la Columna Invasora — una columna móvil en recto lenguaje militar — con fuerzas de infantería y colocado a retaguardia; pues si bien es verdad que estableció contacto con su enemigo en el demolido ingenio *Audaz*, se debió única y exclusivamente a que los cubanos hicieron alto por algún

tiempo en los alrededores de Coliseo; lo que quiere decir, que esta acción se debió a un hecho fortuito y no a un cálculo matemático, ni mucho menos a un plan serio y meditado.

Hemos dicho que moral y políticamente tiene más importancia esta acción, porque a las 7 de la noche del día 25, o sea dos días después de *Coliseo*, el General en Jefe español llegó a La Habana y transmitió este cable al Ministro de la Guerra: — “Considerándolo conveniente para dirigir por ahora las operaciones, acabo de llegar a La Habana”. Y la impresión que este viaje causó está reflejada en un párrafo de la obra de Emilio Reverter, sobre la guerra de Cuba, que dice:

Al saberse que el general Martínez Campos había abandonado el teatro de operaciones y llegado a La Habana, subió de nuevo la negra marea del pesimismo. Los insurrectos avanzaban con más audacia que nunca.

Y en la manifestación que el día 27 de diciembre se realizó en esta capital por los elementos integristas, en honor del Capitán General que había llegado de operaciones, después que hablaron algunos oradores que no hay necesidad de mencionar, dijo el homenajeador estas palabras de un sabor muy amargo:

Vine a La Habana a reorganizar las operaciones, pero bajo la impresión de que quizás lo ocurrido se achacara a culpa mía, temía haber desmerecido en el aprecio público. Si por hacerlo mal, si por falta de acierto, fuese yo un obstáculo, me resignaría a que el Gobierno me separase de mi cargo.

Sin embargo, el Gobierno de Madrid le ratificó por cable su confianza.

*Coliseo*, en resumen, no decidió el fracaso de Martínez Campos, pero contribuyó poderosamente a que llegara.

## LA CONTRAMARCHA ESTRATEGICA

Trasladémonos de nuevo al terreno donde se desarrollaban las operaciones, ya que ese es nuestro principal propósito, y dejemos al general Campos en La Habana, donde permaneció en lo adelante hasta su relevo el día 18 de enero de 1896.

Hemos de decir, para rendir culto a la verdad, que el Alto Mando español, después de *Coliseo*, acumuló tal cantidad de tropas a lo largo de la vía férrea que desde Guanábana llega hasta Unión y Alfonso XII

(Alacranes), y desde aquí hasta cerca de la Ciénaga de Zapata, o sea al ingenio *Poey*, que el avance de los invasores, si no imposible, por lo menos era tan difícil y de consecuencias tan costosas, que procedía modificar el objetivo inmediato para tratar de conseguir el objetivo final.

Así vemos a Gómez y Maceo que casi no duermen en el campamento de Sumidero y que en voz baja cambian impresiones que nadie puede conocer, y al iniciarse la marcha del día 24 comienza un retroceso que no era de retirada sino una contramarcha estratégica hábilmente acordada. A las pocas horas la ruta era directamente al S. hasta cerca de la laguna La Ceiba, junto a la Ciénaga de Zapata, y desde aquí giró hacia el E. para buscar campamento que, al fin, encontró en Crimea, ya de noche y después de 16 horas de penosa marcha. Esta jornada de la columna expedicionaria, fué la más larga de todas, a juzgar por la lectura del mapa.

Todos sabemos, porque lo ha dicho Miró, que una de las cosas que se buscaban en este retroceso transitorio — aunque es de advertirse que la creencia general, con la sola excepción de Gómez, Maceo y Serafín Sánchez, era que había terminado La Invasión — una de las cosas que se buscaban, decimos, era dejar los heridos en los hospitales de sangre que existían en esa zona pantanosa, propicia al refugio de los hombres inutilizados por razones que son muy conocidas.

El día 25 la columna cubana siguió su marcha hacia el E. y acampó en Navarrete; de Navarrete a Sabanetón el día 26, ya en los límites provinciales de Matanzas y Las Villas; y de Sabanetón a Indio el día 27, dentro de Las Villas. Y aquí se termina lo que pudiera llamarse el primer aspecto de la contramarcha estratégica, que para nombrarse así debe ser, en ese primer aspecto, una simulación de retirada, y después, o sea en lo que se puede denominar segundo aspecto, un nuevo avance hacia el objetivo que se busca.

Ya en el Indio, los cubanos habían dejado sus heridos a cargo del doctor Alfonso en el Blanquital, y, por tanto, la movilidad necesaria se recobraba.

Pero ahora tenemos que decir algo que hemos estudiado y deducido, y que es una ratificación más al ingenio, a la aptitud guerrera de esos dos hombres excepcionales que se llamaron Máximo Gómez y Antonio Maceo. Los hechos demuestran que ambos caudillos entendieron necesaria la contramarcha estratégica al llegar a Sumidero, y que al iniciarla acordaron quemar todos los cañaverales a su paso al

objeto de que el mando enemigo supiera el rumbo que llevaban, pero como el objetivo principal era que la línea estratégica de Guanábana a Unión y desde aquí a la Ciénaga se rompiera y fuera menos difícil el avance, las líneas férreas se dejaron intactas para facilitar así que las columnas españolas se movieran en persecución de los que, a simple vista, parecía que se retiraban. En efecto, los núcleos de fuerzas enemigas se movieron por ferrocarril para situarse sobre el rastro de los invasores, desde Colón hasta Real Campiña; y cuando Gómez y Maceo llegaron a Indio y recibieron la información que buscaban respecto a que las columnas enemigas iban en trenes hacia ellos, confirmándose tal aserto por el trepidar de las locomotoras que se escuchaba esa noche casi sin interrupción, ambos volvieron a estar reunidos muchas horas, casi sin dormir, y al día siguiente La Invasión volvía al avance rápido, tenaz, para procurar alcanzar a toda costa los límites de las provincias de Matanzas y la Habana. Esto sucedía el 28 de diciembre, y a las 10 de la noche los cubanos acampaban en el demolido ingenio *Triunfana*, al E. de Calimete.

Ahora el problema era otro: había que destruir las comunicaciones y rebasar a Unión de Reyes, dejando atrás al enemigo, sin empeñar acciones que retardaran el avance; es decir, que se continuaba a la defensiva táctica y a la ofensiva estratégica, como era el plan acordado. Para hablar más claro y en lenguaje *mambí*: no importaba *flanco sucio* en esta operación.

Para demostrar ahora que el mando español conocía la situación de la Columna Invasora, aunque no sus intenciones, copiaremos la parte esencial de los cablegramas enviados por el General en Jefe al Ministro de la Guerra. El del día 27 de diciembre decía:

En la provincia de Matanzas se acentúa la retirada por Güira, Cantabria, Jagüey y Estrada de las partidas grandes que parece dirigense Cienfuegos proximidad de la Ciénaga. Columnas Valdés y Navarro persiguen partidas en retirada y coronel Molina pasa hoy Amarillas, tratando batirles antes su salida de la provincia.

El día 28 decía: "Gómez y Maceo pasaron jurisdicción Cienfuegos".

Hasta aquí todo era cierto en cuanto a los lugares más o menos próximos por donde iban los invasores, pero desde el 28 el general Campos pierde la pista, puesto que el día 29, cuando ya se había hecho la primera jornada del nuevo avance y se combatía en Calimete, el cable transmitía lo siguiente:

General en jefe a Ministro Guerra: persiguen a las partidas 10,000 hombres en 8 columnas, llegando en este momento dos batallones más de Júcaro y Tunas y uno de Holguín para activar persecución. Las partidas están saliendo de la provincia de Matanzas. Van muy fatigadas.

El nuevo avance no tuvo confirmación hasta el día 30 para el Alto Mando español, precisamente cuando Gómez y Maceo se dirigían hacia la Empresa para acampar, y, en consecuencia, la contramarcha estratégica había triunfado y los planes de los caudillos cubanos se desarrollaban satisfactoriamente.

Y vamos ahora, para seguir el orden que nos hemos trazado, a describir el combate de *Calimete*, con la mayor brevedad posible.

### CALIMETE

La Columna Invasora con 4,000 hombres, más o menos, acampó el día 28 de diciembre de 1895 en el demolido ingenio *Triunfana*, alrededor de las 10 de la noche, a 2 Kms. al E. de Calimete.

La guarnición de Calimete era de 20 individuos de tropa regular al mando del teniente Guillermin, además de los voluntarios que, como en todas las poblaciones en aquellos tiempos, formaban somatenes para la defensa de la localidad en caso de que fuese atacada.

En esta pequeña población se escuchaban, en la noche y madrugada que precedió al combate, los rumores del campamento *mambí*; y se veían los resplandores de las fogatas del vivac, numerosas en esta ocasión porque hacía mucho frío.

De 4 y media a 5 de la madrugada — ya era el día 29 — llegó a Calimete un tren que conducía tropas españolas, compuestas por unidades de los batallones de Navarra y María Cristina, un pelotón de infantería de marina y otro pelotón de caballería; este último integrado por 19 alistados del Regimiento Santiago y 13 guerrilleros de la Macagua. Total: 850 combatientes.

Como puede verse en el croquis N<sup>o</sup> 3, a 400 metros del poblado y en una casa junto a la que funcionaba una romana para pesar caña, ambas destruídas ya, se colocó una avanzada de las fuerzas cubanas, precisamente sobre el camino que iba y va desde Calimete al demolido ingenio *Triunfana*. La topografía del terreno, dicho sea de paso, no ha variado desde 1895 en forma apreciable.





el campamento de los cubanos, no porque el jefe supiera que éstos estaban allí, sino porque el propósito era ir a Sabana Vieja por ese rumbo y cumplir así la orden que tenía.

El entonces teniente alcalde Bernardo Fernández Menéndez, que ha vivido en Calimete dedicado al cultivo de la caña de azúcar y en desahogada posición económica, celebró una entrevista con el teniente coronel Emilio Perera — que así se llamaba el jefe de este contingente mixto — en la cual tomó parte también el comandante de armas teniente Guillermin, y ambos le significaron que, según sus noticias, había unos 10,000 hombres acampados en *Triunfana* y sus alrededores desde la noche anterior, al mando de Gómez y Maceo, pero el teniente coronel Perera no quiso creer lo que oía y ordenó los preparativos de marcha para ir hacia Sabana Vieja, donde pensaba encontrar al enemigo.

La columna española, llevando como caballería avanzada al pelotón que hemos mencionado — 32 jinetes — inició su marcha a las 6½ a.m. aproximadamente, cuando la neblina no dejaba ver bien a cortas distancias. Como vanguardia iba una compañía al mando del capitán Cabello, en la que ocupó sitio el jefe; después el grueso formado por 2 compañías y el pelotón de infantería de marina, y, por último, la retaguardia al mando del comandante Ruiz de Rabanal con la compañía restante.

El pelotón de caballería recibió los primeros disparos al acercarse a la avanzada cubana que estaba situada cerca de la población, replegándose dicha avanzada seguidamente sobre su apoyo de infantería en las cercanías del ingenio demolido. El batallón mixto continuó su avance hacia *Triunfana* casi en línea recta por el camino rodeado de cañaverales, precedido por el pelotón de caballería, y cuando había caminado unos 1,200 metros se vió contenido por fuego de fusilería, al que contestó en la misma forma, desplegándose y generalizándose entonces la lucha en el camino y los cañaverales.

En tales momentos Gómez y Maceo presenciaban la ejecución de un reo de muerte perteneciente a las fuerzas cubanas, a quien había condenado un consejo de guerra por un delito de carácter denigrante.

La retaguardia española (en esos instantes reserva por razones tácticas que son conocidas), integrada por la compañía de infantería a las órdenes del comandante Ruiz de Rabanal, quedó en espera del desarrollo del combate a la distancia pertinente, de acuerdo con su misión.

El pelotón de caballería se replegó para dejar la acción a la infantería ya desplegada, y en esos instantes fué que el caballo que montaba el teniente coronel Perera se desplomó muerto a balazos, y el jefe de la columna recibió un fuerte golpe en la cabeza al dar contra el suelo. Este golpe aturdió e inutilizó al jefe de tal modo, que sólo pudo ordenar que el mando fuese asumido por el capitán Cabello, y éste a su vez dejó a su hermano el teniente Cabello al frente de la compañía. Parte de la vanguardia cubana, que estaba ya en marcha cuando comenzó el fuego, se detuvo para esperar órdenes que no tardó en recibir.

El flanco izquierdo español trató de forzar el flanco derecho de las fuerzas cubanas, con objeto de echarlas sobre la derecha española y provocar una decisión rápida. La derecha cubana fué reforzada entonces con núcleos de infantería al mando de los hermanos Ducasse que se parapetaron en los muros del ingenio, y se contuvo así el ataque por este lugar con fuego muy eficiente. Pero ante la obstinada presión de los españoles, que demostraban un coraje temerario, se ordenó la carga al machete contra su flanco derecho para que cediera la presión del flanco contrario, lo que se logró después de repetirse las cargas bajo la dirección inmediata del general Serafín Sánchez. Las bajas fueron numerosas de ambas partes, pero no fué posible provocar la desmoralización de la columna española que permanecía inmóvil en su formación y sin disminuir su volumen de fuego. Pero el ataque del batallón, al tener que ceder su presión y mantenerse fijo, ya perdida su capacidad ofensiva, estaba rechazado en su intento; y al comprenderlo así el mando, ordenó el repliegue sobre Calimete, apoyado en su reserva, única decisión adecuada en aquellos instantes para evitar un desastre, puesto que sin poder avanzar y en la imposibilidad de rehuir un fuego muy vivo y eficaz de la infantería cubana que se escudaba en los muros del ingenio, más la amenaza de una carga al machete por fuerzas superiores y fogueadas, era un disparate mantenerse allí.

El plan cubano no era empeñar acción decisiva con esa ni con fuerza alguna, y de ahí, en verdad, que esa columna se hubiera podido retirar ordenadamente, porque claro está que si los 4,000 invasores caen sobre ella, la derrota era cosa de poco tiempo. Debe declararse, no obstante, que ese batallón español demostró un valor estoico, y que todos los cubanos lo reconocieron y proclamaron. Bien es verdad, que maniobró con todos los requisitos de una tropa bien instruida y

mejor mandada, al extremo de haber comprendido ese momento — tan difícil, por cierto — en que la retirada debe hacerse sin dilación. No nos sorprende, pues, que el capitán Cabello, poco después, fuese ascendido a comandante, y más tarde a teniente coronel.

Nuestra investigación personal con individuos que vieron la llegada del batallón a Calimete, porque residían y aún residen en este pueblo, así como el conocimiento de diversos datos y pormenores, nos autorizan a deducir lo siguiente:

1º — Que este combate duró poco más de una hora.

2º — Que el teniente coronel Perera no dirigió el combate, sino el capitán Cabello.

3º — Que los españoles condujeron 22 muertos y 75 heridos a Calimete, y que aquí se construyeron las cajas mortuorias para los cadáveres, cuya inhumación se realizó en Colón.

4º — Que el comandante Ruiz de Rabanal no asumió el mando de la columna en ningún momento.

5º — Que este combate, en resumen, fué un descalabro — no derrota, que es algo muy diferente en el lenguaje militar — del batallón español.

Respecto a las bajas cubanas Miró y Boza no están de acuerdo: el primero da 16 muertos y 69 heridos, y el segundo 12 muertos y 70 heridos; pero nosotros nos explicamos bien esta diferencia en los muertos, habida cuenta de que a las pocas horas fallecieron 4 heridos graves que es el número exacto en que difieren ambos.

Bajo el fuego de la reserva española que protegía el repliegue del batallón sobre Calimete, la columna expedicionaria se organizó en orden de marcha y cruzó la línea férrea muy cerca del central *María* lugar éste donde se hallaba la columna del general García Navarro que abrió fuego nutrido contra los cubanos sin causar mucho daño, ya que, en total, produjo cinco heridos.

El convoy de heridos que llevaban en hamacas los invasores lo integraban 36 individuos, algunos muy graves, y cuando ya había pasado el peligro del central *María*, surgió el obstáculo de otra columna española a las órdenes del general Suárez Valdés que rompió el fuego inmediatamente, pero sin conseguir su propósito de hacer detener el avance de los cubanos que continuaron hacia Baró, donde también sonaron algunos cañonazos pero un tanto lejanos. La jornada de este día, cruenta en verdad, terminó alrededor de las 9 de la noche

en Mostacilla, cerca de Reglita. ¡15 horas de brega! Miró declara que el cuadro era triste, desgarrador: de los heridos murieron 4.

Si examinamos la situación de las fuerzas españolas en esta zona, con un verdadero enjambre, si puede así decirse, de columnas que se movían fácilmente por caminos viables y líneas ferroviarias bien situadas al N., al centro y al S., hemos de convenir en que las ventajas, todas las ventajas, estaban de parte de Martínez Campos y sus subalternos.

El coronel Molina con su columna en Indio, a una jornada de Calimete; el general García Navarro en el Central *María* con una columna volante especialmente preparada para combatir contra Gómez y Maceo; el general Suárez Valdés en tren con una división, avanzando sobre Manguito en los precisos momentos del desarrollo de la acción en *Triunfana*, mientras el batallón mixto de Perera había establecido contacto con el enemigo y lo había logrado detener más de una hora, lo que daba tiempo a la conjunción de fuerzas bien organizadas, traía como resultado que, combinadamente, se podían lanzar más de 10,000 hombres sobre el mal armado contingente cubano, que carecía en lo absoluto de la buena y constante comunicación por ferrocarril que estaba en poder del ejército español. Pero lo cierto fué que ante el avance de un adversario al cual se creía en retirada — y he aquí un aspecto triunfal de la contramarcha estratégica —, se trastornaron los planes concertados por el mando español y vino un fracaso táctico que la ojeada militar de los caudillos cubanos supo aprovechar en seguida.

Nuestra impresión una vez aquilatados los distintos factores morales y materiales que concurrían en la Columna Invasora después de *Calimete*, inmediatamente después, nos obliga a estimar que fueron los momentos más críticos de todas las operaciones de esa campaña. Todo ese día 29, y aún el 30, fueron terribles, y no nos dejará mentir el general Miró que, no obstante su entusiasta y noble optimismo, dice textualmente en sus *Crónicas de la Guerra*:

Amaneció el día 30 de diciembre con no muy agradable faz para el ejército invasor, roto de fatiga y mermado por el plomo. El torvo semblante de la fortuna parecía anunciarnos los funerales de la invasión.

Nosotros vemos claramente en estas palabras de pesimismo desolador — y los veteranos que viven aún y estuvieron allí entonces habrán

de comprenderlo mejor —, toda la incertidumbre de los corazones patriotas, a los que salvó la fe únicamente, la fe en la causa que se defendía y en los dos hombres que guiaban las huestes cien veces heroicas.

Como consecuencia inmediata, *Calimete* representó la brecha por donde se abrió paso La Invasión en su contramarcha, y aquella puerta que se estreabrió en *Mal Tiempo*, quedó abierta de par en par, a nuestro modo de ver.

Desde un punto de vista militar, *Calimete* tiene la gran importancia de haber sido el lugar donde quedaron a retaguardia de los invasores todas las grandes columnas españolas, que era el propósito que alentaban Gómez y Maceo.

En *Mal Tiempo* los cubanos demostraron lo que era una carga fulminante al machete y destrozaron una columna de 500 hombres, haciéndose más de 300 bajas; fué una carga gloriosa en la que participaron unos 400 jinetes y contribuyó en parte al éxito de la campaña emprendida en Baraguá; pero en *Calimete* el enemigo era mayor que en *Mal Tiempo*, no se amedrentó con las cargas y maniobró serena y sabiamente, ocasionando bajas sensibles y numerosas a los invasores. Es decir, que el triunfo táctico parcial que se obtuvo en *Calimete*, fué harto difícil y, por tanto, de mérito indiscutible, puesto que se reunieron tales obstáculos en esa acción que se puso a prueba el temple y el talento guerrero de nuestros caudillos. El avance, en esos momentos tenía que ser rápido y cuidadoso — más que nunca —, porque aquellas llanuras ya arrasadas por el incendio y atravesadas por una red de ferrocarriles, no eran ciertamente adecuadas para combatir contra columnas que barajaban las 3 armas que existían en aquella época, ni la topografía del terreno brindaba abrigos naturales que utilizar para la ocultación de la marcha o para el caso de tener que combatir.

La inferioridad numérica del Ejército Libertador, en general, estaba compensada por una movilidad superior respecto al Ejército Español; y en el caso concreto de la Columna Invasora, aun cuando en ocasiones se fraccionaba para poder lograr mejor un propósito o realizar incursiones que abarcaran mayor territorio que el de su ruta; estaban, sin embargo, tan inteligentemente enlazadas entre sí esas fracciones, que ninguna temía encontrarse sola ante un enemigo superior, porque las otras siempre tenían tiempo para venir en su ayuda (*Coliseo* es una prueba); y en todos los casos lograban los jefes cubanos que las

fracciones actuaran sobre el punto elegido — con raras excepciones —; mientras los españoles, absolutamente superiores en número de hombres, casi siempre eran inferiores numéricamente en el momento del combate.

En el orden político-militar *Calimete*, como *Mal Tiempo* y *Coliseo*, contribuyó al fracaso del general Martínez Campos que, desde La Habana, observaba la impotencia de su ejército para detener al enemigo en Matanzas, como era su propósito deliberado y hecho público en toda la prensa habanera de entonces.

Contra él, pues, que era el representante del Gobierno a quien se combatía y que ostentaba, como Capitán General y jefe de operaciones, facultades omnímodas, la política integrista lanzaría sus dardos más terribles, provocándose de ese modo un relevo que constituiría un triunfo de mejores resultados que el de una batalla campal.

Porque debemos decirlo sinceramente: la política militar del general Martínez Campos dañaba más a la Revolución cubana, que la que adoptó más tarde el general Weyler. Las medidas violentas, exterminadoras, de este último, resultaron contraproducentes, porque es ley histórica que mientras más se hostiga a un pueblo que ama su libertad, más grande surge de su propio infortunio. Weyler no contó con la opinión pública, y precisamente es la fuerza más poderosa para resolver un conflicto armado: he ahí su fracaso. Por eso Maceo, con la clara visión del futuro que tiene todo hombre excepcional, proclamó a Weyler el mejor aliado de la Revolución.

Para precipitar los acontecimientos, Gómez y Maceo realizaron marchas increíbles, verdaderas marchas forzadas a diario, cosa que rechazan todos los manuales del mundo, porque las marchas forzadas — que, como se sabe, puede ser de velocidad o de resistencia, ya porque el aire se acelere o ya porque se permanezca en movimiento más tiempo del normal —, pueden agotar con brevedad a un ejército; y ante el asombro de los que siempre entienden que la guerra es una operación matemática y no “un drama apasionado”, como dice Jomini, aquella expedición integrada por hombres mal alimentados y peor equipados, sin que sus bajas pudieran reponerse, durmiendo a veces sobre las propias cabalgaduras, con heridas que no siempre podían recibir asistencia facultativa, con todos los dolores físicos y morales de los desheredados de la fortuna, con todo eso y mucho más que el léxico es pobre y el investigador incapaz para describir, iban hacia adelante,

siempre adelante, como en un delirio febril, alimentados por esa llama sagrada que ilumina el alma y la eleva y la dignifica y la inmortaliza: la llama del ideal patriótico.

El enemigo (ciego sería el que lo negara) era valeroso, estaba bien armado, era dueño de las ciudades, de los ferrocarriles y de las vías marítimas; combatía con ardor patriótico bajo la dirección del general Martínez Campos, en quien todo hombre justo debe reconocer virtudes que no fueron superadas, ni quizás igualadas, por ninguno de sus antecesores y predecesores; pero el Gobierno de la Metrópoli olvidaba precisamente a uno de sus tratadistas militares, que refiriéndose a esta clase de guerras, decía en 1862:

En ellas, hombres, mujeres, niños, ancianos, todos se revuelven contra el enemigo; los niños matan, los viejos espían, los jóvenes se batan, las mujeres hacen cartuchos y curan las heridas; si no hay ejércitos, se levantan partidas; si no hay cañones, se hacen de troncos; si no hay fusiles, hierros aguzados; si no hay baluartes, barricadas; cada cerca, cada barranco es una plaza de guerra; si no hay pan, se comen carnes inmundas, y luego se muere de hambre con la huesosa mano aferrada al arma.

## NUEVO AVANCE

Los invasores continuaron el avance con la grave dificultad del convoy de heridos en hamacas, y acamparon en La Empresa, al sur de Corral Falso (hoy Pedro Betancourt), lugar por donde se pasara después de la acción de *Coliseo*, cuando se iniciara la contramarcha estratégica que ahora tenía feliz terminación.

En el mapa estratégico que con tanto acierto y previsión fué levantado por el Estado Mayor General del Ejército, observaremos que la contramarcha realizada por la Columna Invasora, afecta la forma de un lazo. Y tanto por esta circunstancia, como también porque en sentido figurado ese vocablo significa artificio engañoso, nosotros hemos bautizado esta estratagema con el nombre de *El Lazo de La Invasión*.

El lazo, pues, produjo su resultado, y como la movilidad era la característica de la tropa cubana, con notable celeridad hizo rumbo al S. O. al levantar campamento en La Empresa, con objeto de dejar los heridos en Manjuarí, junto a la Ciénaga de Zapata, quedando así la columna en mejor disposición para continuar su propósito.

El día 31 los cubanos acampaban en Estante, al sur de Unión de Reyes, a una jornada del límite de la Habana con Matanzas.

En este campamento se ordenó a los generales Serafín Sánchez y Luis Feria que regresaran a Las Villas, dejándose al mando de la caballería villareña al brigadier Angel Guerra, y se designó al coronel Roberto Bermúdez para que, con fuerzas de caballería, siguiera la ruta que se le entregó en un croquis, precediendo siempre a la marcha de La Invasión. La situación había mejorado mucho: vituallas, armas, parque y buenos caballos, todo eso poseían los invasores en el último día del año 1895. Además, el brigadier Lacret combatía con buen éxito al norte de Matanzas, y el enemigo distraía fuerzas hacia aquel sector en beneficio del plan general cubano.

La banda militar que Maceo llevaba desde Holguín, saludó al año nuevo con el Himno Invasor. En Alfonso XII (hoy Alacranes) había pernoctado una columna española al mando del coronel Galbis, que salió por la madrugada a combatir contra los cubanos en el Estante. La acción se desarrolló con brío por ambas partes, y puede decirse que la infantería cubana fué la que sostuvo todo el combate, demostrándose, una vez más, la eficiencia y disciplina que había adquirido esa tropa en poco tiempo. Los cubanos tuvieron 1 muerto y 10 heridos; los españoles, según *El Figaro* de La Habana, registraron 2 oficiales y 4 soldados muertos y un oficial y 18 soldados heridos.

La Columna Invasora sigue su avance impetuoso y penetra en la provincia de la Habana ese mismo día, o sea el 1º de enero de 1896, y después de 8 leguas de marcha, acampa en Bagáez, al E. de Nueva Paz. El día 2 de enero pasa a la vista de este poblado y a distancia táctica de la brigada al mando del general Aldecoa que acababa de llegar a Nueva Paz, sin que se oyera un solo disparo. A su paso por estos lugares, así como por San Nicolás, la retaguardia y las guardias de flanco cubanas continúan la destrucción por el fuego de todos los cañaverales.

Aunque no sea un término militar la palabra "culebrear", nos parece muy gráfica y una originalidad del general Arderíus, cuando dijera al Ministro de la Guerra: "Los rebeldes culebrean en Matanzas". En verdad, como puede verse en el mapa estratégico a que ya hemos hecho referencia, la Columna Invasora describía una línea ondulada y era una culebra de fuego que nada ni nadie podía contener.



Así vemos como invade toda la Habana, primero por el S. hasta Alquízar y después, mientras llegan miles de hombres por ferrocarril al mando de numerosos generales, cambia de frente y avanza con resolución hacia el N. hasta llegar a la costa, cerca de la Playa Jaimanitas, ante el asombro de los que desconocen, o no quieren confesar, que el genio está por encima de los estancamientos doctrinarios.

La alarma en la capital de la Isla fué entonces tan grande, que el general Segundo Cabo dictó una resolución que es muy conocida, disponiendo los lugares de formación de la tropa de guarnición para el caso de que se diera la señal de alarma en vista de la proximidad del enemigo.

La situación del general Martínez Campos era insostenible; los periódicos *Diario de la Marina* y *La Unión Constitucional* publicaron artículos muy violentos contra el Capitán General; en España el general Beránger había dicho públicamente: — Pero, señor, ¿qué hacen nuestras tropas? —; tan sólo opinaban a favor de Martínez Campos los autonomistas, porque los partidos Constitucional y Reformista pedían a gritos su relevo.

La Columna Invasora, en 6 días, había recorrido toda la provincia de la Habana, primero de E. a O. y, por último, de S. a N. en su extremo occidental, y ocupó los pueblos de Melena, Guara, Quivicán, Güira de Melena, La Salud, Alquízar, Gabriel, Ceiba del Agua, Vereda Nueva, Punta Brava y Hoyo Colorado, la mayoría sin que presentaran resistencia, con la excepción de Güira de Melena y Gabriel. El asalto y toma de Güira de Melena fué sangriento, pero de resultados satisfactorios por la cantidad de armas, municiones y vituallas adquiridas para el Ejército Libertador.

En la mañana del día 7 de enero celebraron una conferencia Gómez y Maceo en el campamento de Hoyo Colorado, y como inicio del plan que acordaron ambos, los cornetas tocaron a formación general y las fuerzas se dividieron en dos contingentes: uno que se quedó con el Lugarteniente General integrado por 1,560 hombres, y otro que partió en seguida con el Generalísimo compuesto por 2,300 individuos, según nos dice Miró. Es decir, que en aquellos momentos la Columna Invasora era de 3,860 hombres, sin contar las fuerzas de los coroneles Cándido Alvarez y Bermúdez que, a manera de caballería independiente, realizaban operaciones ya en Pinar del Río.

Poco después de partir Gómez lo hacía Maceo, quien acampó esa noche en el ingenio *Maurín*.

En esta división de la Columna Invasora, vemos nosotros una ingeniosa estratagema que hace honor al talento guerrero de nuestros dos grandes caudillos, porque la confusión que se produjo en el Alto Mando español fué tal, debido a su deficiente servicio de información, que hasta el día 10 no supo que Maceo estaba en Pinar del Río y Gómez en la Habana. Así vemos que en el combate sostenido por el Generalísimo ese mismo día, cerca de Ceiba del Agua con la columna al mando del general Navarro y coronel Arizón, el parte oficial firmado por el general de división Suárez Valdés, dice que "las partidas iban mandadas por Maceo, Miró y Zayas", cuando precisamente éstos se encontraban cerca de Marianao, y el Generalísimo fué el que sostuvo la acción. Mientras Gómez combatía, Maceo marchaba como si fuese a entrar en La Habana e hizo sobre la Capital lo que un esgrimista llamaría una finta; (sabemos bien que en la mente de Maceo se incubaba el proyecto de dar un golpe audaz que produjera ruido en La Habana), y después de esa finta torció al N. y luego al S. O., hasta llegar a Baracoa, lugar muy peligroso para moverse y mucho más si hay que maniobrar. El general Prats avanzó sobre Baracoa y solamente la presencia de ánimo del caudillo cubano pudo evitar un desastre, porque tenía a la espalda el mar y al frente el ataque de una brigada. Sin embargo, con algunas bajas que lamentar, logró evadir el combate y marchó hacia el Central *Lucía*, propiedad de Perfecto Lacoste, a quien personalmente habló y dejó dos heridos graves a su cuidado: el coronel Federico Pérez Carbó uno de ellos.

El 8 de enero acampó en Verriél, límite de la Habana con Pinar del Río. El día 9 asaltó y tomó a Cabañas por la noche obteniendo un botín de guerra precioso: 200 rifles y 15,000 cartuchos. En el ingenio *Gerardo* se efectuó una ligera escaramuza, cuando se levantó campamento en Bahía Honda el día 11, y hasta el 17 de enero no hubo realmente un combate. Cuando la Columna Invasora se acercó a Pinar del Río, la capital de la provincia, el día 17 por la mañana, recibió como saludo algunos cañonazos y al pasar por la Calzada de la Coloma en las inmediaciones de las Taironas se inició un combate de resultados favorables para las armas cubanas, por cuanto el Batallón de Isabel la Católica se retiró hacia la ciudad con 48 bajas, según dicen los partes de la acción. Entre las bajas cubanas figuran en ese día el coronel Pedro Ramos (muerto) y el brigadier Bermúdez (herido grave).

Al día siguiente, o sea el 18 de enero, vuelve a combatir Maceo en algunas escaramuzas y el 19 se desarrolla una acción en Tirado que pudo ser de fatales consecuencias, porque poco faltó para que se realizara una sorpresa del campamento. Según dice el general Miró, no le fué posible determinar el jefe que la mandaba, pero nosotros hemos podido leer en una reseña histórica publicada en Barcelona en 1899, que dichas fuerzas iban mandadas por el general Luque. Lo cierto es que la acción de Tirado, aunque adversa, no impidió a Maceo continuar su avance.

Aún surgió una escaramuza por la tarde en terrenos del ingenio *Guacamaya*, pero sin ocasionar bajas, y por la noche Maceo acampaba en Sábalo para entrar al día siguiente en Guane. Y el día 22 de enero, a las 4 de la tarde, se terminaba la marcha más notable de nuestras guerras emancipadoras y una de las más brillantes de la historia militar del mundo.

Lo que había parecido un sueño, una quimera, una locura, estaba ya realizado: ¡Maceo estaba en Mantua!

Y desde el día 22 de enero de 1896, Maceo ya no fué General, ni Lugarteniente, ni Titán; no, sencillamente fué y es Maceo; porque así como Gómez, Bolívar, Juárez, Sucre, San Martín, Washington, no llevan antepuesto vocablo alguno a sus nombres inmortales porque el léxico resulta pobre, inexpresivo, para tanta gloria; así también Maceo es uno, es único, y no se ha escrito todavía para estos hombres la palabra mágica que pueda enaltecerlos más de lo que están en sus tumbas gloriosas...

## ENSEÑANZAS

A grandes rasgos hemos hablado de La Invasión, deteniéndonos en dos combates de suma importancia para describirlos muy sucintamente, con la prosa descolorida que nos es peculiar y con esa literatura sin fantasía que es propia de estas disciplinas de la milicia, cuando se trata de ahondar en la ciencia y el arte de la guerra.

Pero ahora habrá de surgir en vuestra mente esta pregunta: — Las enseñanzas, ¿dónde están las enseñanzas?

Nosotros no consideramos haber estudiado lo suficiente para deducir todas las enseñanzas que tiene La Invasión, y mucho menos nuestras guerras contra España en el siglo XIX, pero vamos a decir algunas.

Primera: que los cubanos confirmaron la teoría de que la movilidad se opone con éxito a la superioridad en hombres, armamentos y material.

Segunda: que es muy peligroso el enemigo que busca las armas y vituallas en su propio contrincante, animado de grandes ideales, porque los hambrientos y desarmados son, con frecuencia, los más pertinaces combatientes.

Tercera: que la diestra utilización del terreno es realmente decisiva en toda guerra, puesto que los cubanos debieron muchos de sus éxitos a ese factor, no esclavizándose a él con perjuicio del factor hombre, sino más bien manteniendo la doctrina que los japoneses llevaron a la guerra contra los rusos en los albores de este siglo, contenida en este postulado: "Las posiciones sólo son auxiliares de las armas, y éstas, a su vez, auxiliares del hombre"; es decir, todo lo contrario de los rusos, que mantenían un concepto pasivo de la guerra y doctrinaban así: "El soldado es un auxiliar del arma y las armas son auxiliares del terreno".

Cuarta: que los cubanos ratificaron, una vez más, que la táctica es instintiva en el hombre en lo que tiene de fundamental, puesto que los que combatían adoptaban modalidades que surgían de la necesidad de conservarse y causar el mayor daño posible al enemigo.

Quinta: que, no obstante lo dicho anteriormente, los cubanos demostraron la necesidad de la instrucción militar, ya que el instinto guerrero no basta al logro de finalidades diversas que enseña el arte bien practicado; y en este aspecto no nos dejarán mentir los actores, porque muchas veces, según ellos nos han confesado, el plan de un ataque o de una defensa fracasaba por una ejecución deficiente de tal o cual subordinario. Es decir, que un buen plan — y *a priori* lo declaramos bueno porque por algo se llegaba a jefe con mando de tropas — un buen plan, decimos, sufría algunas alteraciones fatales, no producto de la mala fe — que nunca la hubo entre los patriotas — sino de la ausencia de instrucción adecuada, porque, en resumidas cuentas, tanta falta hace la práctica como la teoría, a menos que se trate de un genio, y ya se sabe lo escaso que es este fruto en todas partes; y

Sexta: que las guerras de Cuba contra España enseñan que el espíritu de justicia, cuando arraiga profundamente en el alma humana, es más sólido y más poderoso que lo que pueda ser nación alguna.

## PRECURSORES

Pero ahora hay algo más trascendental que decir, y que, sin embargo, ha permanecido sin comentarios:

Los cubanos fueron precursores de prácticas que hoy rigen en todos los grandes ejércitos.

¿Sabemos en qué se adelantaron los cubanos a su época? Pues es muy sencillo: en las marchas nocturnas y en la especialización de hombres para servir de exploradores o formar parte de patrullas de reconocimiento.

Al estudiar en estos últimos tiempos las teorías extranjeras en materia de arte militar, nos sentimos hondamente satisfechos de observar que los cubanos ya habían practicado con éxito lo que al cabo de muchos años se aceptaba como bueno, pero nos parecía injusto que no se consignara así, porque todos los militares que escriben tienen el deber de estudiar y deducir el mérito donde quiera que éste se halle.

En el siglo XIX las marchas nocturnas eran insólitas, eran, según consigna el comandante Américo Lora en el eficiente libro *Empleo Táctico de la Caballería*, excepcionales y peligrosas; y al copiar la opinión del comandante español Hernández de Herrera, agrega: "que según la frase de Blucher eran más temibles que el enemigo".

Durante la guerra ruso-japonesa, hubo algunas marchas de noche que ocasionaron sorpresa general, y sólo vinieron a practicarse con más frecuencia en la primera guerra europea, que es donde se inició su aceptación.

A todo lo que dejamos dicho, ya sé lo que dirán los veteranos. — ¡Pero si en La Invasión, y fuera de ella, nosotros casi diariamente marchábamos de noche, y algunas veces hasta para combatir al enemigo en reposo!

Lo sabemos, y hasta podemos decir que en eso estribaban muchos de sus triunfos como fuerzas esencialmente móviles.

En cuanto a la especialización de individuos como exploradores o como componentes de patrullas, que para el caso es lo mismo, en todas las unidades tácticas de los ejércitos modernos, incluso el nuestro, se instruyen hombres con ese fin exclusivamente, cosa que antes no se hacía.

El ejército de Cuba — para no ir más lejos — puso en vigor un libro que se titula: *Exploradores y Patrullas de Caballería*, que es una

traducción de distintos folletos editados por el Departamento de la Guerra de los Estados Unidos de América.

De modo sea, que aquellos ágiles jinetes que los cubanos utilizaban para explorar, unas veces solos, otras en parejas y también en patrullas; aquellos servicios de exploración y reconocimiento por individuos especializados en tales prácticas, como era norma establecida por todos los jefes cubanos en obediencia a que así lo disponía la Ley de Organización Militar y a que se obtenían resultados satisfactorios, al extremo de que muchas veces los exploradores evitaron una derrota o contribuyeron a un triunfo; esa especialización de hombres que reunían determinados requisitos físicos, morales e intelectuales en cada unidad táctica, está hoy en vigor como si fuese cosa nueva.

¡Quién iba a decir entonces, a los veteranos de nuestras guerras de independencia, que ellos eran precursores de prácticas que serían aceptadas universalmente!

No en balde el general Burguete, uno de los más notables tratadistas militares — no en España sino en el mundo —, dice en su libro *La ciencia militar ante la guerra europea*:

Hace muchos años vimos por las experiencias de la guerra de Cuba, que la táctica no se acomodaba al progreso de las armas de fuego y que se hacía indispensable alterar los métodos en consonancia con la ley de evolución histórica. La Gran Guerra y el concepto del manejo de las grandes masas, hacía olvidar el arte modesto de mover las pequeñas unidades, y en este olvido, al parecer tan insignificante, pretendemos demostrar que radica todo el fundamental fracaso de los métodos actuales.

Y agrega más adelante:

En la campaña de Cuba y durante mi larga práctica de teniente, vi la ineficacia de reservar fuerzas a retaguardia que iban a ser batidas sin hacer uso de los fuegos y con grave daño del frente al verse reducido.

Hemos copiado a Burguete para poder demostrar hasta la saciedad, que todas las guerras tienen enseñanzas que deducir cuando se estudian, y que nosotros todavía tenemos mucho que aprender de las nuestras.

## L A G U E R R A

Ante el incendio revolucionario de Cuba que pedía su emancipación, la intolerancia se irguió colérica y dijo: "El último hombre y la última peseta".

Nosotros no haremos el comentario a estas palabras, porque ya lo hizo aquel valeroso teniente del Ejército español que acabamos de citar, herido en la acción de *Managuaco* en el año de 1895 al combatir contra fuerzas al mando del general Rabí, y quien ha sido general de división al frente de la Guardia Civil en España. Burguete ha dicho en su libro *La ciencia del valor*:

Aquella frase "el último hombre y la última peseta", sólo podía ser un grito de soberbia impotente, o un rezumamiento mental de un cerebro caduco que había abusado de sus poderosas facultades, llevando al cerebro en su caducidad no ya las funciones todas afectivas, sino las simplemente orgánicas.

Queremos declarar públicamente — aunque comprendemos la importancia que envuelve esta afirmación — queremos declarar que, a nuestro humilde juicio, la guerra de Cuba contra España en las postrimerías del pasado siglo triunfaba con la intervención armada de otra nación o sin ella, lo que no significa, en modo alguno, que olvidemos por ello la noble ayuda del pueblo norteamericano que, al tomar parte en la lucha, precipitó los acontecimientos.

El momento no es oportuno para demostrar nuestro aserto con argumentaciones numerosas, porque la digresión sería larga y nos alejaría de nuestro principal propósito; pero si meditamos sobre la política que se deriva de la frase "el último hombre y la última peseta", y agregamos a ello que España gastaba en Cuba \$158,000 diarios <sup>(7)</sup> y llegó a registrar 173 militares muertos del vómito <sup>(8)</sup> en la primera decena del mes de enero de 1896, según estadística que hemos consultado, las deducciones lógicas nos habrían de dar la razón al afirmar que una guerra así es insostenible.

Y como argumento definitivo está el hecho cierto de una administración militar desorganizada por parte de España en Cuba, que es el peor mal de un ejército.

(7) *La Guerra de Cuba*, por E. Reverter, t. III, p. 167.

(8) *Crónicas de la Guerra de Cuba*, por R. Guerrero, t. II, p. 553.

En resumen, diremos como el Generalísimo en el prefacio al libro del general Boza: "Después de La Invasión, todo era cuestión de tiempo".

No pedimos a los que piensen contra nosotros, que proclamen desde hoy nuestra opinión como artículo de fe patriótica; porque los que creemos — y somos muchos — que la última guerra de Cuba para conquistar su independencia política triunfaba de todos modos, practicamos la tolerancia y sólo pedimos el debate serio y la crítica sana. Para el debate y la crítica, en este caso hay que dejar sentado como premisa que no hay guerras irregulares, ni táctica cubana, ni española, ni francesa. Es decir, que la lucha armada entre los hombres puede tener distintas modalidades de acuerdo con las armas, los individuos y el terreno, pero cualquiera que sea la forma en que se practique, siempre será guerra fundamentada en los principios inalterables de la táctica. Porque, en síntesis, ¿qué es la guerra?

La guerra es — dice el maestro Villamartín — el choque material de los elementos de daño y defensa de que disponen dos poderes sociales que se hallan en oposición de intereses.

Y claro está, que dos hombres que pelean o dos ejércitos que combaten, llevan igual finalidad: vencer al enemigo y conservarse al mismo tiempo. He aquí el fundamento científico en que descansa la táctica. Por consiguiente, la táctica no la inventó nadie en lo que tiene de científico, porque es instintiva. Lo que sucede es que para su aplicación en el terreno, existen reglas que forman cuerpo de doctrina, pero siempre dependientes de alteración por los progresos o inventos en las armas.

Respecto a la división que algunos hacen de la guerra, dice el conocido autor del libro *La Guerra y el Hombre*: "Dividir las guerras en regulares e irregulares es una cosa tan peregrina como si un médico dividiese así los catarros o los diviesos".

A su vez el general Villalba, profesor de la Academia de Infantería de Toledo, y autor de una obra de táctica, dice así:

Quando un ejército regular combate contra uno que no lo es (guerra de Cuba, Transvaal, Marruecos), aunque los principios permanecen inmutables cambian los procedimientos. De esto ha surgido la idea falsa de las llamadas guerras especiales. No hay especialidad más que en los procedimientos y no por completo.



Así vemos, por ejemplo, que los norteamericanos, franceses, ingleses y españoles, que tienen conflictos coloniales, jamás dedican en sus tratados didácticos atención importante a los procedimientos tácticos de esas guerras que muchos se empeñan en llamar especiales o irregulares; por la sencilla razón de que contra modalidades de fuerzas improvisadas contrariando las prescripciones reglamentarias, nunca se opone igual sistema para neutralizar sus efectos, sino que se emplea lo que la experiencia y el estudio han reunido en cuerpo de doctrina.

Vamos a poner un ejemplo: si cualquiera de nosotros tiene necesidad de batirse a espada o sable, después que ha recibido instrucción y práctica durante algunos años, contra un adversario que ignora por completo el arte de la esgrima, no es posible suponer que para neutralizar al contrario copiemos su forma inadecuada de combatir, porque entonces nos colocamos en grado de inferioridad manifiesta. Algunos dirán que, no obstante, muchas veces un individuo que no sabe, que no domina la esgrima, sale ileso de un duelo y hiere a su contrario que es un consumado artista en esa materia. No lo negamos, pero eso confirma que en la esgrima, y en la guerra, hay factores que se sustraen al arte más acabado, sin que por ello haya de proclamarse la inutilidad de éste, sino reconocer que nunca se sabe lo suficiente y siempre hay algo imprevisto que aprender.

En 1906, 1912 y 1917, nuestros reglamentos tácticos y de instrucción eran los que regían en el mundo militar. Si los preceptos que estos reglamentos contenían fueron aplicados — como es lógico suponer — para resolver los problemas tácticos que se presentaron en las tres contiendas interiores que desgraciadamente surgieron en los años señalados, y el Ejército cumplió su misión guiado por las prescripciones en vigor, entonces hay que aceptar su pertinencia en Cuba; porque el caso contrario, o sea que se estudia una cosa y se practica otra, es inadmisibles. Pues, bien: si hubiéramos tenido una guerra contra un ejército bien organizado e instruido, nadie podría negar que esos mismos preceptos hubiéranse practicado. De ello se deduce, que la buena doctrina táctica no se altera, cualquiera que sea el enemigo.

España, o mejor dicho el ejército español en Cuba, no luchaba en 1895 y años sucesivos, hasta la terminación de la guerra, contra una táctica nueva, ni mucho menos. Luchó sí, contra modalidades adoptadas por los cubanos que, con una inteligencia privilegiada y frente al serio peligro de combatir contra un ejército bien equipado y de un valor que nadie se atreverá a poner en tela de juicio, necesitaban

contrarrestar con la sorpresa y la movilidad, lo que las armas y los efectivos de tropas les negaban.

Nada mejor para dejar bien puntualizado este extremo, que copiar las palabras del general Villalba de su libro *Logística*:

No hay, dice, guerras especiales, es decir, que se aparten de los principios fundamentales del arte de la guerra; esa teoría sólo la sostienen la pretensión, la ignorancia y la rutina.

## EL GENIO MILITAR

Quisiéramos, pero no podemos por falta de tiempo, demostrar con una copiosa información, por qué consideramos a Máximo Gómez y Antonio Maceo, genios militares en su más cabal acepción. Trataremos muy ligeramente, sin embargo, este aspecto tan importante, porque de todos modos deseamos decir algo que quizás convenga a los que se interesan en estos estudios.

Empezaremos por buscar la definición de lo que es el “genio militar”.

Según Estévanez, en su diccionario, genio militar es la “disposición o predisposición para el arte de la guerra y para la guerra misma; inclinación a la milicia, con dotes personales eminentes y mucha capacidad para el mando”.

Y según Almirante, autor de otro diccionario militar, “es la vocación, la predisposición para la guerra”.

Por su parte el diccionario de la Academia define el vocablo genio así: “grande ingenio; talento extraordinario”.

De manera que, según nuestro saber y entender, es genial el hombre que demuestra poseer talento extraordinario en general, y aplicado al guerrero especialmente se puede decir que tiene derecho a llamarse “genio militar”, cuando se destaca en forma tal que descuella por encima de todos sus contemporáneos en capacidad, inteligencia, dominio y virtudes morales. Y he ahí las características de Gómez y Maceo.

Porque debe saberse por la generación que no tuvo la inmensa ventura de conocer personalmente a estos dos caudillos de nuestras guerras por la independencia, que en ambos concurrían, además, relevantes manifestaciones de cultura, adquirida a base de dos cualidades que no pueden abandonar a los hombres que llenan de gloria una época histórica: austeridad en las costumbres y voluntad bien dirigida.

Lo que han dejado escrito Gómez y Maceo, demuestra mejor que nuestras palabras, hasta dónde eran grandes y elevados sus pensamientos. Mientras Gómez decía:

No debemos olvidar nunca que nosotros no trabajamos solamente para Cuba — pequeño pedazo de tierra — sino para la humanidad entera y, por consiguiente, para España misma, porque levantar un pueblo del polvo de la opresión y la esclavitud para que llene su altísima misión con la majestad del derecho y la razón de su existencia, es un hecho tan grandioso como humano y civilizador.

Maceo afirmaba: “Mientras haya una injusticia que reparar en Cuba, la revolución redentora no ha terminado”. ¡Hermoso programa para una guerra!

La Invasión, por sí sola, cuando se hurga bien en su desarrollo, cuando se aquilatan desapasionadamente sus justos valores y se penetra más allá de lo superficial, eleva tanto a Gómez y Maceo, que el ánimo queda absorto, como si un rayo de luz divina rasgara las tinieblas de nuestro cerebro e iluminara la mitológica hazaña de los cubanos “sin miedo y sin tacha”.

Gómez y Maceo — muerto Martí —, formaban el complemento ideológico y material de la Revolución, eran las dos partes de un todo, y por eso Miró, el máximo panegirista del caudillo oriental, escribió este párrafo:

Preciso es decir que la campaña de invasión obra fué única de dos ilustres soldados (Gómez y Maceo) que coincidieron en el plan con perfecta identidad, tanto en el orden de tiempo como en la manera de ejecutarlo — ¡rara y feliz concurrencia tratándose de dos hombres excepcionales! — y juntos le dieron desarrollo en el vasto teatro de la guerra, compartiendo por igual las múltiples y diarias obligaciones derivadas de una empresa tan ardua como peligrosa. Si juntos compartieron los riesgos y responsabilidades de la campaña, si el mérito de la iniciativa, con el más admirable de la ejecución, les corresponde por igual a los dos campeones, la fama, siendo justa, debe orlar con los laureles de la victoria las frentes de ambos caudillos.

Juzgada como marcha excepcional, La Invasión ha merecido el honor de ser comparada con la de Aníbal a Italia, y se han citado a San Martín, a Sherman y a Napoleón, que también realizaron marchas notables que todos los que nos leen conocen seguramen-

te. Pero nosotros entendemos que la expedición guerrera más difícil hasta que se efectuó La Invasión en Cuba — y no pretendemos que nuestro juicio sea indiscutible, sino discutible — fué la de Aníbal precisamente, la de aquel genio militar que, según un autor eximio, debió sus victorias a la ciencia y nada más que a la ciencia, porque jamás la fortuna las decidió.

Pero para demostrar — como es nuestro propósito — que los cubanos relativamente lucharon con más obstáculos en la marcha de la Columna Invasora desde Oriente a Occidente, que lo que lucharan Aníbal y sus lugartenientes Asdrúbal y Hanon en el avance hacia Roma, sin que con ello pretendamos restar sino enaltecer los méritos del inmortal cartaginés, es necesario que recordemos únicamente — a manera de argumento definitivo — los efectivos de ambos ejércitos.

Aníbal marchaba con 50,000 infantes (9,000 eran españoles, lo que quiere decir que contaba con parte de infantería jamás superada) — la misma que en otro siglo combatió contra los cubanos — y, además llevaba 9,000 jinetes: total, 59,000 combatientes. Roma sonrió ante la osadía de Aníbal, y mandó contra éste un ejército de 20,000 hombres a las órdenes de Publio que ocupó las gargantas de los Alpes. Sabemos, además, que Aníbal hábilmente intervino en la guerra sostenida entre dos hermanos en Lyon y dió la corona a uno de los dos, y que a cambio de ello recibió armas y vituallas, así como un ejército que cubrió su retaguardia. Aníbal escala audazmente el pequeño San Bernardo y muchos hombres y caballos se despeñan en los abismos de esa cordillera, pero al fin, desciende por el valle de Aosta, y ante el retroceso de Publio que pasa el Po, se adelanta y chocan las fuerzas de caballería de ambos, resultando herido Publio que, con precipitación, cruza el Trebia y se fortifica, no sin pedir refuerzos a Roma. Sempronio fué el guerrero que acudió al auxilio de Publio por orden de Roma, e imprevisor se lanzó contra Aníbal y fué derrotado, pero la nieve paralizó las operaciones hasta la primavera siguiente en que Aníbal avanzó, mientras Roma rugía, y taló e incendió cuanto encontró a su paso, derrotó también a Flamínio y a Varron, es decir, a fuerzas casi iguales, porque si bien los romanos eran mayor cantidad en infantería, también los cartagineses y españoles eran superiores en número de hombres de caballería. Y ya a las puertas de Roma, se detiene el genio de Aníbal vacilante porque el Senado romano ni siquiera se digna escuchar una embajada del cartaginés; y entonces comienza el enervamiento de aquellas tropas que habían marchado

durante 6 meses victoriosas, pero sin conseguir el objetivo principal; enervamiento que lo producen “las delicias de Capua”, según frase estereotipada y ciertísima en su aplicación. Aníbal estuvo 13 años en Capua, entre placeres y descanso, mientras los romanos se robustecían. Roma, sintiéndose ya fuerte, envió un ejército contra Cartago, lo que obligó a Aníbal a ir en socorro de su patria amenazada y vino entonces la batalla de Zama que ganó Scipion contra el talento y la experiencia del cartaginés, que perseguido sin tregua prefirió envenenarse a ser prisionero de su enemigo.

Y, si la marcha de La Invasión — 424 leguas en 92 días — alcanzó su objetivo estratégico y táctico, con 1,560 hombres que Maceo tenía a sus órdenes al separarse de Gómez en Hoyo Colorado, o si queremos suponer una equivocación que nosotros admitimos dentro de las posibilidades humanas, con 2,000 o hasta con 3,000 combatientes — que no pretendemos escatimar mil hombres más o menos —, y España había acumulado en los primeros días de enero de 1896, según la estadística que poseemos, 182,356 individuos de tropa al mando de 42 generales, de los que se destacaron 25,000 sobre la ruta de la columna cubana sin que pudieran contenerla en su avance, no obstante las ventajas materiales que todos conocemos, ¿no es verdad que estamos ante una marcha única por los obstáculos que tuvo que vencer?

Y, además, en el orden moral, ¿puede alguien señalar debilidades por los placeres, vacilaciones ante el objetivo militar, vanidad de triunfadores en Gómez y Maceo?

Convengamos en que estos dos hombres fueron demasiado grandes y que estamos en presencia de dos genios guerreros con todos sus atributos.

Porque, después de todo, opinamos de acuerdo con un tratadista insigne, que dijo:

Las marchas son la base de la educación de los ejércitos y su única ciencia, porque se resume en ellas todo el plan de campaña y los principios fundamentales de la estrategia, de la táctica, de la política y de la organización. De saber marchar a saber vencer no hay más que un paso, porque una continua y ordenada movilidad en las tropas es el único medio de conseguir triunfos en la guerra.

Quando se hagan comparaciones entre nuestros caudillos y los grandes capitanes que en el mundo han sido, no hay que llevar los nuestros

a otros países y a otras situaciones, sino a la inversa: traerlos a Cuba y colocarlos ante una tropa mal armada, sin vestidos, sin alimentos y cien veces inferior al enemigo, en fin, ponerlos frente a una situación igual a la que existía entre Cuba y España, a ver si con sus soldados — no con los nuestros — pueden realizar la inmortal epopeya de La Invasión.

## R E S U M E N

No aspiramos a considerar este nuestro modesto trabajo, como un estudio profundo y definitivo de La Invasión, o sea de aquella gloriosa jornada de 424 leguas en 3 meses, que, al decir de Mr. Clarence King, fué el hecho militar más audaz de la centuria. Tan sólo hemos querido esbozar algunos episodios y fijar algunas ideas alrededor de nuestra última guerra por la independencia, y muy especialmente de La Invasión que, a nuestro juicio, constituye la más hermosa presea de los valientes legionarios cubanos en aquella fragorosa lucha que sólo podían soportar los espíritus fuertes.

Largo tiempo de nosotros está aquella campaña militar que comenzó en Baraguá y terminó en Mantua; y ya es hora de que el mundo sepa valorar nuestra gran hazaña épica, más notable a medida que el tiempo pasa y más admirable cuando se aquilata en su justo prestigio.

Esa línea tortuosa que traza sobre el mapa de Cuba la ruta de los centauros mambises, desde Oriente a Occidente, debe ser para todo cubano la luminosa trayectoria que simboliza nuestra consagración como pueblo digno de la inmortalidad.

Los pueblos, como ha dicho Rodó, no se miden por su capacidad para la agresión, sino por su capacidad para la defensa. Y para demostrar esta inconcusa verdad, allí está Bélgica, la inmortal Bélgica, que en la guerra de inmensas proporciones que estalló en Europa a principios de agosto de 1914, opuso la tenacidad de su espíritu defensivo contra la invasión alemana que arrasaba su suelo: 100,000 belgas lucharon contra 500,000 alemanes. Bélgica fué derrotada materialmente, pero el valor moral de su defensa le atrajo la simpatía popular de todos los países, casi sin excepción, e influyó poderosamente en la decisión final de la guerra. Y hecha la paz, todavía el heroico pueblo belga supo aceptar el hambre como una necesidad patriótica para normalizar un tanto su quebrantada economía. He aquí a un pueblo gigantesco, con derecho a vivir eternamente.

Y los cubanos, que poseemos una historia también heroica, también gigantesca, tenemos el deber de renovar, como lo hacemos hoy, el recuerdo inmarcesible de los acontecimientos guerreros que culminaron en nuestra independencia y de los hombres que inspiraron o ejecutaron, como Gómez y Maceo, los planes de aquella lid desmesurada.

Hay que fortalecer a los espíritus débiles, hay que mantener latente el anhelo de mejorar a Cuba por todos los medios y hablar y escribir de nuestras virtudes, porque como ha dicho Plutarco en el exordio a la *Vida de Pericles*, él se dedicó a ese género de escritura, de las vidas comparadas de los varones ilustres de Grecia y Roma, con el objeto de engendrar en los que las leyesen, celo y deseo de imitar las acciones virtuosas que en ellas se refieren, pues aunque en las demás cosas que nos deleitan no se siga al admirarlas el deseo de hacer otras semejantes, las obras de la virtud, con sólo que se oiga su narración, arrebatan nuestro ánimo y producen en él un conato práctico y moral para imitarlas.

Y nosotros, humildes narradores de una muy reducida parte de los hechos realizados por esos dos varones ilustres que se llamaron Máximo Gómez y Antonio Maceo, pretendemos lo que Plutarco: producir el deseo en todos los cubanos de imitar las virtudes excelsas de aquellos dos hombres y de cuantos con ellos compartieron penalidades y amarguras terribles sin claudicar; sobre todo, producir ese deseo entre los cubanos de nuestra generación y entre los que ya asoman para venir a ocupar su puesto en la línea de fuego.

Porque los veteranos ya cumplieron con exceso su deber; pero nosotros los que nacimos en la última década del siglo XIX, o los que nacieron en los albores del actual, ¿qué hemos hecho para merecer honra de la Patria? ¿Acaso tenemos ya conquistado el derecho de poder aspirar a que nuestras tumbas se cavén junto a las de ellos? Pues si no es así, a luchar sin vacilaciones, para alcanzar este derecho.

En cada veterano muerto debemos evocar un jirón del alma cubana; y en cada veterano vivo reconocer el derecho que tiene al amor de su pueblo.

Pero los pueblos aman su historia cuando la conocen profundamente, en su génesis, en su desenvolvimiento y en su resultado. Hagamos historia, sí; sobre todo historiemos los hechos guerreros con la conciencia serena, libre de prejuicios. Serenidad antes que nada, en el estudio, en el análisis y en las deducciones, porque sin ella no es

posible el trabajo serio, doctrinal, científico, que exige la posteridad. Lo que importa es la médula, no la epidermis.

Nuestra historia guerrera — que es la historia por antonomasia de todos los pueblos y de todas las razas — es tan grande, tan hermosa, tan heroica, que a su conjuro los corazones tienen que dar vuelcos en el pecho y las almas tienen que vibrar electrizadas de emoción.

Y así como un hombre no es nada por sí mismo, a no ser por lo que significan y simbolizan sus ideales; así tampoco los pueblos subsisten por ser tales, sino por las doctrinas que mantienen y la tradición que siguen.

Nuestras doctrinas, las doctrinas que mantenemos, son las que Martí sembró en el surco de la conciencia cubana, como intérprete que fué de los anhelos y sentimientos de un pueblo que virilmente se negaba a vivir como esclavo; y la tradición que seguimos, está señalada por Gómez y Maceo, por todos los que, muertos o vivos, contribuyeron de alguna manera a la magna obra de crear esta República; la República tan ansiada, que será inmortal por el mandato de los libertadores y por el honor de todos sus hijos; la República de amor a la justicia que en su conquista material, para ser aún más bella, se debió a dos instrumentos de trabajo: a la chaveta del tabaquero y al machete del guajiro.

## OBRAS CONSULTADAS

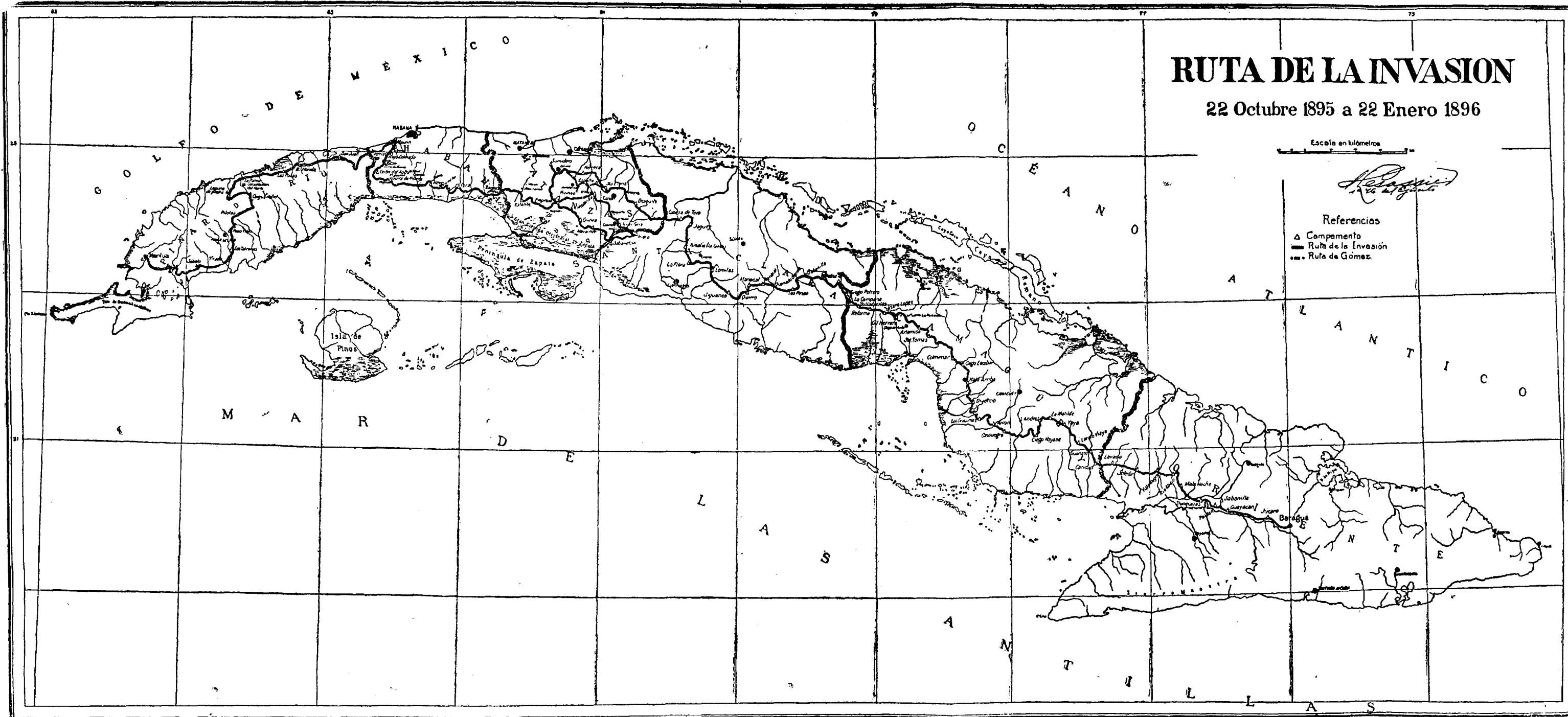
TITULO	AUTOR
<i>Revoluciones . . . Cuba y Hogar</i> , por . . . . .	Máximo Gómez y Báez.
<i>Cuba. Crónicas de la Guerra</i> , por . . . . .	José Miró.
<i>Mi Diario de la Guerra</i> , por . . . . .	Bernabé Boza.
<i>Granos de Oro. Pensamientos de Martí</i> , por	F. Argilagos.
<i>Un Paladín (Serafín Sánchez)</i> , por . . . . .	Gerardo Castellanos G.
<i>Nociones del Arte Militar</i> , por . . . . .	F. Villamartín.
<i>Napoleón III y la Academia de Ciencias</i> , por	F. Villamartín.
<i>La Guerra y el Hombre</i> , por . . . . .	R. Burgucte.
<i>La Ciencia del Valor</i> , por . . . . .	R. Burgucte.
<i>La Ciencia Militar ante la Guerra Europea</i> , por	R. Burgucte.
<i>Primeras consecuencias de la Guerra</i> , por . . .	Gustavo Le Bon.
<i>Leyes de la Guerra</i> , por . . . . .	E. Cancio-Bello.
<i>Moral Militar</i> , por . . . . .	S. Espinosa.
<i>Crónicas de la Guerra de Cuba</i> , por . . . . .	R. Guerrero.
<i>La Guerra de Cuba</i> , por . . . . .	E. Reverter.
<i>Logística</i> , por . . . . .	J. Villalba.





<i>Táctica</i> , por .....	J. Villalba.
<i>Diccionario Militar</i> , por .....	J. Almirante.
<i>Diccionario Militar</i> , por .....	N. Estévez.
<i>Empleo táctico de la caballería</i> , por .....	Estado Mayor Ejército de Cuba.
<i>Exploradores y patrullas de caballería</i> , por ..	Estado Mayor Ejército de Cuba.
<i>Estudios Históricos</i> , por .....	Langlois y Seignobos.
<i>Principios de la Guerra</i> , por .....	Foch.
<i>La Guerra</i> , por .....	Clausewitz.





**RUTA DE LA INVASION**

22 Octubre 1895 a 22 Enero 1896

Escala en kilómetros

*[Signature]*

- Referencias
- △ Campamento
  - Ruta de la Invasión
  - - - Ruta de Gómez

DOS CONCLUSIONES DE LA CAMPAÑA  
DEL GENERAL MAXIMO GOMEZ  
EN LA PROVINCIA DE LA  
HABANA



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

## I

Vengo con devota admiración y profundo respeto a rendirle un débil tributo que no será — bien lo sé — el que merece aquel gran guerrero, que en los Pinos de Baire demostró a sus soldados bisoños, cómo el machete era, además de instrumento de trabajo, arma de guerra formidable; y que en los albores de la República, nimbado por la gloria de sus grandes hazañas, dignificó el título de ciudadano con esa austeridad que Plutarco hace resaltar en los varones ilustres de Grecia y Roma.

Para hablar de la vida inquieta y heroica de Máximo Gómez, no basta una hora, ni una noche, ni muchos días, porque es tanto lo que hizo, tan inmenso su radio de acción, tan inmortal su obra, que el tema resulta inagotable, pobre la palabra, débil el acento, deslumbrado el disertante, ante el panorama iluminado por un sol que señalaba siempre los caminos de la libertad; porque eso fué Gómez: un sol al que no puede manchar el soplo infecundo de la pasión mezquina.

Cuando allá por el mes de enero de 1928, tuve el honor de dar a conocer públicamente un modesto estudio militar sobre la campaña inmortal de La Invasión en nuestra *Guerra de Independencia*, cumplí mi deber al exaltar y reconocer la genialidad de aquellos dos hombres para quienes serán siempre pequeños todos los homenajes; y en tal ocasión, bien lo recuerdo, no pude complementar mi labor refiriéndome a todos los aspectos de esa marcha audaz hacia las provincias occidentales, porque el tiempo que habitualmente se concede a una conferencia no da derecho a mantener por espacio de más de dos horas la atención del auditorio, aun cuando éste sea muy benévolo.

Aquella épica jornada, cantada ya por poetas y prosistas de relieve, tuvo en Gómez a su iniciador en la *Guerra de los Diez Años*, como saben todos los cubanos que leen y comprenden la historia de su patria; y cuando en *La Mejorana*, el día 5 de mayo de 1895, se reunieron Martí, Gómez y Maceo, se renovó el propósito de llevar la guerra hasta Occidente de todos modos, porque la experiencia adquirida en la década malegrada así lo aconsejaba.

Sin tibieza, sin vacilaciones, que jamás en el pecho de esos tres hombres hubo falta de energía moral, ni mucho menos carencia de fervor patriótico, se iniciaron los prolegómenos de La Invasión, así llamada por antonomasia en nuestra Historia, dada su trascendencia: Maceo se quedaría en Oriente hasta reunir fuerzas suficientes para ir en busca de Gómez, mientras éste llegaba al Camagüey con reducida escolta y se unía a los que ya esperaban el arribo del brioso caudillo.

El bosquejo histórico-militar que pretendo realizar, se inicia precisamente con la llegada de Gómez al Camagüey, y después de pasar por alto la marcha invasora por Las Villas, Matanzas y la región oriental de la Habana, puesto que de esa fase de la campaña ya he hablado en ocasión para mí inolvidable, trataré de analizar muy ligeramente, por último, las operaciones del General en Jefe en la provincia de la Habana, desde el 7 de enero en que se separó de Maceo en Palomino, al norte de Hoyo Colorado, hasta el 19 de febrero en que ambos caudillos se abrazaban en la finca *Soto*, cerca de Moralitos, ante la intensa emoción de toda la tropa *mambisa*; abrazo aquel que era como la plena confirmación de lo que escribió Gómez en su reseña de *Palo Seco*.

No hay vínculos más fuertes que aquellos que se forman entre los hombres frente a frente de peligros y desgracias comunes: son más sinceros y puros que los formados en los festines alegres y dichosos de la vida.

Debo declarar, por otra parte, que el documentado trabajo del doctor Benigno Souza, leído en la Academia de Artes y Letras, está pletórico de sugerencias y me ha obligado a meditar sobre extremos muy importantes en la campaña de Gómez durante La Invasión; a tal extremo, que creo imprescindible hacer referencia a la comunicación de éste a Maceo, firmada en *El Cascarón* el día 30 de junio de 1895 porque en ella se refleja todo un plan ya concebido y en plena ejecución.

El raid famoso que Gómez denomina *círculo* con mucha razón, según el documento dado a conocer por Souza, tuvo por jalones memorables a los poblados de Altagracia, el Mulato y San Jerónimo, tomados "a tiro y tea", como escribe Boza; sin olvidar la carga fulminante de *La Larga*, donde el machete causó un verdadero estrago a los guerrilleros.

Ese *círculo* tenía un doble propósito, aparte de foguear a los nuevos soldados: poner en pie de guerra a los camagüeyanos que todavía vacilaban, no obstante la presencia de Salvador Cisneros en la *manigua* con un grupo de jóvenes esforzados, y, además, llamar la atención del mando español sobre este territorio para aliviar la situación de Maceo y que éste pudiera emprender la marcha con el contingente invasor; es decir, con el ejército de Alejandro Magno, como ha escrito Gómez.

Es el propio General en Jefe quien consigna en su evocador artículo *Mi Escolta*, lo siguiente:

Situado mi Cuartel General en el Centro, principié desde ese punto a organizar el Ejército cuyo mando se me había confiado, y a preparar el plan de campaña que necesariamente había de desarrollar en toda la Isla, con los elementos de que pude disponer, que, por cierto, eran bien pocos o ninguno. El interés capital de la campaña, agrega Gómez, consistía en la invasión formal de las comarcas occidentales; pero para su ejecución apenas contábamos con algunos cientos de armas y muy escasas municiones en las cananas. Por más que procuraba activar las operaciones, continúa el General en Jefe, no pude conseguir que se moviese el Ejército de Oriente antes de la acción de Peralejo. Como los contratiempos por lo general se encadenan, el estado de salud del General Maceo, que no era muy bueno, se empeoró, y en vista de que aquella situación se prolongaba indefinidamente, me adelanté a Las Villas ya desesperado.

Se hace necesario que copiemos algunos párrafos más de lo escrito por el general Gómez, para llegar a las conclusiones que pretendemos hacer. Helos aquí:

El día último de octubre traspuse, sin novedad, la trocha de Júcaro a Morón, tan guarnecida por los españoles, y entré en la jurisdicción de Sancti Spíritus. En espera del General Maceo, hice allí una campaña de movimientos continuos, con objeto de cansar al enemigo sin consumir nuestras municiones, campaña que coronó el éxito, pues nos apoderamos de 25,000 tiros y 50 armamentos en el asalto al fuerte Pelayo. Después amagué a la ciudad de Sancti Spíritus y, por último, puse sitio y atacué al fuerte Río Grande. Me proponía con todo esto que los españoles dejaran libre el paso de la trocha al General Maceo de quien tenía avisos que venía aproximándose a la cabeza del Cuerpo Invasor, y secundaba así, por otro lado, nuestro plan de penetrar enteros en el territorio de Las Villas. La actividad y pericia del General Maceo

hicieron lo demás. El Cuerpo Invasor, sin consumir un cartucho, traspuso la decantada trocha, y el día 29 de noviembre mi Lugarteniente y yo nos dábamos la mano en San Juan. Al otro día acampábamos en el extenso potrero *La Reforma*, en donde maduramos, retocándolo, nuestro plan de invasión. El primer paso estaba dado. Se había puesto en ejecución la parte más difícil y escabrosa de toda empresa humana: el principio. A partir de aquel momento, a mi juicio, comenzaba la era en que se iba a jugar la suerte de la Revolución. Era preciso proceder con tino y acierto no confiándolo todo a la Fortuna, y a ese fin, con el mapa a la vista siempre nos concretamos a ejecutar estos propósitos de capitalísima importancia: Marcha viva ganando terreno, no importa retaguardia o flanco sucio del enemigo, buscando siempre frente limpio.

Por su parte Maceo le decía a Gómez, desde Mala Noche el 31 de octubre de 1895: "Lo supongo a usted impaciente con mi retraso, pero usted sabe que esto no depende de mí, y que haré cuanto humanamente pueda para llegar a mi destino cuanto antes". Y con fecha 15 de noviembre, o sea a los 15 días de remitir el comunicado anterior, agregaba desde *La Matilde*: "Desde fines del mes de octubre próximo pasado debería encontrarme en Las Villas con el contingente si las cosas hubieran marchado en armonía con las órdenes dictadas por usted y las disposiciones que di encaminadas a ese fin; pero..."

¿Se necesita algún documento más para demostrar que la marcha del contingente invasor de Oriente se había retardado; y que Gómez impaciente, *desesperado* dice él, pasó la trocha de Júcaro a Morón y penetró en Las Villas porque estimó que ya su plan en el Camagüey estaba terminado, después de constituir el Consejo de Gobierno y llevar a término feliz el famoso *círculo*? ¿Podía él, guerrero instintivo y militar experimentado, esperar a Maceo en el Camagüey, como se deduce que era lo convenido? Creo sin vacilar, porque ya lo he estudiado mucho, que la decisión de Gómez fué admirable. Un general mediocre quizás hubiera pensado así: "¿Mi Lugarteniente ha tenido serios inconvenientes para desarrollar la fase inicial del plan? Pues será prudente y esperaré". Pero Gómez no era el Jefe que sólo alcanza a penetrar el reducido sector que abarca la vista; no, era el caudillo que, como las águilas, volaba muy alto y veía muy lejos, era el genio que no temía modificar el objetivo secundario en busca del objetivo final, era el viejo *mambí* que arrastraba a las multitudes combatientes, a los peleadores improvisados por el decoro, a veces sin

armas, con rostros que el hambre o la sed desfiguraban, muchas veces cabalgando febriles con la herida que sangraba o la enfermedad que consumía, pero siempre con la fe inquebrantable en el caudillo que los guiaba hacia el camino de su redención, para que fueran héroes o mártires en la defensa de una causa generosa y sublime.

Para mí este aspecto de La Invasión es claro: Gómez, después de promover la guerra en la provincia camagüeyana, organizaría el Gobierno, como lo hizo y esperaría a Maceo para combinar el paso a Las Villas; pero como las circunstancias no fueron propicias a la realización de este último extremo, no se podía esperar a que el adversario estuviese prevenido y fuerte en la trocha, porque entonces fracasaban las operaciones sorpresivas en las que era maestro consumado nuestro gran adalid; y por eso el 30 de octubre burla la línea fortificada de Júcaro a Morón, ante la sorpresa del mando español, se mueve con celeridad pasmosa en la región oriental de Las Villas, obliga al enemigo a despachar miles de soldados en su persecución, amaga ataques que no ha pensado realizar, toma fuertes que parecían inexpugnables, cambia impresiones con Roloff, Serafín Sánchez y Manuel Suárez, dicta órdenes diversas y "con el pie en el estribo" redacta entre otras, una comunicación al Lugarteniente General, fechada en *La Reforma* el 20 de noviembre, de la que extractamos lo siguiente:

Mi presencia en esta comarca ha obligado al enemigo a concentrarse, por lo que sus operaciones se reducen a las de menor importancia, mientras que por mi parte me he concretado a los movimientos que le obliguen a mantener esa actitud; a la vez que conservar enteras nuestras fuerzas para proteger, como lo estoy haciendo, el avance de usted. He logrado *botar* al occidente del Zaza más de 4,000 españoles que estaban a la expectativa para batirme en la zona de Ciego de Avila. Después de dejarlos entretenidos por allí, casi sobre su retaguardia he tomado hace 48 horas el campamento importante de Pelayo. Un teniente con 50 hombres que componían la guarnición que se rindió, fueron devueltos a sus filas. Me encuentro desde ayer atacando el fuerte de Río Grande, con el segundo propósito de obligar al enemigo que ocupa la Trocha, a que caiga sobre mí, dejándole a usted el paso franco. Creo firmemente, General, que cuando Martínez Campos tenga la seguridad que usted y yo estamos reunidos, junto con los valientes que nos acompañan, es muy posible quede aturdido y desconcertado, pues tal vez no pensó que pudiéramos conquistar a esta fecha el nombre de *Invasores*. No tengo mucho



tiempo, ni se necesita para entrar en detalles que le persuadan de lo urgente que será su marcha, rápida y con todas las precauciones necesarias para no batirse hasta entrar en Las Villas.

En este escrito resalta la claridad de conceptos, sin que pueda surgir duda alguna en relación con los propósitos del mando supremo. Bien podría servir de modelo, puesto que reúne precisamente dos requisitos esenciales: no invade la esfera de atribuciones del subordinado, ni se presta a torcidas interpretaciones; dice lo que quiere y exige lo que puede, con el estilo peculiar de su autor, sin rebuscamientos inútiles.

Después de todo lo expuesto, estimo que ha llegado el momento de formular una conclusión lógica, la primera de las dos a que hemos de llegar. Tal conclusión está contenida en las palabras siguientes:

EL CONTINGENTE INVASOR ORIENTAL AL MANDO DEL GENERAL MACEO NO NECESITO COMBATIR EN SU MARCHA POR CAMAGÜEY Y A SU PASO POR LA TROCHA DE JUCARO A MORON, DEBIDO A LAS PREVISORAS OPERACIONES DIRIGIDAS POR EL GENERAL EN JEFE.

## II

Sería ofensivo preguntar a los lectores si conocen los hechos históricos de la Columna Invasora desde que acampó en Lázaro López, hasta que llegó triunfante a Hoyo Colorado, tiempo comprendido desde el 30 de noviembre de 1895 al 6 de enero de 1896.

Fué el 7 de enero cuando en Palomino, al norte de Hoyo Colorado, Gómez y Maceo dividieron las tropas en dos columnas, una al mando del primero para operar en la Habana, la otra bajo la dirección del segundo con una misión principal perfectamente definida: llegar a Mantua.

Es del dominio público la frase breve pero elocuente, que el General en Jefe dirigió a su Lugarteniente: "Siga usted a Mantua, que yo guardaré la *puerta*". Esa frase trascendental ha sido ya analizada por mí en una modestísima conferencia, y no procede, en consecuencia, repetir lo que quizás muchos de mis lectores conocen perfectamente; pero creo oportuno hacer constar que, si se estudia la fisiografía de la zona de Bauta desde un punto de vista militar, es evidente su importancia como la puerta natural para la entrada y salida de Pinar del Río.

Todos los patriotas que han escrito sobre la separación de Gómez y Maceo en Palomino, están de acuerdo en asignar al General en Jefe una columna de 2,000 hombres más o menos, en unidades de caballería la mayor parte y unos 200 infantes al mando de los hermanos Ducasse.

Se inicia entonces una de las fases más importantes de la campaña de La Invasión, porque a las aptitudes del viejo guerrero que ostentaba el más alto cargo del Ejército Libertador, quedaba confiado, por propia voluntad, el mejor éxito de su Lugarteniente en la marcha audaz hacia el extremo geográfico del occidente de Cuba.

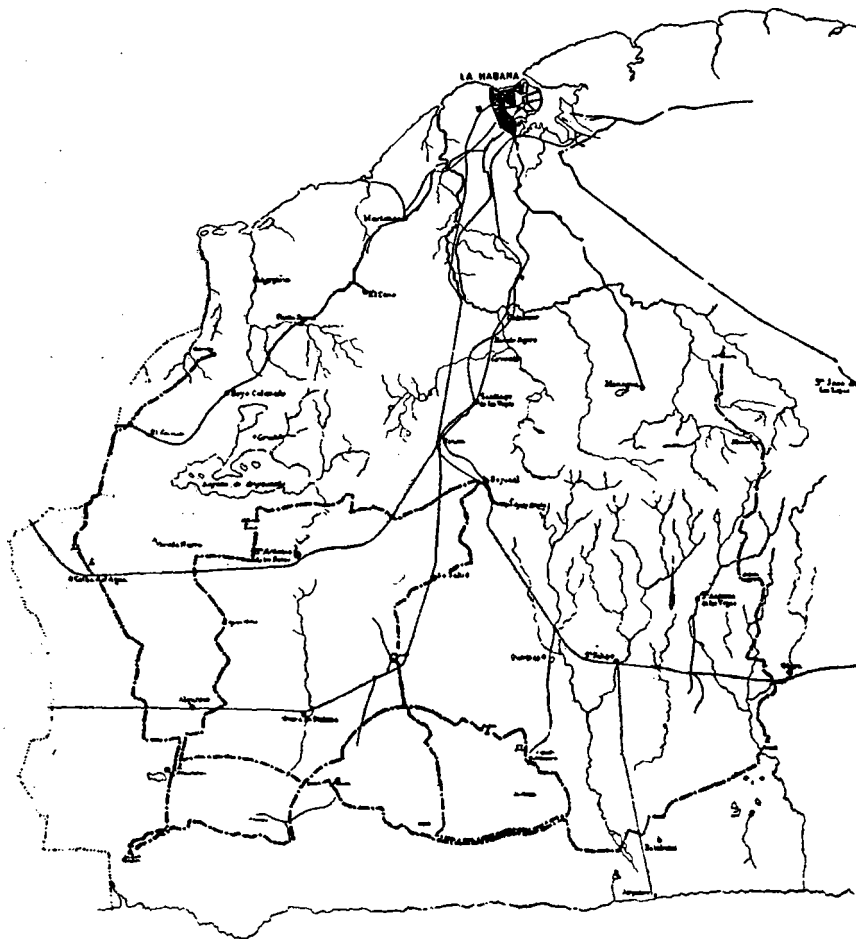
Séame permitido que haga presente al llegar a este punto de mi estudio militar-histórico, el deslumbramiento de mi espíritu cuando examinaba ese zigzagear ininterrumpido de Gómez en la provincia de la Habana, mientras Maceo avanzaba como un torbellino incontenible para llegar a la cita que le daban en Mantua, al decir del teniente Castilla, los grandes capitanes de todos los siglos.

Es muy difícil trazar en un mapa con la claridad que el caso requiere, las líneas que determinen la ruta seguida por Gómez en un territorio tan reducido como el Sur de la Habana, porque son numerosos los trazos que deben hacerse, cortándose unos a otros y confundiendo su lectura por la sencilla razón de que las marchas se hacían por idénticos lugares en ocasiones repetidas.

Haré una breve relación de las marchas y acciones que se realizaron durante 1 mes y 13 días que duró este raid maravilloso. El día 7 de enero, al separarse de Maceo, hace rumbo al S. O., y ordena sobre la marcha que salgan patrullas al mando de oficiales, para exigir a los campesinos pacíficos que abran grandes y numerosos boquetes en las cercas de piedra, con el claro propósito de tener facilidad para atacar a la infantería española que, por regla general, se parapetaba en esos abrigos e imposibilitaba la maniobra de la caballería *mambisa*. Este mismo día por la tarde, y ya acampado cerca de Ceiba del Agua, sostiene combate con una columna española al mando del general García Navarro. Los cubanos sufrieron 23 bajas entre muertos y heridos y los españoles 29, según parte oficial. El 8 de enero pasa Gómez por el ingenio *San Antonio de Pulido*; el 9 acampa en *La Luz*; el 10 en el ingenio *Mi Rosa*, de Camps, cerca de Quivicán, donde combate el 11; el 12 captura un tren del ferrocarril del Oeste entre el Gabriel y La Salud y acampa en el ingenio *Fajardo*, donde se incorpora voluntariamente al Ejército Libertador uno de los pasajeros del tren captu-

rado: el joven Honorato Valdés Miranda; el 13 entra sin resistencia enemiga en el pueblo de La Salud a las 10 de la mañana, y por la tarde llega a Bejucal donde la guarnición rompe un fuego nutrido, y aunque Gómez intenta incendiar el poblado, desiste al fin porque se presenta ante él un grupo de niños llorosos y suplicantes, espectáculo al que Boza pone este colofón: “Aquello fué más fuerte que el Viejo; dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas curtidas”. El 14 tiene otro combate cerca de La Salud donde recibe una herida de bala, pero permanece a caballo sin decirlo para no alarmar a sus subordinados, y al hacer campamento en Aguas Malas es cuando el doctor Sánchez Agramonte le practica la cura declarando que no es un caso grave. El 15 marcha nuevamente al ingenio *San Antonio de Pulido*, donde acampa hasta el 19 al amanecer en que, ya cicatrizada la herida, emprende un recorrido hasta Nazareno haciendo noche en sus alrededores; el 20 pasa por el ingenio *Santa Amelia*, donde almuerza, y por la tarde acampa en Moralitos; el 21 cruza por el pueblo de Tapaste y acampa cerca de Güines; el 22 se le incorpora en este lugar el comandante Adolfo Castillo con unos 700 hombres; el 23 marcha hasta *Flor de Mayo* donde pernocta y ordena que un oficial y 30 individuos hostilicen durante toda la noche a una columna enemiga que los exploradores han descubierto acampada a una legua; el 24 almuerza en el ingenio *San Agustín de Mosquera*, al Sur de Quivicán, y es atacado por Suárez Valdés que hace uso de su artillería sin causar estragos; el 25 está de nuevo en el ingenio *San Antonio de Pulido* en Alquizar; el 26 cruza la línea férrea a Guanajay y captura un tren de carga y pasajeros, acampando cerca de Vereda Nueva; el 27 pasa por Caimito y se detiene en el central *Lucía* de Lacoste, donde almuerza, y combate por la tarde con pocas municiones que se agotan pronto; el 28 levanta campamento en *La Cruz*, hace un alto entre Mariel y Guanajay, y pernocta en *El Destino*, provincia de Pinar del Río; el 29 pasa por el ingenio *Pilar de Durañona* y por Cañas, donde se presenta el enemigo, y hay una acción breve pero reñida; el 30 sale de *San Antonio de Pulido*, pasa por los ingenios *Andrea*, *Tamaulipas* y acampa en el *Santa Lucía* de Casuso; el 31 pasa a *La Luisa* y recibe aquí al brigadier José María Aguirre y al coronel Javier de la Vega con sus escoltas.

Al llegar a esta fecha, dice Boza en su libro *Mi Diario de la Guerra* (Tomo I, 2ª parte, pág. 171):



MOVIMIENTOS DE GÓMEZ EN LA PROVINCIA DE LA HABANA.

En este lugar nos deja el mes de enero, durante el cual todo aquel que haya observado las marchas, movimientos y acciones del Cuartel General, habrá visto los esfuerzos hechos por éste para cumplir el propósito de llamar la atención al enemigo para distraerlo y facilitar el triunfo, ya efectivo, del lugarteniente general Maceo.

El mes de febrero fué de tanta actividad para Gómez como el de enero. El día 1º está acampado en *La Luz*; el 2 burla el ataque del general español Marín, marcha hacia el ingenio *San Antonio de*

*Pulido* por 5ª vez, y aunque lo esperaba oculta una columna española, no logró sorprenderlo. Pernoctó este día a 1 kilómetro de Alquizar. El 3 acampa cerca de Quivicán y recibe la noticia de la captura de un tren por el brigadier Díaz, en el que se ocuparon 27,000 cartuchos, lo que da lugar a vivas y aclamaciones entre la tropa que estaba sin parque desde algunos días antes. El 4 acampa en Santa Bárbara, al Sur de Bejucal; el 5 almuerza en Veitía y duerme en La Oliva; el 6 acampa en Moralitos; el 7 y 8 en el mismo lugar; el 9 en *Portugalette*; el 10 en *El Guayabal*; el 11 en Río Bayamo; el 12 en el mismo sitio; el 13 en *La Culebra*; el 14 pasa por el pueblo de San Antonio de las Vegas donde almuerza y continúa rumbo S. O., hasta pasar la vía férrea cerca de San Felipe; el 15 pasa por *Mi Rosa* y acampa en *Peñalver*; el 16 hace rumbo al N. por Ceiba del Agua y Vereda Nueva y acampa a las 9 de la noche en *La Encrucijada*; el 17 pasa a la vista de San Antonio de los Baños y cruza la línea férrea entre el Rincón y La Salud ordenando la destrucción de un tramo de vía, y hace noche en San José del Valle; el 18 se monta sobre el rastro de una columna enemiga a la que escaramucea entre San Nicolás y Río Bayamo; sigue la marcha y encuentra otra columna española en el callejón del Navío trabándose combate breve pero violento, y acampa a las 4 de la tarde en Moralitos, donde recibe un mensaje de Maceo, que le manifiesta estar atacando a Jaruco. Y al siguiente día, 19 de febrero, los dos grandes caudillos se reúnen en Soto, finalizando prácticamente una de las campañas más brillantes de nuestra historia guerrera, de esa historia que nos hizo dignos de alcanzar la libertad, gloriosa epopeya que han de saber amar con veneración y orgullo la juventud de hoy y la de mañana, porque los pueblos sin propia tradición no sabrán nunca defender el decoro patrio, ni castigar el ultraje al derecho.

A grandes rasgos, sin detalles que harían interminable y abrumadora mi labor, he tratado de presentar un bosquejo del plan ejecutado por Máximo Gómez durante el avance de Maceo hasta Mantua y el regreso de éste a la provincia habanera.

Más que el táctico, surge en esta campaña el estrategista en toda su plenitud. Mantenerse a la defensiva táctica, es decir, sin formalizar acción de guerra alguna, y permanecer, sin embargo, a la ofensiva estratégica en un reducido territorio, con 7 columnas enemigas de las tres armas en su persecución, cada una de las cuales tenía, por lo menos, el doble de efectivos que su antagonista; eso será siempre

para un profesional que estudie el hecho con imparcialidad, motivo de estupefacción inmensa; porque, además, las numerosas vías de comunicación que existían en la provincia de la Habana, la proximidad de la principal base española de operaciones y aprovisionamiento y las características físicas del terreno donde se debatía este duelo a muerte, eran, a mayor abundamiento, causas suficientes para pensar en el fracaso de Gómez.

Pero nuestro General en Jefe, que fué indiscutiblemente el guerrero que mejor comprendió y ejecutó las modalidades que debían adoptarse para neutralizar la acción del ejército español, nuestro General en Jefe, digo, triunfó en la lid a golpe de machete, con las geniales concepciones de su talento militar, y como la lucha armada no es más que una forma de la política para imponer por la fuerza sus aspiraciones, he aquí que, en definitiva, los laureles del campo de batalla iban a ceñir la frente de la República en armas, representada por el Gobierno que, a falta de capitolio, se albergaba en la *manigua*, bajo la hermosa cúpula del cielo cubano, a la luz radiante de nuestro sol o a la lumbre temblorosa de las estrellas que, en su inquietud, reflejaban los anhelos y esperanzas del espíritu nativo.

En definitiva, y para llegar al epílogo de mis comentarios, es fácil para cualquier historiador comprobar que Gómez consiguió, de acuerdo con sus propósitos, tener sobre sí mayor número de tropas que Maceo, como era el plan convenido en Hoyo Colorado, y ello facilitó, más que la llegada a Mantua, el retroceso a la región habanera, del "bravo entre los bravos".

En consecuencia, formularé la segunda conclusión de mi trabajo, concretada así:

A LA EXPEDICION DEL CUERPO INVASOR AL MANDO DE MACEO NO LE FUE TAN DIFICIL LLEGAR A SU OBJETIVO FINAL, O SEA A MANTUA, Y SOBRE TODO REGRESAR A LA HABANA, DEBIDO AL DESARROLLO GENIAL DEL PLAN ESTRATEGICO DE GOMEZ EN LAS ZONAS CENTRAL, MERIDIONAL Y OCCIDENTAL DE ESTA PROVINCIA.

### III

En rigor, el breve estudio que me propuse hacer está terminado, con la segunda y última de las dos conclusiones a que me he referido,

después de una investigación histórica que no podría darse a conocer en toda su extensión por razones obvias de su amplitud excesiva.

Creo, no obstante, que no tengo el derecho de finalizar mi humilde pero honrada disertación, sin permitirle al Lugarteniente General que fuera del Ejército Libertador, Antonio Maceo y Grajales, exponer su criterio sobre Gómez, porque nadie como él tuvo mayor autoridad para juzgarlo.

Sin hacer un relato de los antecedentes que dieron lugar a una situación muy delicada entre Maceo y Bartolomé Masó, porque ello es del dominio público, es lo cierto que Maceo le decía al Secretario de la Guerra en escrito número 250, fechado en Consuegra el 19 de noviembre de 1895:

Cuanto el mando supremo del Ejército que asume el Mayor General Máximo Gómez, no es para mí noticia nueva: yo fui el primero en el destierro en darle mis sufragios y acatar su autoridad, porque reconocía como reconozco en él su indiscutible superioridad y porque ése es mi temperamento de orden y disciplina . . .

Otro documento que juzgo de importancia, es una carta del general Miró dirigida a su esposa desde Pinar del Río en 18 de octubre de 1896; carta que conservo en mi poder y que consigna, entre otros particulares, lo que sigue: "El General Gómez es un hombre completo, tan bravo en los combates como sensible para las cosas del alma. A mí siempre me ha distinguido y me ha honrado con su amistad".

Maceo, el caudillo glorioso, brazo formidable y alma templada para la guerra, que no conoció el temor ni la claudicación, es quien escribe de su único Jefe con palabras que son definitivas; y Miró, su inolvidable Jefe de Estado Mayor, el más exaltado, el de mayor autoridad como panegirista del Lugarteniente General, es quien hace la consagración de Gómez.

El general Eugenio Sánchez Agramonte y el comandante Rogelio Mora, quienes dejaron de cultivar su afecto, os dirían como me dijeron a mí, hace ya largo tiempo, que si algún hombre puede llevar el título de Libertador en Cuba ése es Máximo Gómez.

De labios de los generales Pedro Betancourt, Domingo Méndez Capote, Carlos González Clavel, Loynaz del Castillo, Manuel Piedra, Armando Sánchez Agramonte, Javier de la Vega y los coroneles Rafael

del Castillo, Leopoldo Calvo y Gustavo Pérez Abreu, escucharíais esta frase: No hay con qué pagarle a ese *Viejo* lo que hizo por Cuba.

Y de dos octogenarios ilustres que combatieron en la *Guerra de los Diez Años*, don Manuel Calás y don Federico Betancourt, quizás oiríais esta exclamación: “¡Si usted lo hubiera conocido!”.

En estas dos exclamaciones sencillas, se encierra un mundo de nobles evocaciones; hay en los rostros de esos hombres que os hablan de El Libertador, como una luz milagrosa que los anima; viven por unos minutos el pasado heroico, el tiempo de las virtudes incommovibles, la época en que las almas no eran cobardes porque estaban fundidas en el crisol del deber.





# SAN PEDRO



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

El estudio histórico-militar que presentamos a la consideración de nuestros compatriotas, alrededor de la última campaña que inició, y no pudo terminar, el lugarteniente general del Ejército Libertador, mayor general Antonio Maceo y Grajales, en el mes de diciembre del año 1896, tiene un propósito bien definido y largamente meditado: divulgar todo lo que nosotros hemos podido investigar y deducir con rigorismo científico, para servir de alguna manera a la Patria con nuestra modesta contribución histórica, en el sector de la profesión militar.

## EL CRUCE DE LA BAHIA

Nuestro propósito es referir los últimos días de la vida guerrera de Maceo, o sea desde que cruzara en un bote por la bahía del Mariel, hasta su muerte en San Pedro, más concretamente en la finca *Bobadilla*; y hemos de procurar, hasta donde sea posible, que este ensayo histórico-militar sea de apariencias decorosas por lo menos, ya que no pretendemos llegar a la exactitud absoluta, porque mientras más se estudia y se investiga en las disciplinas históricas, aún orientado por una metodología racional, menos afirmaciones rotundas se logran para ofrecerlas a la curiosidad legítima del público.

Intentaremos un bosquejo de la situación de la guerra entre Cuba y España hacia fines de 1896, por estimarlo de rigor en todo estudio que, como el nuestro, se refiera a uno de los dos jefes supremos en la lucha armada que se debatía.

Martínez Campos había fracasado ante el triunfo de La Invasión. Weyler lo sustituyó en el cargo de Capitán General y General en Jefe del Ejército en operaciones. La política militar de ambos era antitética. Martínez Campos representaba alguna tolerancia y bastante comprensión del problema cubano. Weyler era la guerra a sangre y fuego, la fuerza como única solución, el exterminio total del cubano en armas y... hasta sin armas.

El Gobierno español se empeñaba en declarar que la guerra de Cuba era civil, con perjuicio que Gabriel Maura señala al decir que

por tal circunstancia los navíos militares españoles no podían detener y visitar a los buques mercantes extranjeros, derecho que les habría conferido, en caso de conflagración con otra potencia, la simple declaración de guerra notificada a los neutrales.

Comoquiera que nuestra base de aprovisionamiento, por circunstancias peculiares, no se encontraba a retaguardia de los ejércitos como aconsejan los textos, sino que estaba en los Estados Unidos de América principalmente, nos convenía que se sostuviera por Cánovas el criterio de que en Cuba se reñía una guerra civil, puesto que de ese modo las embarcaciones con bandera norteamericana eran inviolables y servían con eficiencia a los propósitos de los cubanos.

Por otra parte, la Delegación cubana en los Estados Unidos laboraba por el reconocimiento de la beligerancia nuestra, lo que crearía, como al fin sucedió, una tirantez de relaciones con España que venía, en definitiva, a favorecer los planes de la independencia de Cuba.

Weyler recibía instrucciones para acabar la guerra de todas maneras, porque la tempestad asomaba en el horizonte. Como medio seguro para reducir la insurrección, decidió Weyler la construcción de trochas militares. Se construyó la de Mariel a Majana, y para calmar la ansiedad pública que le pedía una actuación rápida, salió en persona a operaciones en Pinar del Río para derrotar a Maceo, según se anunció pomposamente. No derrotó a nadie, pero declaró oficialmente que daba por pacificada la provincia de la Habana.

Entre los cubanos en armas, no podía faltar esa eterna fricción de civilistas y militaristas, que ha sido común a todas las guerras. El Gobierno, en su mayoría compuesto por los primeros, tenía sus quejas, muy infundadas, contra el general Gómez. Señalemos de paso que en la Gran Guerra Europea, con ser Clemenceau un estadista de fuste, hubo sus pugnas entre civiles y militares, pero al fin venció el buen juicio del Padre de la Victoria; y lo mismo puede decirse de los cubanos, porque en definitiva prevaleció el sano criterio de nuestro General en Jefe, a quien no puede discutirse tampoco la paternidad de nuestra victoria.

Hasta Maceo llegaron insinuaciones muy claras para que asumiera la dirección suprema del Ejército y del Gobierno de la República, según podríamos demostrar documentalmente; pero él, con ruda entereza, se irguió indignado contra tales ofrecimientos que consideraba mezquinos, pronunció palabras de extrema dureza que no vamos

a repetir por ser muy conocidas. Es en esa actitud de leal servidor a la causa de Cuba, por encima de todos los honores que suelen envanecer al hombre, cuando su figura tiene para nosotros las proporciones más gigantescas de su historia; porque la lealtad de Maceo no era precisamente a la persona de Máximo Gómez, sino a los ideales comunes que en ambos habían arraigado para formar un nudo indestructible, que no podían desatar, como imaginaban algunos, las disfrazadas tentativas del rencor.

Opinamos con Miguel Varona Guerrero, que Gómez y Maceo en nuestra última guerra de emancipación, tanto por su edad y experiencia, como por su identificación espiritual en el fin único que los guiaba en la lucha planteada con terrible empuje, eran dos viejos y buenos amigos, de esos amigos que quisieran morir juntos, porque han llegado a crear un mundo en que no podría vivir el uno sin el otro.

Si ese monumento que se levanta en el Malecón a la memoria de Maceo, no tuviera incrustada en el mármol la palabra *lealtad*, faltaría algo trascendental en su simbolismo, porque esa fué una virtud que se destacó con preponderancia en la agitada existencia del guerrero insuperado. Bien lo sabía Miró al redactar para el monumento estas palabras: "Su valentía igualó a su lealtad".

La decisión del Lugarteniente General de pasar a la provincia de la Habana en diciembre de 1896, obedecía a causas muy poderosas, originadas principalmente por la situación política y militar del momento.

Escúchese ahora una carta del General en Jefe a su Lugarteniente, y trátese de interpretarla en su fondo:

Remanganaguas, 25 Julio 1896.

L. T. Gral. Antonio Maceo.

Distinguido Gral.:

La muerte del bravo Gral. José Maceo ha causado hondo pesar en los corazones de todos sus compañeros de armas, y un claro notable en las filas del Ejército Libertador. En cuanto a mí, sólo puedo decirle que asocio mi pena a la pena más grande que es la de Ud. por afinidades naturales de simpatías, porque si Ud. amó como hermano al héroe que sucumbió en "Loma del Gato", yo lo amé como amigo (y no sé que será más dulce) que de ello siempre nos dimos muestras constantes, pero en los últimos días de su vida con más frecuencia. Que caigan confundidas nuestras lágrimas sobre la tumba del guerrero, del hermano y del amigo, y sigamos impávidos a terminar la tarea que junto

con él, el primero, principiamos, de la Independencia de Cuba.

Disimule, Gral., que en esta carta que debía ser de puro duelo por la pérdida del hermano querido, le advierta que son repetidas las órdenes que le tengo dadas de trasladarse del lado acá de la línea del Mariel, pues además del efecto moral favorable que nos dará, ese paso dado por Ud., es necesarísimo, su presencia en todo su Departamento que falta mucho organizar y a qué atender.

Aquí también había mucho, muchísimo que hacer, y se imponía la necesidad de mi presencia por estas Regiones, pero terminadas las faenas, que no descansaré hasta su fin, emprenderé en seguida marcha a darme la mano con Ud.

El enemigo flojo y desorientado sin plan ni concierto y me propongo aprovechar las ventajas que tal situación nos pueda dar.

De Ud. Gral. con la más distinguida consideración su General y amigo.

(fdo.) M. Gómez.

Por otra parte, de los documentos que guarda una familia de estirpe revolucionaria, y que hemos examinado con no poca emoción, se deduce todo el plan de Maceo; burlar la trocha para concentrar bajo su mando la mayor cantidad posible de tropas y atacar sorpresivamente a La Habana por Marianao, buscando los resultados inmediatos que siguen:

1º—Demostrar que la pacificación del territorio de La Habana era una ficción.

2º—Producir la caída de Weyler.

3º—Contestar cumplidamente la solicitud de Estrada Palma, que había pedido la ejecución de un hecho de armas resonante y audaz, para utilizarlo con fines de alta política exterior.

4º—*Darse la mano* con Gómez, para tratar sobre los problemas difíciles que se agitaban en el seno de nuestro Gobierno.

En lo que atañe al aspecto meramente personal, Maceo pensó salvar el obstáculo de la trocha, en una violenta ofensiva con sus aguerridas huestes de Pinar del Río, pero desistió de tal proyecto por una razón obvia: las bajas cubanas no se podían reponer, y, en consecuencia, era necesario el ahorro de vidas.

Los reconocimientos sobre la línea fortificada de Mariel a Majana, demostraron que si se forzaba el paso por ella costaría pérdidas considerables entre los atacantes. Esos reconocimientos, que eran nocturnos, se practicaron en su mayor parte por el recio *mambí* Carlos González Clavel, y dieron resultados negativos para el intento que se

proyectaba; por cierto que las escaramuzas que sostuvo González Clavel junto a la trocha, produjeron alarma en la opinión integrista, llegándose a publicar en la prensa que los insurrectos estaban utilizando globos cautivos en sus operaciones, cosa incierta y puramente imaginativa, como sabemos todos.

En tal situación se presentó Carlos Soto ante Maceo en Begoña el día 3 de diciembre, una vez rendido el viaje de costumbre entre la desembocadura del río Mosquitos y la Caleta de la Caña, utilizando para ello un bote al que Miró llama atinadamente *cascarón*. Soto conducía un bulto de correspondencia e iba acompañado de los comandantes Gross y Torres y el capitán Ahumada, en comisiones del servicio estos últimos. De la conversación que sostuvo Maceo con Carlos Soto en relación con el servicio que éste prestaba por la vía marítima, ayudado por su sobrino Eudaldo Concepción y por Gerardo Llaneras, quedó convenido que a bordo de ese bote se hiciera la travesía del caudillo y un grupo de jefes y oficiales. Soto hizo notar la imposibilidad de realizar la empresa esa noche, por el estado desapacible del tiempo, y Maceo decidió que al día siguiente, 4 de diciembre, realizaría el cruce por mar de cualquier manera, designando para que lo acompañaran al general Miró, al brigadier Pedro Díaz, al coronel Alberto Nodarse, al coronel Charles Gordon, al oficial médico Máximo Zertucha, a los tenientes coroneles Manuel Piedra y Alfredo Jústiz, y a los capitanes Nicolás Souvanell, Ramón Peñalver, Ramón Ahumada, Francisco Gómez Toro y José Urbino; total: 12 jefes y oficiales. Además, irían también 5 asistentes: Benito y Ricardo Hechevarría, Juan Pérez, José Delgado y Andrés Cuervo.

El día 4 por la tarde Maceo se despidió de sus tropas y entregó el mando de su escolta al teniente coronel Carlos González Clavel. En sus *Crónicas* nos explica Miró que “el agua caía recia y pertinaz; el aspecto del cielo, nos dice, era de un gran temporal en el mar y en la montaña; sobre el Mariel se condensaban las nubes negras...”

En efecto, bajo una lluvia incesante y con el frío ambiente propio de la estación, Maceo y los suyos, guiados por Soto, hicieron rumbo a la Caleta de la Caña, lugar en que estaba oculto el bote y esperaban Concepción y Llaneras. Se intentó la salida del bote de la Caleta de la Caña para que recalara en la desembocadura del río Mosquitos, que era el trayecto de costumbre para estas expediciones periódicas; pero el viento norte era tan fuerte que la débil embarcación fué arrojada por las olas sobre la playa. Entonces Soto indicó que era prefe-

rible pasar por dentro de la bahía, desde el lugar conocido por la Aguada hasta el muelle de Gerardo, así llamado porque pertenecía a Gerardo Llaneras, y Maceo aceptó en seguida la proposición. El bote fué llevado en hombros desde la Caleta de la Caña hasta La Aguada, y se inició entonces el primer viaje.

No es posible dejar de mencionar la situación de las fuerzas españolas en aquellos alrededores, puesto que así es como podrá calcularse el peligro que corrían al pasar la bahía aquellos cubanos decididos. En el Hospital Militar, enclavado en el Mariel en esa época, había una guarnición aproximada de 2,000 soldados y en el torreón del litoral E. estaban acantonados unos 300 hombres de infantería de marina, que mantenían una compañía al cuidado de un aligibe rematado por un fortín, aligibe éste, situado a 80 metros del muelle de Gerardo, que es precisamente el sitio donde Maceo arribó en el bote. No hacemos mención de las tropas situadas en el pueblo del Mariel por el mando español, pero es imprescindible decir que los cañoneros *Vigía* y *Cristina* se turnaban en el recorrido de la bahía esa noche, de acuerdo con el cometido que les estaba asignado.

Todos los cubanos saben, o deben saber, que el bote en el cual cruzó Maceo la bahía del Mariel, en la madrugada del 4 al 5 de diciembre de 1896, efectuó cinco viajes consecutivos para transportar de una orilla a otra, a los 18 patriotas cuyos nombres hemos consignado ya.

La frágil y deteriorada barquilla se escurrió, por decirlo así, entre las sombras densas de una noche que no puede ser olvidada jamás, junto a los fuertes y barcos de guerra con cañones, marinos y soldados conducida por la pericia de tres hombres entusiastas.

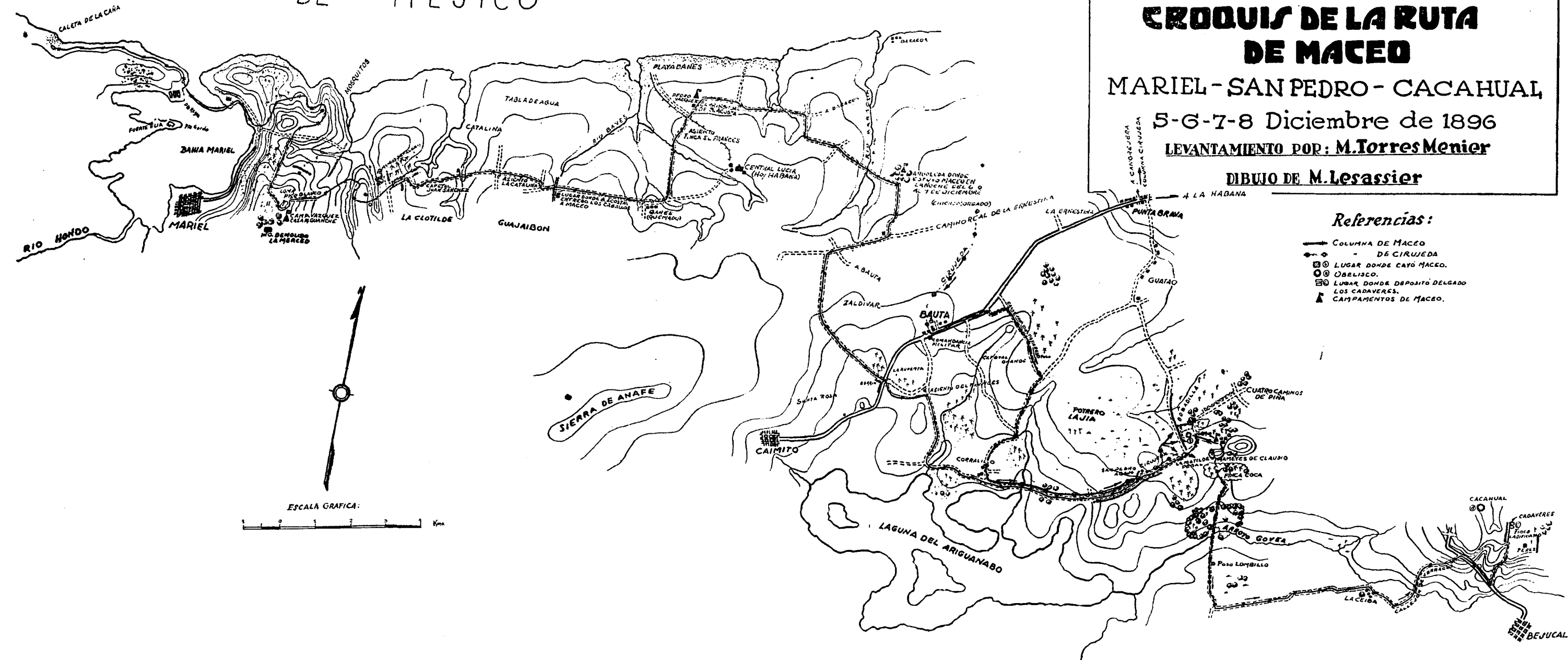
Pasaron en el primer viaje: Maceo, Pedro Díaz, Gordon, Jústiz y *Panchito* Gómez como pasajeros; Soto, Concepción y Llaneras como remeros.

En los cruces posteriores remaron Concepción y Llaneras, porque Soto se encargó de guiar a Maceo, y el bote no volvió a recalar en el mismo lugar, sino en el muelle de José González.

La curva que describió el bote y que hemos trazado en el croquis, es explicable si se tiene en cuenta la fuerte marejada reinante aquella noche, que, según cálculos comprobados, demoró cada viaje el doble del tiempo normal.

# GOLFO DE MEJICO

**CROQUIS DE LA RUTA DE MACEO**  
**MARIEL - SAN PEDRO - CACAUAL**  
 5-6-7-8 Diciembre de 1896  
 LEVANTAMIENTO POR: **M. Torres Menier**  
 DIBUJO DE **M. Lesassier**



**Referencias:**

- COLUMNA DE MACEO
- DE CIRUJEDA
- ⊗ LUGAR DONDE CAYO MACEO.
- ⊙ OBELISCO.
- ⊞ LUGAR DONDE DEPOSITO DELGADO LOS CADAVERES.
- ▲ CAMPAMENTOS DE MACEO.



## L A M A R C H A

Maceo, con Carlos Soto como guía, caminó por el contorno de la playa cubierta de mangles en busca de un trillo o senda que debía conducirlo hacia lugares menos peligrosos y, en definitiva, a unirse con las fuerzas que se habían concentrado por su propia y expresa orden con el ulterior objetivo de un ataque, mejor sería decir golpe de mano, a Marianao.

Como puede comprobarse en el croquis que hemos levantado, Maceo pasó por la pequeña altura denominada El Palomar, donde vivía entonces Valentín Brito en una casa que hoy está destruída. Brito era lo que se llamaba en el lenguaje insurrecto un pacífico bueno; es decir, un individuo que no combatía, pero que prestaba servicios a la causa emancipadora.

Entre el río Mosquitos y El Palomar, y en la intrincada vegetación de este paraje costanero, estaba la prefectura a cargo de Manuel Pérez Acosta, lo que motivó la espera de Maceo mientras Soto buscaba al prefecto para comunicarle algunas instrucciones reservadas; pero como Soto no regresaba, Maceo decidió continuar su marcha, después que se le habían unido los compañeros de aventura en el cruce que para siempre sería famoso. Ese bote, que parecía más bien la uña de que habló Martí, fué conducido sigilosamente por Gerardo Llaneras a un lugar oculto entre los manglares, después que había rendido el quinto y último viaje.

Aproximadamente a las 5 a. m., la intrépida hueste llegó al *Asiento de Miranda* (finca propiedad de Tomás Miranda), y bajo la arboleda que está junto a la casa de vivienda se hizo un descanso hasta las 6.30 ó 7 de la mañana en que se continuó la jornada por un camino estrecho que pasa por *El Realengo* y sigue por la finca *La Planicie*, donde están las ruinas de la bodega de *Concho Alvarez*, hasta *La Merced*, lugar éste donde acamparon próximamente a las 9 a.m. En *La Merced* permaneció Maceo todo el día 5, y debe hacerse constar que aunque históricamente se conoce con el nombre de *La Merced* a este campamento, porque estaba en terrenos del demolido ingenio de ese nombre, realmente su situación precisa era en la casa abandonada por Martín Guanche, junto a una pequeña loma, donde había establecido su habitual permanencia Plácido Vázquez, soldado desertor de la 5ª compañía montada del batallón N° 21 de Cazadores de Valladolid al mando entonces del coronel Francés. Vázquez se había incorporado

a las filas del Ejército Libertador pocos meses antes en los alrededores de Martín Mesa, en unión de otro soldado de apellido Vives, y ambos trajeron consigo sus caballos y equipos completos. Por orden de Maceo, se despacharon avisos de su llegada al territorio que, militarmente, podía considerarse comprendido en la provincia de la Habana. Una pareja de soldados pertenecientes al grupo que Vázquez había reunido en aquella zona limitada al E. por el río Mosquitos, se dirigió presurosa en busca de Baldomero Acosta, encargado de facilitar las cabalgaduras que debían servir para la conducción de la apócrifa familia de que hablara el Lugarteniente General, al comunicar por escrito a sus subalternos desde Pinar del Río, en forma que alejara toda sospecha si llegaba a leerse por el enemigo, la audaz empresa que pensaba realizar y realizó al fin. Después que Maceo habló con Vázquez, le entregó firmado un nombramiento de alférez, el último que suscribió, por cierto.

De 4 a 5 de la tarde llegó Carlos Soto a *La Merced* con el prefecto, retirándose ambos ya de noche con instrucciones de carácter confidencial que Maceo se cuidó de dar en persona. Quedaban junto al caudillo para guiarlo como concedores de la topografía de esos contornos, Eudaldo Concepción y Gabriel Vivó.

A las 12 de la noche llegaban a *La Merced* el coronel Ricardo Sartorio y el comandante Baldomero Acosta, acompañados por la escolta de este último que integraban el capitán Hilario Llanes, el capitán Rafael Lago, el capitán Arcadio Palacios, el teniente José López, el teniente Víctor Martínez y el sargento Jesús Delgado.

Baldomero Acosta recibió a viva voz la orden de Maceo, para que condujera inmediatamente a *La Merced* todos los caballos que se necesitaban y así montar a los que eran peones improvisados hasta ese momento. Acosta partió sin dilación alguna a cumplir la misión que se le confiaba.

Todos los datos que tenemos comprueban que Maceo se sintió quebrantado físicamente en la noche del 5 al 6 de diciembre que pasó íntegra en el campamento de Vázquez o *La Merced*; esperó impaciente la llegada de los caballos hasta la mañana del día 6, y llevado del dinamismo que le era tan peculiar, decidió marchar con rumbo a Banes, pues calculaba un seguro encuentro con Baldomero Acosta por el camino que iba a seguir. El alférez Juan Díaz hizo acto de presencia con dos caballos para Maceo, y éste entregó uno al doctor Zertucha, quedándose con el otro, que era un hermoso ejemplar de

color moro-azul de concha, perteneciente a *Perico Delgado*, y no de otro modo hubiese podido continuar el caudillo su camino, puesto que andaba con dificultad debido a la herida reciente en una pierna.

El grupo de patriotas vadeó el río Mosquitos y ascendió por una cuesta de difícil acceso que en la actualidad no se utiliza, hasta llegar a un frondoso jagüey, bajo la sombra del cual Maceo descansó algunos minutos, descendiendo luego a una pequeña sabana al frente de esta altura para continuar hasta Falero, donde se hizo un almuerzo ligero. La marcha siguió después por el cafetal de Juan Sánchez, finca *La Ceiba* de José Reyes Calderín, y al llegar a *La Catalina*, Maceo y el reducido número de sus acompañantes, se encontraron con Baldomero Acosta que llevaba los caballos depositados a ese objeto en la colonia de Pedro Vázquez, con la anuencia y cooperación de Perfecto Lacoste, el gran cubano, admirador y amigo de Maceo, para quien tenemos siempre un devoto recuerdo los cubanos que no hemos aprendido todavía a olvidar.

Con los hombres que acompañaban a Baldomero Acosta, el grupito que seguía a Maceo se convirtió en un escuadrón que Miró hace ascender a 62 hombres, pero que Acosta nos asegura que no rebasaba de 45. Sea una cosa u otra, el escuadrón *mambí*, para denominarlo de alguna manera, pasó por el caserío de Banes, donde no había guarnición enemiga en tal fecha, y después de cruzar el arroyo Batea, afluente del río Banes, continuó directamente al norte con Baldomero Acosta como guía, mejor dicho como práctico, para expresarlo en nuestro lenguaje usual, muy justo en este caso porque un práctico era y es, el calificativo para determinar la experiencia y destreza de un individuo en la guerra y dentro de un territorio que ha de conocer en detalle, y a lo sumo guía es la persona que acompaña y enseña a otra un camino, pero no quien está en el caso específico de ser experimentado y diestro en una cosa, que es a lo que se referían los cubanos en la *manigua*. En horas de la tarde del día 6 llegaba Maceo al Asiento *El Francés* y poco después a la casa de la colonia de Pedro Vázquez, así denominada porque la fundó este patriota desaparecido, y allí, junto a la vía estrecha del central *Lucía* (hoy *Habana*), Perfecto Lacoste y su esposa saludaban al caudillo con palabras tan afectuosas como sinceras. Hacía algunas horas que los esposos Lacoste, acompañados por Luciano Hernández, empleado del ingenio, esperaban a Maceo en un carro tirado por una pareja de mulos. Cuando realizábamos con amoroso interés el trabajo de reconstrucción histó-

rica que damos a conocer hoy, nos parecía ver con los ojos del alma, si así puede decirse, la escena en que Maceo y Lacoste hablaron de proyectos que iban a tener inmediata ejecución en los suburbios de La Habana, para confusión de los que Maura Gamazo ha llamado "desafiadores del ridículo más que de los insurrectos".

Hasta por la noche descansó Maceo en la casa que el general Vázquez construyera, y dos humildes mujeres (Marta Pedroso y *Concha Varela*) prepararon y sirvieron una comida para los esforzados combatientes. Baldomero Acosta afirma que desde este último lugar la marcha de los *mambises* siguió por la colonia *Cardet* y después por una serventía que cruza el río Baracoa, como puede apreciarse en el croquis, hasta llegar a la arboleda de mangos aledaña a la casa de *Chicho Morgado*, donde en esa ocasión había una casa de tabaco abandonada que sirvió de albergue al contingente de libertadores; y sin que nosotros tratemos de precisar la hora, porque eso resultaría imposible, los veteranos que nos guiaban en la ruta felizmente terminada, aseguraron que podrían ser las 10 de la noche, cuando Maceo llegó a este lugar y que allí estuvo hasta la madrugada (de 3 a 4), hora ésta en que se creyó prudente tratar de salvar el paso peligroso de la carretera, entre Bauta y Anafe.

La pequeña columna *mambisa* tomó directamente al S. hasta Palomino, lugar éste en el que había pernoctado Maceo el día 6 de enero de 1896, cuando llevaba a cabo la inmortal hazaña de La Invasión; y desde aquí siguió por el camino a Cayaguasal hasta un trillo que guiaba por el potrero *Santa Rosa* hacia la finca *Gorrín*.

Por la finca *Gorrín* salió Maceo a la carretera entre Bauta (Hoyo Colorado) y Anafe todavía de madrugada, con la oscuridad suficiente para que del fuerte O. de Bauta no se pudiese observar, como no se observó, el tránsito de la tropa cubana que, a paso vivo, siguió por la finca *La Asunción* o *Ascención* o *Nuestra Señora del Rosario*, *La Josefa* y *Palmar de la Ruperta*, hasta la casa de mampostería del *Francés*, así denominada porque la habitaba Antonio De Beche, un francés que estaba en connivencia con los *mambises*, como lo estaba también *La Madama*, una señora francesa que residía en otra finca contigua a la de Mr. De Beche. Maceo habló con De Beche y le encargó la compra de algunos periódicos. La marcha continuó después paralela al callejón que va a Corralillo, por dentro de la finca últimamente aludida y sobre una sabana de perdigón, hasta lo que era el Camino Real de la Vuelta Abajo. Por este camino siguió Maceo

con su séquito hasta Corralillo, para doblar aquí hacia la derecha y tomar el callejón que pasa por el borde N. de la laguna de Ariguanaabo hasta llegar a San Pedro Abajo, y por último, a San Pedro Arriba que era el fin de esta marcha infausta. Por cierto que en la arboleda señalada en el croquis y situada junto al callejón por donde pasó Maceo, sucedió un episodio curioso en la guerra y quizás macabro en la paz, que tiene su moraleja. Resulta que un cubano al servicio de España en aquella época, a quien se conocía por el *chino* Félix, fué capturado por fuerzas insurrectas que lo ahorcaron en uno de los mangos de la arboleda mencionada, después de haber sido juzgado y condenado como traidor. Hasta aquí nada extraordinario puede consignarse, pero el caso fué que en el hábito externo de Félix se le prendió un papel con un letrero que decía: "El que lo baje, subirá".

La llegada de Maceo a la finca *Concepción* o *Montiel* por la ruta que el croquis determina fué motivo de un entusiasmo lógico, ante los grandes prestigios del guerrero que había jurado, como Bolívar, no dar tregua a su brazo, ni reposo a su alma, hasta acabar con la opresión.

Sabemos, porque es del dominio público, que en la finca *Concepción* o *Montiel*, barrio de San Pedro, estaban acampadas fuerzas cubanas al mando del coronel Silverio Sánchez Figueras, jefe en aquellos momentos de la brigada Sur en la provincia de la Habana, y que con éste estaban allí varios oficiales de significación, como Juan Delgado, Alberto Rodríguez, Carlos Guas, Isidro Acea, Emilio Collazo, Dionisio Arencibia, Miguel Hernández, Juan Manuel Sánchez, Andrés Hernández, Rafael Cerviño y otros de menor graduación. El total de la tropa cubana, según la opinión de algunos actores en el combate de *San Pedro*, que fueron interrogados por nosotros sobre el propio terreno de la acción, era alrededor de 600 hombres mal armados y peor municionados. Miró apunta que eran 450. En este extremo no podemos hacer afirmaciones concretas. Lo que sí podemos declarar respecto al número de combatientes del Ejército Libertador en San Pedro, es que no hubiera alterado el resultado final que fuesen 600 ó 450.

El croquis de posición que hecho por Lesassier, muestra el lugar preciso de la arboleda en que Maceo acampó en la forma habitual

entre *mambises*; es decir, colgando la hamaca de dos árboles, en este caso desde una palma a un zapote, según la versión que hemos recogido.

Observemos gráficamente el terreno seleccionado para el campamento y veremos que estaba bien resguardado naturalmente hacia el rumbo por donde podía venir el enemigo más próximo, o sea por el callejón de San Pedro a Punta Brava que hoy es carretera. Las avanzadas, que decimos nosotros, o las guardias, que decían los insurrectos, se situaron en San Pedro Arriba (600 metros de Maceo); en los Cuatro Caminos de Piña (1,100 metros de Maceo) y en la loma de Los Mameyes de Claudio (575 metros de Maceo). El campamento era, pues, un triángulo escaleno; y como desde un punto de vista militar, estrictamente militar, un campamento es el espacio comprendido dentro de las líneas imaginarias que unen a las avanzadas, y éstas deben de tal modo situarse que respondan a la mayor seguridad de la fuerza que resguardan, puesto que su fin principal es evitar la sorpresa y dar tiempo y espacio al ejército en reposo para que pueda adoptar la defensa que corresponda, es honrado decir que las avanzadas en el campamento de *Montiel* o *Concepción* no estaban, a nuestro modesto juicio, bien colocadas, como en su oportunidad demostraremos, después de describir el combate.

Está probado que se ordenó una exploración al capitán Andrés Hernández, Jefe de Día, que designó las patrullas que creyó necesarias para esa misión. Según ha escrito Miró, y hemos podido comprobar por nuestra parte, la información obtenida por los exploradores fué positiva y se puede concretar en la forma siguiente: una columna española había salido de Punta Brava con dirección a Cangrejeras; es decir, con rumbo opuesto a San Pedro, sin que hubiera enemigo dentro del territorio que podía estimarse peligroso. Este informe de los exploradores era cierto, pero vamos ahora a dejar a Maceo acampado, para seguir al comandante Cirujeda en su marcha y dejar explicado el proceso completo de la actuación de éste hasta el contacto de su tropa con los cubanos en el memorable combate del lunes 7 de diciembre de 1896.

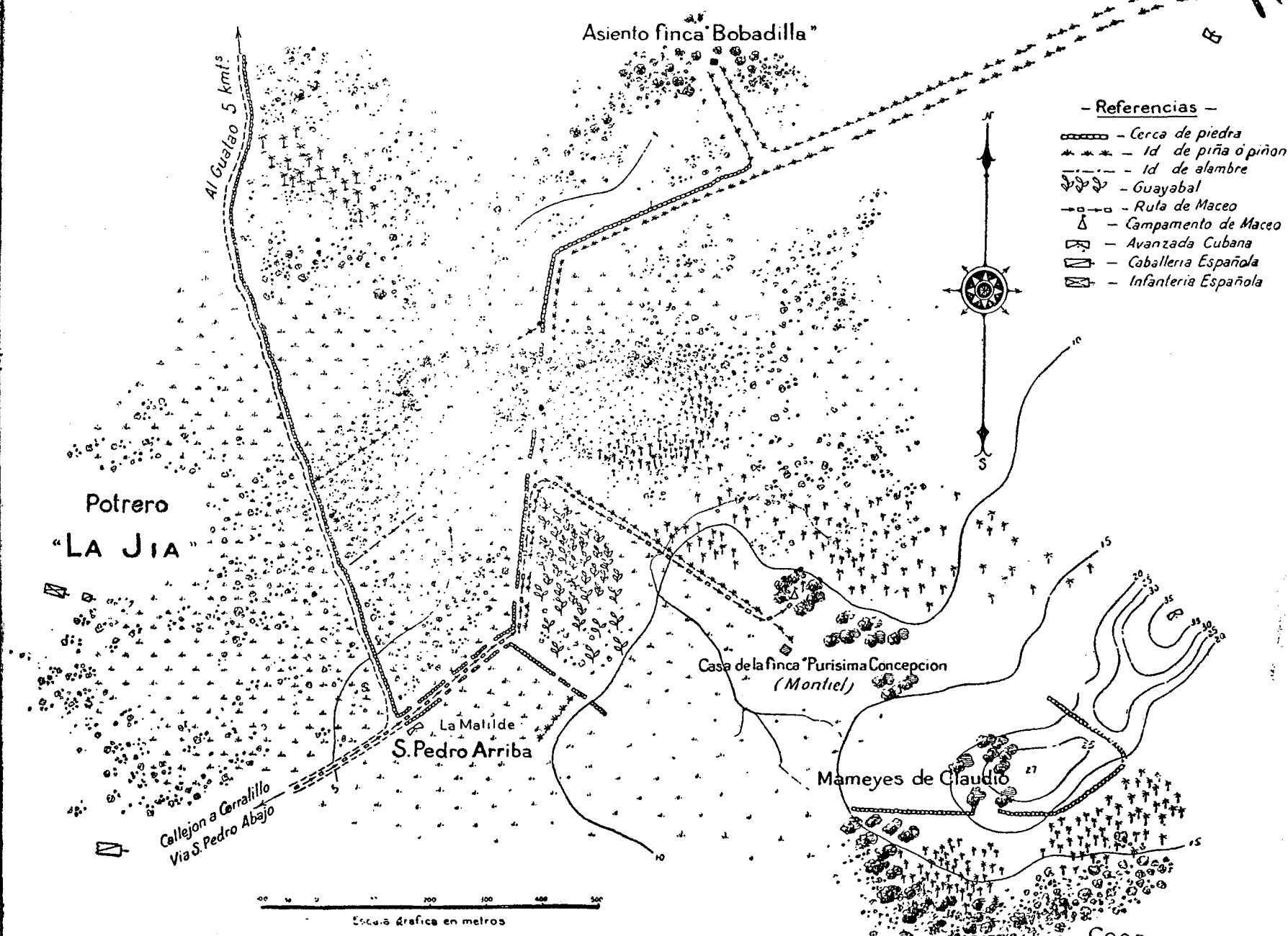
## LA MARCHA DE CIRUJEDA

En nuestra paciente y difícil investigación, tuvimos la fortuna de localizar y examinar a un testigo de gran importancia en cuanto a la

# COMBATE DE SAN PEDRO

7 de Diciembre de 1896

Cuatro Caminos de Piña



- Referencias -
- Cerca de piedra
  - Id de piña o piñon
  - Id de alambre
  - Guayabal
  - Ruta de Maceo
  - Campamento de Maceo
  - Avanzada Cubana
  - Caballeria Española
  - Infanteria Española

parte española se refiere. Ese testigo es Marcelino González y Suárez, que fué cabo de la guerrilla de Punta Brava y tomó parte tanto en la marcha de Cirujeda como en el combate de *San Pedro*. Marcelino González era, además, un español que por haber venido a Cuba desde temprana edad y haberse dedicado en el término de Bauta a trabajos agrícolas, conocía en detalle toda la topografía del terreno en aquellos contornos, y era utilizado como *práctico* en unión de los Santanas (padre e hijo), estos últimos pertenecientes a la guerrilla de Peral.

En resumen: el comandante Cirujeda salió de Punta Brava en la mañana del día 7 de diciembre con el propósito de llegar hasta el Mariel, que era el límite de su zona (la 1ª de las 6 zonas en que estaba dividida la provincia de la Habana), y a ese fin tomó por el camino a Cangrejeras con una columna formada por la cuarta, séptima y octava compañías del batallón de San Quintín N<sup>o</sup> 7 (la 4ª compañía formada por veteranos, y la 7ª y 8ª integradas por reclutas mallorquines), la guerrilla montada al mando de Peral y 24 individuos montados de la guerrilla de Punta Brava a las órdenes del teniente de regulares Pedro Ruiz Aranda, donde iba el cabo Marcelino González a quien nos hemos ya referido.

Las otras 5 compañías del batallón de San Quintín y una parte de la guerrilla Peral quedaron con el teniente coronel Durango, jefe de la zona comprendida entre Mariel y Punta Brava.

En total llevaba Cirujeda 479 hombres. Esta tropa española, después de llegar a Cangrejeras tomó por el callejón de Gómez hasta el palmar de Polier para salir a Montes de Oca, precisamente por donde cruza el camino a la Playa de Baracoa. En este lugar la columna Cirujeda hizo un alto debido a que se escucharon disparos hacia el rumbo de Bauta. He aquí el hecho casual, inesperado, que determinó en el ánimo del comandante Cirujeda torcer el camino que llevaba hacia Mariel y ordenar que la columna se dirigiera hacia Bauta u Hoyo Colorado. Marcelino González nos explicó la decisión de Cirujeda al disponer el cambio de la dirección de marcha, con estas o parecidas palabras:

Cirujeda llamó a los prácticos (Santana y yo) para cerciorarse del rumbo hacia el cual se habían oído los tiros, y como comprobaba que era en dirección a Bauta, ordenó que se tomara el camino que conducía a este pueblo, porque, según manifestó en voz alta, él pensaba ir al Mariel, pero entendía que su deber principal le exigía acudir al ruido de los disparos.



Realmente que Cirujeda estaba en lo cierto, y la Historia Militar nos presenta algunos casos en que se ha interpretado a la inversa un hecho análogo con resultados funestos, sin que nosotros intentemos referirlos porque son muy conocidos.

Por el antiguo camino de Baracoa, Cirujeda con su tropa llegó al pueblo de Bauta alrededor de las 11 de la mañana por la calle que hoy se llama Máximo Gómez e hizo alto en la plaza de la iglesia, hoy parque Alberto Barreras, a la sombra de dos grandes frambosyanes que ya no existen. La tropa comió la *tajada*, nombre que se daba a una ración de pan con carne salcochada, mientras su jefe se entrevistaba con el teniente Romero de la Guardia Civil, a la sazón comandante de armas de Bauta. Cirujeda y Romero hablaron durante una hora; y al cabo de este tiempo el primero se incorporó a su columna para continuar la marcha por la calle de San Fernando, denominada ahora Maceo. Por esta calle salió la columna a la carretera y siguió hasta el callejón de Payares que ya no existe en su tramo inicial, pero que figura en el croquis tal como estaba entonces; a 380 metros antes de llegar al lugar donde hoy empieza una serventía que lleva el mismo nombre. La orden de Cirujeda a los prácticos fué terminante: "Haremos un recorrido por el callejón de San Pedro hasta Punta Brava, porque ya hoy es tarde para continuar al Mariel". Probado está, como lo estuvo siempre, que Cirujeda no recibió confidencias de que una fuerza cubana se encontrara acampada en San Pedro, y mucho menos que estuviera al mando de Maceo. De haber sido así, y ante la posibilidad de combatir contra el gran jefe *mambí* y sus tropas, quizás numerosas, no ya las 3 compañías, ni siquiera las 8 que integraban el batallón de San Quintín, se hubieran considerado suficientes para atacar al guerrero que había obligado al Alto Mando español a mover contra él muchos miles de hombres, en la campaña inmortal de la cordillera de Guaniguanico.

La columna española continuó su marcha por el callejón de Payares a lo largo de la finca *Macastá*, dejando a su izquierda el nutrido y bello palmar de *La Macagua*, hasta llegar a lo que era entonces Camino Real a la Vuelta Abajo. Al llegar aquí, Cirujeda ordenó a su vanguardia, o sea a la guerrilla de Peral, que hiciera un reconocimiento hacia los palmares que están con rumbo a Corralillo, mientras la infantería llevando como punta de la vanguardia al pelotón de caballería de la guerrilla de Punta Brava, que hasta entonces venía como retaguardia, atravesaría por la finca *El Rosario* y la sabana de *La Jía* para

encontrarse entonces con Peral y seguir hacia Guatao. No ha de negarse que el comandante Cirujeda era un oficial con mucha experiencia en las modalidades tácticas de la guerra de Cuba; pero tampoco negaremos que estaba habituado a combatir en su zona con pequeños núcleos enemigos que no podían o no les convenía hacer resistencia, como se había demostrado, por ejemplo, en el encuentro de Montes de Oca, 3 días antes de esta fecha, o sea el 4 de diciembre.

La guerrilla al mando de Peral, en su misión de reconocimiento por el flanco peligroso de Cirujeda, recorrió los palmares hasta San Pedro Abajo, lugar éste donde se deduce lógicamente que se montó en el rastro fresco que Maceo y sus 60 hombres, más o menos, habían dejado a su paso por el mismo sitio, 4 ó 5 horas antes. Por ese rastro, y sin que dejara de mantenerse a distancia táctica del grueso de su fuerza que, con Cirujeda, seguía la dirección general de marcha por el potrero *La Jía*, Peral con unos 90 guerrilleros a caballo se propuso sorprender, si estaba acampado cerca, al pequeño grupo enemigo que había dejado la huella de su paso sobre la tierra húmeda del callejón. Los guerrilleros de Peral, por otra parte, eran canarios y cubanos en su mayoría, lo que quiere decir que poseían aptitudes especiales para operar en nuestros campos, porque a nadie se le oculta el hecho de que los hijos de las Islas Canarias, generalmente conocidos en Cuba con el nombre de isleños, se han dedicado siempre con preferencia a las faenas agrícolas en nuestro país, y de ahí la aptitud que demostraron en nuestra *Guerra de Independencia* para poder soportar las duras pruebas de la *manigua*, y emplear las innúmeras estratagemas guerreras de nuestros guajiros.

Explicadas ya, de acuerdo con lo que arroja nuestra investigación, las rutas seguidas por Maceo y Cirujeda hasta momentos antes de iniciarse la acción, trataremos ahora, en la forma más sucinta que nos sea posible, de cómo se desarrolló el combate de *San Pedro*, que tuvo por escenario a la finca *Bobadilla*, sin que por esto pretendamos un cambio de nombre que sería una irrespetuosa e inútil rectificación histórica, tanto más cuanto que bajo la denominación de San Pedro se consideran incluídas todas las pequeñas heredades de esos alrededores.

## E L C O M B A T E

Sin que Peral encontrara obstáculo alguno por el estrecho y *enmaniguado* callejón que seguía, el grupo de sus guerrilleros que formaba



la punta del escuadrón avanzó con sigilo, puesto que el rastro era fresco, hasta hallarse frente a la avanzada, o guardia cubana de *La Matilde*, y en cumplimiento de su cometido pudo cargar con todas las ventajas de su parte, habida cuenta de que se produjo la sorpresa; esa sorpresa en el choque que ha sido siempre, en todos los tiempos, la suprema aspiración de un mando, trátase de pequeñas o grandes unidades. Tras la carga de la punta, toda la guerrilla apoyó la ofensiva; la avanzada cubana fué arrollada, después de haber sido muerto el centinela de turno, y tal parecía que los guerrilleros de Peral llegarían hasta el lugar donde reposaba Maceo, en un ataque a fondo, cuando surgió la reacción salvadora de dos jefes tan valerosos como Juan Delgado y Alberto Rodríguez que, con la cooperación de sus oficiales subalternos (Dionisio Arencibia, Emilio Collazo, Andrés Hernández, José Cadalso, Miguel Hernández, Fermín Otero y José María Herrera, entre otros), contracargaron con un grupo que sumaría alrededor de 40 jinetes, entre los que iba el coronel Charles Gordon, y lograron rechazar al enemigo que, detenido transitoriamente por una cerca de piedra, comenzaba a salvarla ya por un estrecho portillo. Los guerrilleros se replegaron entonces, no sin hacer fuego para detener el ímpetu de aquella reacción inesperada, y buscaron protección en la infantería que, ya desplegada, ocupaba la cerca de piedra del callejón a Guatao.

Consignemos ahora, porque no queremos dejar de referir aquellos detalles que hemos podido comprobar, la actuación del grueso español hasta el momento en que la guerrilla de Peral se replegó con algunas bajas en busca de apoyo.

Cirujeda con sus tres compañías de infantería y el pelotón de caballería de Punta Brava había atravesado la finca *El Rosario* y marchaba ya por el potrero *La Jía*, a unos 200 metros de Peral, cuando se escucharon los primeros disparos. Inmediatamente el jefe español ordenó el avance y despliegue de la compañía de vanguardia, formada totalmente por mallorquines bisoños, como hemos dicho ya anteriormente, pero éstos amedrentados, según arroja nuestra investigación, vacilaron con peligro inminente de perder la posesión de la cerca de piedra que era el objetivo inmediato que se había señalado por el mando, y entonces se transmitió una orden rápida a la 4ª compañía compuesta por veteranos, que marchaban a la cola del grueso, para que se posesionara de la cerca de piedra al frente y salvar así una situación crítica. En efecto, la 4ª compañía avanzó, desplegó y se

atrincheró tras el muro de piedra que Cirujeda había señalado como objetivo. La 7ª y 8ª compañías reaccionaron ante el ejemplo de la unidad veterana, y ambas desplegaron ocupando la cerca, mientras el pelotón de caballería de Punta Brava se fué a colocar en el flanco izquierdo español, para actuar como una patrulla de combate.

Relatemos ahora la actuación de Maceo para llegar así al momento culminante de la acción, valiéndonos para ello de las versiones escritas por Miró y Nodarse, así como de nuestras observaciones sobre el terreno con casi todos los actores de la pelea que se libró el año 1896, corroboradas por documentos diversos, y entrevistas que, si bien episódicas al referirse a *San Pedro*, son imprescindibles para poder reproducir, uniéndolas, el cuadro general que deseamos pintar, no con pretensiones de comentaristas autorizados, sino como meros devotos en el culto a la tradición *mambisa*.

Comprobado está que Maceo descansaba en su hamaca, rodeado de los jefes principales reunidos en aquel campamento, y que éstos se sentían atraídos por la gloria y el prestigio del caudillo condecorado con 24 cicatrices, de quien ansiaban oír la voz y lograr una frase amable. A muchos ha escapado la circunstancia de que Maceo trató de conocer y aquilatar las condiciones de los jefes concentrados en San Pedro, más que nada para lograr lo que en lenguaje militar se denomina “tener la tropa en la mano”; y en ese empeño, inherente a todo caudillo, fué sorprendido por el combate. Si en lugar de 3 horas, Maceo logra disponer de un día, antes de presentarse el enemigo en forma inusitada, aquella tropa, según la frase gráfica de un *mambí*, “hubiera crecido una cuarta más”; y claro está, para nosotros al menos, que aquel gran conductor y dominador de hombres, “con toda su gente en la mano”, hubiera alcanzado un triunfo resonante sobre Cirujeda, preludio magnífico para el ataque fulminante que preparaba a Marianao, y quizás el epílogo de otro Capitán General fracasado a quien la opinión pública condenaba al ostracismo, pese al habitual *desagravio* y al sedante del piadoso tedéum.

Es evidente, porque lo prueban los documentos, que el general José María Aguirre tenía orden de permanecer al centro de la provincia de la Habana, y que Maceo le dirigió una comunicación el día 7 de diciembre, desde San Pedro, diciéndole que acababa de llegar a este lugar y que marchara a unírsele en seguida. Aguirre había cumplido estrictamente las instrucciones recibidas hasta entonces, y por man-

tenerse en el sitio que le estaba señalado, tuvo que combatir ruidamente ese día en la acción de *El Volcán* o *El Plátano*.

A San Pedro no podía haber llegado Aguirre, sencillamente porque el portador de la orden escrita por Maceo, que era Donato Delgado, entregó ésta a las 10 p. m. del día 7 en el campamento del jefe divisionario, que mandaba en esa ocasión unos 1,500 hombres bien organizados, con jefes subalternos de fama, como Cárdenas, Castillo, Aranguren, Figueroa y otros.

Afirma Miró que se había ya almorzado y él leía en voz alta la página bélica de Coliseo, por expresa indicación del Lugarteniente, cuando fué interrumpida esa lectura por los primeros disparos, en dirección a la avanzada establecida en *La Matilde*.

Al sonido de esos disparos siguieron algunos gritos que anunciaban, no sin razón aparente, la sorpresa del campamento; extremo éste que se confirmaba con la elocuente demostración del silbido de las balas. Todos los que han participado como actores en una guerra, y aun los que logren imaginar el significado de una sorpresa, que es la más ruda de todas las realidades para una tropa, podrán calcular el confuso espectáculo que se produjo entre la mayoría de aquellos hombres mal armados que buscaban protección hacia los montes de Coca.

Para el mismo Maceo fué insólito escuchar aquel fuego de fusilería a tan corta distancia, y aquellos combatientes de *San Pedro* que han escrito o relatado verbalmente el caso concreto que nos ocupa, están contestes en que el rostro del caudillo pasó en un instante del asombro a la cólera, montó su caballo con rapidez y ordenó a su ayudante el teniente coronel Manuel Piedra, que había acudido presuroso con el rifle para defender a su jefe, que buscara con prontitud un corneta. Ya sobre su corcel y seguido por todos los jefes y oficiales que lo rodearon, unos sesenta quizás, avanzó resuelto hacia el enemigo en la dirección que muestra el croquis; esto es, primero hasta la cerca de piedra de *La Matilde*, donde la contracarga cubana a que ya hemos hecho alusión causó algunas bajas entre los jinetes de Peral, y seguidamente ordenó a Baldomero Acosta que avanzara con su grupo para reforzar la línea de fuego; y ya convencido de que el enemigo estaba sujeto por ese flanco, torció a la derecha con 45 hombres por el guayabal para entrar en la finca *Bobadilla* y formalizar el combate con las disposiciones oportunas en la situación creada. Claramente se observa, al llegar a este punto, la intención de Maceo, aunque a muchos pueda parecer difícil o casi imposible que pretendamos conocer el pensamien-

to del gran guerrero *mambí*, pero es cierto, indudable, que el terreno habla — valga la metáfora — con una elocuencia suma, en las reconstrucciones históricas de las acciones de guerra, y a tal extremo es así, que en el caso concreto de *San Pedro* no se requiere, en nuestra pobre opinión, una perspicacia notable, ni mucho menos el sólido conocimiento de una especialización en las disciplinas militares, para fijar en conjunto la maniobra realizada en busca de un final lógicamente calculado.

Maceo era un táctico, en la más amplia acepción del vocablo. Queremos decir que su genialidad se manifestaba plenamente en el choque, no en forma exclusiva pero sí preponderante; así como Máximo Gómez en el campo de la estrategia y Calixto García en el de la poliorcética, poseían aptitudes muy destacadas que los hechos acreditan.

La escuela de la experiencia personal en el diario bregar había enseñado con sangre al caudillo cubano, que antes de tomar una decisión para la pelea se hacía necesaria la *ojeada militar*; y cuando Maceo penetró en el potrero de la finca *Bobadilla* y se detuvo algunos instantes bajo la lluvia de plomo que la infantería española lanzaba con sus fusiles en un frente de unos 400 metros, tuvo la clara perspectiva del enemigo desplegado y en posesión de la cerca de piedra. Y fué entonces, cuando ordenó al brigadier Pedro Díaz una maniobra de envolvimiento por el flanco izquierdo español, hasta ese momento libre de toda presión.

¿Qué propósito táctico inspiraba esta decisión? Expongamos nuestro criterio sin dogmatismo y en la forma que sea más adecuada a la importancia del caso. Maceo buscaba, fijado ya un flanco enemigo, envolver el otro o, por lo menos, amenazarlo por retaguardia, lo que unido a la presión que él pudiera llevar a cabo por el frente, se traduciría en el posible abandono de la cerca de piedra por la infantería, dando ello facilidad para una carga en el potrero *La Jía*. Una carga al machete no envolvía una sistemática rutina entre los cubanos, sino la mejor forma en que la caballería, a falta de peones, realizaba su misión en el campo de batalla que, por sus condiciones topográficas, resultara propicio a las maniobras montadas.

Maceo esperó el resultado del ataque de flanco ordenado ya, para actuar conforme a las circunstancias que se produjeran; pero quedó convencido del fracaso de aquél, por causas que no pudieron ser conocidas inmediatamente ni en la actualidad podrían ser relatadas; en primer lugar porque se ignoran, y en segundo término porque

nuestra labor no es de fiscalización personal sino de conjunto, labor doctrinal, respetuosa, sincera y justa. En último término, todos los cubanos que activamente participaron en la justa armada del decoro patrio, cualquiera que fuese su grado y su nombre, merece de nosotros, más que admiración justificada, mística devoción que no se puede traducir en palabras porque ha prendido muy hondo en el alma. Bien es cierto, no obstante, que cuando en un investigador se ha desarrollado suficientemente el sentido crítico, que quiere decir el hábito instintivo de buscar la verdad mediante una metodización racional, nos encontraremos generalmente ante un hombre tan desconfiado como irrespetuoso al parecer, pero que en el fondo es honrado, y tiene, por tanto, el derecho a que se le escuche aunque después se le *pegue* con el bastón del colérico Euribíades.

La situación del combate de *San Pedro* era de todo punto insostenible para el centenar de cubanos que se mantenían estoicamente pero sin maniobrar porque se lo impedía el volumen de fuego enemigo. La disyuntiva era ésta: o se abandonaba el terreno en una retirada hacia los montes de Coca, o se intentaba de nuevo la maniobra que ya se había ordenado sin éxito. Maceo optó por lo segundo e inició un avance paralelo a la línea española, con la idea manifiesta de buscar rápidamente un apoyo transitorio en la gran arboleda rodeada de *manigua*, que estaba y está a 100 metros del actual Monumento, para continuar mejor el ataque. El avance se detuvo por un hecho fortuito: la cerca de alambre de púas que dividía el potrero *Bobadilla* en dos cuartos, no observada con antelación porque estaba oculta por la yerba, se interpuso al paso de los caballos, y — ¡claro está! — la orden para cortarla no se hizo esperar. “Joven, dijo Maceo al comandante Juan Manuel Sánchez, pique esa cerca pronto”. Sánchez desmontó con algunos individuos de su escolta y los machetes quitaron el obstáculo. Ese fué el instante fatal, inenarrable, en que la infantería española afinó la puntería sobre el grupo detenido en el potrero, y una bala hirió de muerte al “bravo entre los bravos”, como dijera Máximo Gómez, al valor hecho hombre, decimos nosotros, al evocar aquella figura tan vigorosa de cuerpo como de alma, que escribiera el más hermoso poema de un prócer, al consignar estas palabras:

El ideal de toda mi vida, al que he sacrificado mi juventud, por el que he derramado mi sangre, por el que he padecido las miserias de la emigración, y por el que estoy dispuesto a morir, es y lo será siempre, la independencia de Cuba.

## FINAL DEL COMBATE

Al caer del caballo Maceo herido de muerte, el combate quedaba moral y prácticamente terminado. La consternación en el grupo que lo acompañaba fué terrible. Todos los que trataron de levantar aquel cuerpo con 209 libras de peso, fueron a su vez alcanzados por los proyectiles; y aun el propio Maceo recibió otra herida de bala, ya agonizante. La infantería española fusilaba, por decirlo así, a todos los que osaban permanecer junto a la cerca de alambre, en un fuego convergente y rasante, de gran intensidad. Nodarse y Sánchez, entre otros, intentaron llevarse el cadáver, pero los esfuerzos eran inútiles. No podemos ahora presentar aquella escena en toda su angustiosa realidad, pero comprendemos que se refleja en la frase que Nodarse pone en boca de Zertucha: *¡Se acabó la guerra!* He ahí explicada, además, la conducta posterior del conocido médico, que dejó de ser *mambí* bajo una impresión que dominó por completo a su espíritu.

Recordamos aún con emoción, el relato que nos hacía Juan Manuel Sánchez, precisamente en el mismo lugar donde se desarrolló la tragedia; o sea en *Bobadilla*. El cuerpo exangüe de Maceo fué arrastrado algunos metros hacia el trillo que daba salida al callejón (hoy carretera) a Wajay, y allí se dejó porque era materialmente imposible su conducción a sitio menos peligroso. ¿Causas? Nos parece casi innecesario decir las, porque son del dominio público. No es que tratemos de justificar la conducta de los cubanos, es que para nosotros está perfectamente explicada, moral y materialmente, la actitud de los combatientes en la infortunada tarde de *San Pedro*, como explicaremos en el resumen final que hemos de hacer, para epilogar este somero estudio.

De la escolta de Silverio Sánchez, apenas si quedaron algunos jinetes y caballos ilesos.

Los españoles, dice Miró, oyeron las voces de alarma, y observaron los ademanes descompuestos, por cuanto afinaron otra vez la puntería, le pegaron el segundo balazo al General, tres a nuestra cabalgadura, uno a nosotros, 4 al caballo de Maceo, ya sin jinete, e hirieron mortalmente a Alfredo Jústiz; y es de creer que en aquellos instantes de suprema consternación, fueron heridos algunos oficiales más, entre ellos Rafael Cerviño, Ramón Ahumada, Fermín Otero, Ramón Peñalver y Carlos Gordon. Viendo la catástrofe, agrega Miró, y viendo que eran inútiles los



titánicos esfuerzos de Alberto Nodarse, de Juan Manuel Sánchez, del soldado José Herrera (*cayuco*), de Nicolás Souvanell y de otro individuo desconocido, salimos aterrados del lugar, precediéndonos el médico Zertucha y el Tte. Urbino.

La narración del coronel Alberto Nodarse en este punto, nos parece uno de los documentos de mayor importancia para fijar detalles de verdadero interés, puesto que al retirarse Miró quedaron junto al cadáver de Maceo tan sólo 3 hombres: Nodarse, Juan Manuel Sánchez y un soldado que quizás murió porque es cosa cierta que fué herido en un costado. Nodarse significa que cuando el comandante Sánchez trajo un caballo con objeto de ser utilizado para transportar el cuerpo exánime de Maceo, una descarga de fusilería hirió gravemente a Sánchez en ambas rodillas y éste tuvo que abandonar su intento para arrastrarse sangrando hacia el guayabal próximo, donde se refugiaban, dicho sea de paso, casi todos los heridos cubanos de este combate.

Ya solo, escribe Nodarse, se me presenta *Panchito* Gómez, hijo del General en Jefe, a pie y desarmado. En la tarea de arrastrar el cadáver bajo el cercano e incesante fuego enemigo, una bala hirió a mi valiente compañero en una pierna. Coronel, me han herido — dijo —, por lo que le ordené que se marchara inmediatamente. No quiso obedecer. Vuelvo a ordenarle lo mismo, y me contesta entonces: — Yo no me voy; no lo dejo a Ud. solo ni abandono al General. Insistí: — Se lo ordeno como superior suyo. Todo fué inútil.

Sigue Nodarse su relación para hacer constar que seguidamente aquel joven héroe recibió una nueva herida de bala, y al pretender socorrerlo, también el plomo lo abatíó y fué a caer sobre *Panchito* Gómez con una hemorragia copiosa; y aquella tierra de por sí rojiza, decimos ahora nosotros, debió subir su tonalidad al rojo vivo por tanta sangre derramada, sangre de espíritus fuertes que, ofrecida entonces con pródiga generosidad, nos impone hoy el deber inexcusable de pensar y sentir como cubanos, de pensar y sentir con uniforme aspiración de una grandeza sin límites, porque “cuando las miserias morales asolan a un país, según Ingenieros, culpa es de todos los que por falta de cultura y de ideal no han sabido amarlo como patria; de todos los que vivieron de ella sin trabajar para ella”.

Nodarse explica su lenta retirada hacia el camino que atravesó para ganar un trillo entre una cerca de piñones y un guayabal, que coincide

perfectamente con nuestro croquis, y es de suponerse que se sintiera morir con las heridas que recibió: una, cerca del hombro izquierdo que le fracturaba el húmero, y la otra en la axila derecha con orificio de salida por la quinta costilla que resultó fracturada. Esa retirada, la única que tenía, hizo Nodarse bajo un fuego nutridísimo, según él escribe, no sin que dejara de ver a 3 soldados enemigos muy cerca del lugar que abandonaba desfallecido.

Lo que pasó inmediatamente después junto al cadáver de Maceo será muy doloroso decirlo, pero si por un mal entendido sentimentalismo se oculta la verdad en toda su desnudez, ni españoles ni cubanos, de ser conscientes, nos ofrecerían su respetuosa atención, que nunca hemos de agradecer lo bastante.

Probado está con testigos y documentos que al cabo de dos horas de combate, y cuando eran aproximadamente las 4½ de la tarde, el fuego de la tropa española cesó ante la ausencia de enemigo, y entonces, algunos guerrilleros entre los que estaban los Santana, recibieron instrucciones para reconocer el terreno de la acción. El grupo de guerrilleros que realizaba ese reconocimiento con Santana (padre) a la cabeza, y que fué seguramente el que vió Nodarse al salir del potrero *Bobadilla*, llegó hasta el sitio donde se hallaba inerte el cuerpo de Maceo y aún con vida, pero imposibilitado de andar, el de *Panchito* Gómez. Uno de esos guerrilleros, híbrido engendro de pasiones malsanas, que no era español ni cubano porque nuestra raza no puede tener parentesco con los *Thenardiers*, un guerrillero, decimos, desconectado del mando y, por tanto, en plena libertad para actuar, blandió su cortante hoja de acero y descargó en el cuello del adolescente inerme, varios tajos mortales.

Y ¿cómo puede demostrarse esta afirmación?, preguntarán algunos. Sencillamente nosotros respondemos, con Langlois, que la historia se hace con documentos fehacientes; es decir, que sometido a la crítica el documento de que nos hemos de valer, responda en todo y por todo a los extremos que exige una metodología científica que abarca su autenticidad, así como lo que ha querido decir, lo que ha creído sinceramente y lo que ha visto o sabido en realidad el autor del documento. Tales requisitos no pueden negarse al informe del médico español Rafael Menéndez Benítez que, en unión del médico cubano Hugo Roberts, exhumó los restos de Maceo y Gómez en el Cacahual, al terminar la *Guerra de Independencia*.

En ese documento (y hago omisión intencional del Dr. Roberts por ser cubano) el Dr. Rafael Menéndez Benítez, dice lo siguiente:

Tuve entre mis manos el cráneo del que en vida fué el capitán Francisco Gómez Toro, y noté en una de las apófisis mastoides y cóndilo occipital del mismo lado, lesiones inequívocas y claras producidas por un instrumento cortante que tuvo que ser manejado con bastante fuerza para producirlas, no siendo posible confundirlas (por ser perfectamente regulares y planas como las que se obtienen al cortar una caña con un machete) como las producidas por el deterioro que originan la acción de la humedad y de la tierra. No presentaba el cráneo lesión alguna de bala, y los puntos que eligen generalmente los suicidas para dirigir sobre ellos el arma, es decir las sienes, la frente o la bóveda del paladar, estaban perfectamente íntegras. Y habiendo comunicado mis observaciones a los Dres. Cuervo, Casuso y Roberts, convinimos en que dichas lesiones demostraban indudablemente que hubo un corte producido por instrumento cortante de gran filo y poder, que cortó casi por completo el cuello, seccionando las arterias y venas de la región y la médula al nivel del límite inferior de la protuberancia, lo que produjo necesariamente la muerte inmediata, sin que haya lugar a aceptar la posibilidad del suicidio, ni acto alguno voluntario posterior a la referida lesión. Por otra parte, la lesión que se observó en el húmero derecho, impone el convencimiento y la certeza de que después de sufrida no era posible que el brazo funcionara y que se pudiera escribir. No es de creer que la herida del cuello se la infirieran después de muerto, tanto por ser innecesaria en este caso, como porque no conociendo la persona no cabe suponer la idea de ensañamiento, y porque eso puede ocurrir cuando hay un solo cadáver y no varios como hubo en dicho hecho de armas, y cuando, como ocurrió allí, no se dispone de mucho tiempo para dedicarlo a mutilar cadáveres. Lo que casi con seguridad completa ocurrió, fué que el capitán Gómez quedó mal herido e imposibilitado de valerse y en esa situación fué encontrado por alguno que, careciendo de la nobleza y sentimiento que deben tener los militares, lo remató con un fuerte machetazo.

Para nosotros son evidentes, respecto a la muerte de *Panchito* Gómez, los particulares siguientes: 1º, que no hubo suicidio, porque faltaron dos cosas esenciales: el tiempo y el arma a utilizar; 2º, que fué un machetazo el que cortó la vida del herido desarmado; y 3º, que la inmólación del joven *mambí* fué consciente y activa, y aun cuando ésta pudiera parecer inútil a los espíritus superficiales, es lo cierto que

fué la glorificación simbólica de lo que es capaz la juventud, si hereda con dignidad o cultiva con amor, las excelsas virtudes del decoro humano.

Los cadáveres de Maceo y Gómez fueron despojados de todo cuanto llevaban encima: prendas de vestir, alhajas, documentos, etc.; sin que ello constituya un caso insólito, porque se practican con frecuencia esos bajos menesteres en los campos de batalla, aunque siempre son censurables. A mayor abundamiento para confirmar el hecho del despojo, tenemos la circunstancia de que por los objetos ocupados fueron identificados los muertos, y en la página 9 del tomo V del libro *Crónicas de la Guerra de Cuba*, por Rafael Guerrero, puede verse un dibujo del artista Passos, en el cual aparecen los cuerpos de Maceo y Gómez tendidos sobre la yerba en San Pedro, más exactamente en el potrero *Bobadilla*, mientras 3 guerrilleros están en la tarea de la rapiña, contemplados a poca distancia por un oficial; aunque, desde luego, nosotros sinceramente negamos la presencia del oficial y lo atribuimos a la fantasía del artista a quien hemos hecho ya referencia.

Mientras tenía lugar todo lo que dejamos dicho, y la columna de Cirujeda emprendía su marcha hacia el Guatao, para llegar, por último, a Punta Brava, digamos brevemente lo que había sucedido a los cubanos que combatían en el flanco izquierdo. Hemos dicho ya que un grupo de caballería a las órdenes de Juan Delgado y Alberto Rodríguez, al que se sumó Manuel Piedra, Ayudante de Campo de Maceo, y más tarde Baldomero Acosta con algunos números, contracargaron a los guerrilleros que se protegieron en la infantería que ocupaba la cerca de piedra de *Bobadilla*, tal como indica el croquis. Después de esta maniobra, el fuego de los fusiles mausers que usaba la infantería española, contuvo con su densidad mortal el avance de la caballería cubana, la que se vió obligada a buscar protección en las cercas de piedra y la vegetación del lugar; no sin que las bajas resultaran numerosas y sensibles, al cabo de algún tiempo. De los primeros en caer al saltar una cerca, debido a su mala cabalgadura, fué el ayudante Manuel Piedra, que, afortunadamente, no fué alcanzado por las balas enemigas, pero permaneció aturdido y sin caballo. Después fueron heridos de bala Baldomero Acosta, José M. Herrera, *Lupo González*, *Pancho Guatao*, el práctico conocido por D. Toribio, y muchos más de los que ocuparon este flanco, cuyos nombres no han podido ser recogidos en nuestra investigación por falta de datos fide-

dignos. Dos muertos hubo, entre otros, que ahora hemos logrado sacar del anónimo: el comandante Carlos González y el soldado Cándido Palomino.

El reducido contingente de la izquierda cubana, cesó en su actividad bélica por falta de parque y combatientes. Como consecuencia de ello, vino la retirada forzosa hacia la casa en ruinas de Claudio Hernández y sus alrededores, donde varios *mambises* de significación, como Miró y Pedro Díaz entre algunos más, hablaban del desplome del caudillo, con el dolor reflejado en el rostro y bajo la inquietud de que el cadáver de Maceo estuviese en poder del enemigo.

La recia figura de Juan Delgado se irguió ante la hueste maltrecha, aplanada por la desgracia, y dijo palabras de admonición. Había que morir o cobrar el cadáver. En tales circunstancias Emilio Collazo pasaba herido de gravedad, después de un intento desesperado con una fracción de su unidad para alejar las fuerzas españolas protectoras de la retirada que ya Cirujeda había emprendido.

Nosotros no vamos ahora a discutir en una larga digresión si fué Miguel Hernández o un hombre a sus órdenes quien hizo el hallazgo de los cadáveres de Maceo y Gómez; porque lo que tiene importancia positiva no es el nombre tan discutido del hallador, sino el hecho cierto de que no hubo *rescate* y de que los cubanos pudieron rendir el último tributo de cariño a los dos muertos gloriosos después de cobrarlos.

Antes de seguir a los *mambises* en la fúnebre peregrinación que se inició a la caída de la tarde en San Pedro, para terminar al día siguiente en Cacahual, séanos permitido referirnos ahora a la columna de Cirujeda porque de lo contrario quedaría trunca nuestra relación.

De 4½ a 5 de la tarde, es decir, cuando el combate llevaba 2 horas de actividad intensa, Cirujeda decidió retirarse por tres motivos muy distintos pero irremediables: la posible llegada de la noche antes de arribar a Punta Brava, lo cual hubiera sido quebrantar la doctrina militar de la época; la escasez de municiones, puesto que las acémilas estaban agotadas a ese respecto; y, por último, la necesidad de atender a los heridos, algunos graves, a quienes se había hecho la primera cura en el improvisado hospital de sangre colocado a retaguardia de la línea de fuego, sobre el suelo infecto de lo que era entonces un callejón estrecho y *enmaniguado*.

Le fueron propicias las circunstancias a Cirujeda, no cabe duda; porque los cubanos segados por el plomo de una infantería que no

tuvo en 2 horas el menor peligro por sus flancos, y mucho menos por su retaguardia, unido ello al aplanamiento moral que causó la muerte de Maceo, resultaron factores decisivos para el mando español que, seguro de haber alejado al enemigo, pudo reconocer a su frente y flancos y emprender una retirada en orden, bajo la protección de la guerrilla de Peral que cubrió la retaguardia porque las características del terreno determinaban esa misión a la caballería.

La columna española pasó por Guatao y llegó a Punta Brava próximamente a las 6 p. m., con 31 bajas entre muertos y heridos.

Los documentos y prendas ocupados a Maceo y Gómez despertaron el interés de los oficiales y, en definitiva, del jefe de la fuerza que, vacilante, se decidió a pasar un telegrama a la Capitanía General; telegrama en clave que nosotros hemos podido descifrar, gracias al señor Manuel Díaz Galazo, encargado del servicio telegráfico en el Palacio del Gobierno en esa fecha. Es el tal despacho, firmado por Cirujeda, un documento definitivo para destruir la vaga afirmación de Weyler en su libro *Mi Mando en Cuba*. Weyler ha dicho así: "El encuentro con Maceo no fué casual, sino debido a mi previsión". Y Cirujeda, antes de hablar por boca ajena, respondiendo a una sinceridad propia del momento, decía en su telegrama: "Si no fuera porque es *imposible*, diría que en Punta Brava ha muerto el cabecilla Maceo, según los documentos que llevaré a V. E."

Cirujeda, como cualquiera de nosotros en su lugar, consideraba *imposible* que un hombre a quien el Alto Mando español daba por acorralado en las montañas de Pinar del Río, apareciera de improviso en el territorio de la Habana, sin ruido alguno en su obligado paso por la famosa trocha militar de Mariel a Majana, como si fuera poseedor de sobrenaturales dones. Era Weyler precisamente el redactor indirecto del telegrama de Cirujeda, porque había llevado al ánimo de todos sus subordinados la seguridad de que Maceo estaba *copado* y, en consecuencia, en condiciones de inutilidad manifiesta, no ya para salvar el obstáculo de una trocha bien fortificada y mejor vigilada, que ni siquiera para intentar un esfuerzo en tal sentido. Es fama que Arolas, jefe de las fuerzas que guarnecían esa trocha, consideraba ofensivas las insinuaciones de que ésta pudiera ser burlada, y hasta nosotros ha llegado la versión de que este jefe español comparó con un escupitajo en el rostro a su persona, si Maceo lograba realizar lo que se estimaba una hazaña superior a la de Aníbal en Italia.

La impudicia militante se encargó con posterioridad de tejer la obrepción del combate de *San Pedro*, y las plumas coloniales, no tan profanas como insidiosas en el comentario de esta acción de guerra, hablaron de *estrategia, táctica, logística* y, sobre todo, de la *previsión* genial del cerebro director.

Previsión, muchísima previsión, reconocemos en el Mando Supremo de la campaña, pero no precisa y especialmente para colocar a Cirujeda frente a Maceo, sino para forjar una novela en varios tomos, de prosa tan densa como incongruente, que adormece como el opio y desorienta como la niebla.

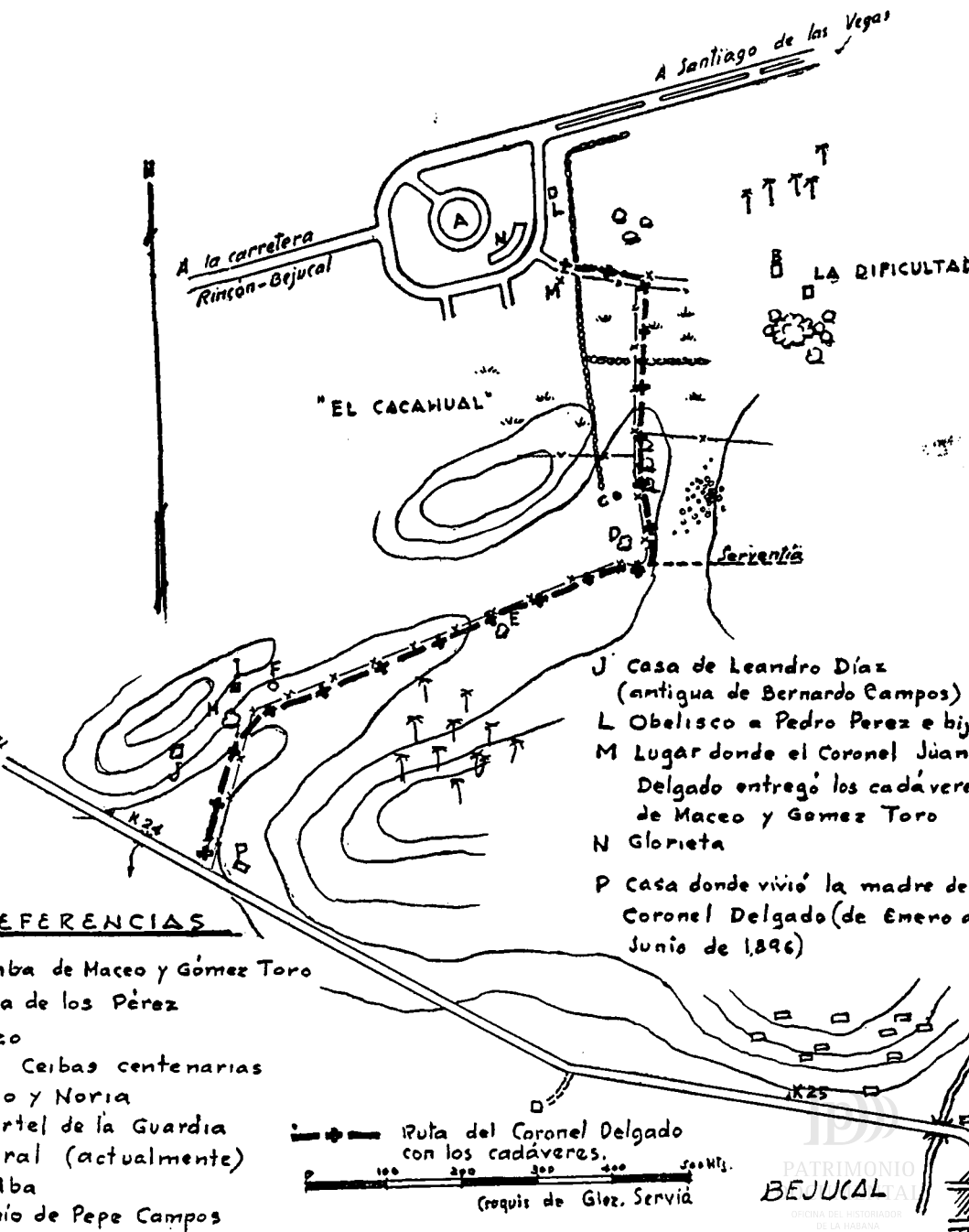
### DE SAN PEDRO A CACAHAL

Completemos nuestro relato rápidamente, refiriéndonos a la conducción de los cadáveres de Maceo y Gómez, desde el potrero *Bobadilla* — San Pedro, si se quiere —, hasta la finca *Cacahual*.

Cobrados los cadáveres, como ya se dejó expuesto en su oportunidad, y alejada por completo la idea de un rescate, que pudo haber sido quizás, pero que no fué así; los cubanos, muchos de ellos heridos, emprendieron una marcha rápida hacia los montes de Coca, hasta llegar al Pozo de Lombillo, donde los cuerpos de Maceo y Gómez fueron tendidos junto al abrevadero que allí existía, bajo la natural consternación de los presentes. De acuerdo con Pedro Díaz, Miró y Sánchez Figueras, el coronel Juan Delgado se hizo cargo de conducir los cadáveres a lugar seguro, donde pudiesen recibir sepultura anónima.

Los heridos graves, como Nodarse, fueron entregados al capitán Andrés Hernández para ser internados en sitio adecuado y próximo, después que recibieron los auxilios médicos. Jústiz falleció en Lombillo, mientras Carlos Guas trataba de revivirlo. Puede darse como cifra aproximada de bajas cubanas, 50 entre muertos y heridos.

Ya de madrugada, a las 2 próximamente, la comitiva fúnebre emprendió su dolorosa jornada, con los dos cadáveres aludidos sobre bestias de carga, bajo una exploración cuidadosa en todas direcciones, y siguiendo por la finca *Lombillo* hasta el camino de Rincón a San Antonio de los Baños, la cual tomó hasta el callejón de La Ceiba, se internó, por último, en el callejón de Verracos para salir a la carretera de Rincón a Bejucal y entonces Juan Delgado subió por la altura de Cacahual, no precisamente por donde está construída la



A la carretera  
Rincon-Bejuco

A Santiago de las Vegas

"EL CACAUAL"

LA DIFICULTAD

Serventis

- J Casa de Leandro Díaz (antigua de Bernardo Campos)
- L Obelisco a Pedro Perez e hijo
- M Lugar donde el Coronel Juan Delgado entregó los cadáveres de Maceo y Gomez Toro
- N Glorieta
- P Casa donde vivió la madre de Coronel Delgado (de Emero de Junio de 1896)

REFERENCIAS

...aba de Maceo y Gómez Toro  
...a de los Pérez  
...co  
... Ceibas centenarias  
...o y Noria  
...rtel de la Guardia  
...ral (actualmente)  
...aba  
...io de Pepe Campos

—●— Ruta del Coronel Delgado con los cadáveres.  
0 100 200 300 400 500 Mts.  
Croquis de Glez. Servia

BEJUCO DE LA VEGA  
PATRIMONIO HISTÓRICO  
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA TIERRA



carretera actual que va al mausoleo, sino por una serventía agreste que conducía, en aquellos tiempos, a la finca *La Dificultad*.

Es algo muy sabido que la familia Pérez, residente en la finca *La Dificultad*, fué la encargada por Juan Delgado de conservar el secreto de la sepultura de Maceo y Gómez. Por ello no haremos referencia a detalles conocidos, pero sí hemos de referir que los Pérez seleccionaron en definitiva un pedazo de terreno en el que había un bibijagüero para cavar la fosa, el mismo lugar donde hoy se yergue el monumento conmemorativo, y que en esta selección hubo una finalidad previsora. Sabéis que un bibijagüero, o sea la red de galerías subterráneas abiertas por las bibijaguas, presenta numerosos conos de tierra que se mantiene movediza, y nuestros guajiros aprovechan tal circunstancia para despistar a los que buscan la tierra recién cavada, puesto que a nadie se le ocurriría confundir el bibijagüero que tiene la característica apuntada, con una sepultura reciente.

Era el amanecer — triste amanecer del día 8 de diciembre —, cuando los generales Miró, Díaz y Sánchez Figueras, firmaban el acta de las dos defunciones en la loma del Hambre, sin especificar el lugar en que los cadáveres se habían sepultado.

Más tarde, Díaz y Miró emprendían marcha hacia el Cuartel General del Ejército Libertador, y los demás jefes insurrectos se incorporaban a sus zonas respectivas para continuar la lucha, esa lucha inmensa que no ha sido superada por ningún pueblo de la Tierra.

Lo decimos con sinceridad justificada: el cubano es heredero de una bella y hermosa tradición. Tenemos, como Grecia, nuestros “tiempos heroicos”, según la frase afortunada de Domingo Méndez Capote. Evoquemos a cada instante esos tiempos, y digamos con Martí:

Hay un límite al llanto sobre la sepultura de los muertos, y es el amor infinito a la patria y a la gloria que se juraba sobre sus cuerpos, y que no teme, ni se abate, ni se debilita jamás, porque los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra.

## JUICIO CRITICO

Un juicio crítico, por modesto que sea, exige siempre una tarea mental muy complicada para llegar al logro de conclusiones definitivas, en cualquier estudio presidido por la serenidad y amparado por la honradez.

No hemos olvidado, por otra parte, el precepto de notables historiadores, que exige al especialista el deber de mirar por encima del recinto de su especialidad al campo de los hechos comunes; máxime tratándose de la guerra que, como se sabe y se ha repetido hasta la saciedad, "no es sino una continuación de la política, en la cual la violencia sustituye a la razón: un medio para el logro de un fin, no un fin en sí misma".

Un militar francés, el coronel Grasset, tratando de demostrar la utilidad de las monografías de combate, afirma en un reciente trabajo publicado en la *Revista Militar Francesa*, que la diferencia entre un curso de táctica y la evocación de un hecho de guerra, es la misma que existe entre un curso de literatura y la meditación de un bello poema; por el estudio de la teoría, formula Grasset, se obtienen ciertamente las reglas precisas para triunfar en las lides literarias, pero es, en cambio, en la lectura de las obras maestras, donde apropiándose esas reglas puede, quien cuente con aptitud y capacidad bastante, profundizar en su contenido y aprender a la vez la manera más artística de aplicarlas en la práctica. A su vez la revista mensual *La Guerra y su Preparación*, se suma a la tesis del especialista francés, y atribuye la crisis actual que atraviesa la historia militar en España, al hecho de haberse privado a la táctica de su mejor y más necesaria piedra de toque.

Por nuestra parte podemos y debemos afirmar, que en nuestras guerras del siglo XIX, como es proverbial en todas las guerras, hay materia suficiente que analizar e infinitas enseñanzas que deducir; a tal extremo, que la vida normal de un hombre no alcanzaría para dejar concluída obra de tanta trascendencia histórica, a menos que se crearan organismos dedicados exclusivamente a ese fin, con hombres capaces y medios adecuados.

*San Pedro* es una página sangrienta, a la cual tuvimos temor de acercarnos hace ya algunos años, porque la maledicencia se apostó en ella como en una encrucijada. Cautelosamente leímos todas las opiniones y con recelo escuchamos algunas informaciones no del todo congruentes. Más tarde fuimos a la finca donde el drama se desarrolló, porque en una investigación concienzuda no se puede perder de vista el terreno; y allí los testimonios de los actores fueron aquilatados, tamizados y reducidos a términos concretos y enlazados entre sí. Posteriormente los tres oficiales integrantes de la comisión nombrada

por el Estado Mayor, nos reunimos para discutir el resultado que arrojava nuestra reconstrucción histórica militar, en un análisis severo.

Para que esta obra de divulgación sea útil y de fácil comprensión general, vamos a exponer nuestro juicio en forma de preguntas y respuestas, y de la manera más sencilla posible.

El interrogatorio que debe ser contestado, en relación con el combate de *San Pedro*, puede formularse en cinco preguntas, a saber:

1ª - ¿Respondió a sus fines la exploración cubana?

2ª - ¿Estuvo bien seleccionado el lugar dónde se estableció el campamento *mambí*?

3ª - ¿Se establecieron correctamente las avanzadas?

4ª - ¿Debió Maceo aceptar el combate en *San Pedro*?

5ª - ¿Maniobraron hábilmente cubanos y españoles?

Antes de dar cumplida respuesta a todas y cada una de las anteriores interrogaciones, procede hacer constar que el arte militar, como todo arte, responde a principios que han sido estudiados profundamente, hasta el límite a que ha podido llegar la acuciosidad mental del hombre. Se aceptan hoy, como quizás saben todos los que nos leen tres grandes principios en este arte: *voluntad de vencer, acción de conjunto y sorpresa*. A su vez, de tales principios que pueden entenderse como fundamentales, se derivan otros, sin que se haya fijado su número exacto hasta ahora, entre los cuales figuran *libertad de acción, número, seguridad, economía de fuerzas*, etc.

A la primera pregunta del interrogatorio, que se refiere a la exploración cubana, hay que contestar sinceramente que no se hizo con la eficiencia necesaria, porque entonces y ahora ese servicio es el encargado de dar al mando toda la información posible para su seguridad, y, por ende, garantizar la libertad de acción del jefe. Observamos en la exploración de las parejas cubanas durante la mañana del día 7 de diciembre, una información bien adquirida, puesto que la noticia de que una columna enemiga marchaba hacia Cangrejas, era positiva; pero con posterioridad la exploración del rastro, tan celosamente practicada siempre por los *mambises*, no continuó su cometido en dirección a Corralillo; y fué hacia este poblado y no sobre Punta Brava, donde hubo deficiente exploración, que produjo el hecho de que Peral se montara en el rastro al llegar a San Pedro Abajo. En la marcha de Cirujeda a Bauta, motivada por unos disparos fortuitos, se confirma una vez más, la afirmación de Clausewitz: "No hay actividad humana que esté tan íntimamente en contacto con la casualidad,

como la guerra". La exploración debió ser suficiente en todas direcciones, sobre todo en el frente peligroso, o sea en dirección a Punta Brava, Bauta y Corralillo; pero entendemos que la información sobre el rumbo de Cirujeda, que, en efecto, iba hacia Cangrejeras por la mañana, llevó demasiada confianza posteriormente a las parejas exploradoras y les restó actividad.

La contestación a la segunda pregunta se resume así: el lugar elegido para campamento en San Pedro Arriba, reunía buenas condiciones tácticas, y pudiéramos decir que también estratégicas, si tenemos en cuenta que en esos alrededores se iba a realizar la concentración de las tropas cubanas para el ataque a Marianao. Además, para comprender bien lo que significaba la finca *Concepción* de Claudio Hernández, conocida por *Montiel*, bastará decir únicamente que para los *mambises* era una *majasera*. Y las *majaseras* tenían una característica: generalmente no las visitaba el enemigo. Si se observa el terreno en el croquis de posición que hemos levantado, o se visita a San Pedro para conocer la topografía del lugar, se tendrá la cabal impresión de que el denso palmar, las cercas de piedra y de seto vivo, la agreste vegetación que entonces cubría casi la totalidad del paraje, constituían un valladar de relativa pero apreciable seguridad para una tropa vigilante.

Entremos ahora en la respuesta de la tercera pregunta: ¿se establecieron correctamente las avanzadas? En rigor, las avanzadas tienen por principal misión asegurar contra la sorpresa a la tropa en reposo, es decir, que deben cumplir su cometido, de tal modo que puedan explorar, vigilar y resistir, proporcionando tiempo y espacio al grueso para tomar sus disposiciones. Si nosotros observamos detenidamente el croquis que señala los lugares y las distancias de las avanzadas en San Pedro el día 7 de diciembre, podemos opinar que el campamento no estaba debidamente protegido, porque a simple vista se nota que el triángulo escaleno formado por las líneas imaginarias que unen a las avanzadas, resulta tener su mayor lado en el frente de más peligro, puesto que las dos columnas volantes que operaban en esa zona, la de Cirujeda principalmente, hacían sus recorridos habituales sin riesgo inminente para los montes de Ccca. La gráfica demostración que presentamos a la vista de todos los lectores, denota un error al colocarse esas avanzadas en el lado por donde la amenaza era cierta. Esa media legua entre los Cuatro Caminos de Piña y *La Matilde* estaba descubierta en sus dos terceras partes. Se necesitaba un número

mayor de avanzadas, que defendieran mejor el campamento; por lo menos una, en la curva del callejón a los Cuatro Caminos de Piña. Por lo demás, el sitio preciso donde se colocaron las 3 avanzadas era aceptable, apreciando principalmente dos factores: el terreno y el efectivo del grueso.

Al no conocerse por las avanzadas los movimientos y propósitos de las columnas enemigas que operaban en la zona, debido a la deficiencia del servicio de información, se produjo como consecuencia la sorpresa, que es algo incontrarrestable y lleva el pánico siempre a las tropas, aunque éstas sean las más bravas y disciplinadas. Villamartín lo ha dicho: "No hay ejército que resista a un ataque de esta naturaleza tan imprevisto y tan rudo, por mucha que sea su disciplina y su valor". Y agrega: "La verdadera sorpresa es aquella que verifica una corta fuerza cuando tiene un conocimiento profundo del país y de la situación del enemigo".

La sorpresa, como es lógico, robó al mando en *San Pedro* el tiempo preciso para que las órdenes se dieran, transmitieran y ejecutaran; pero como la sorpresa no se explotó, debido a la reacción de un grupo decidido de jinetes cubanos que contracargó a Peral, con denuedo casi inconcebible en una tropa sorprendida, y por otra parte los guerrilleros montados no fueron intrépidos en su carga a fondo, la que pudo haber llegado hasta el sitio donde se encontraba el Lugarteniente General, de no interponerse entre aquéllos y éste el reducido conjunto de impetuosos y abnegados *mambises*, como la sorpresa no se explotó, repetimos, hubo espacio, muy limitado desde luego, para maniobrar.

Aun cuando no fué absoluta la falta de libertad de acción, se quebrantó el principio; y como es invariable en la guerra que la violación de los principios se pague con sangre, *San Pedro* no podía ser la excepción.

Respecto a la cuarta pregunta, nosotros la dejamos contestada con una afirmación rotunda: Maceo aceptó el combate en *San Pedro* porque no podía adoptar otra decisión. Es muy cómodo, dirán algunos, hacer una afirmación *a priori*, sin ulterior y plena demostración; pero nosotros aduciríamos que mucho más cómodo es decir en voz baja y en forma confidencial, al oído de un amigo, que fué un error tal o cual decisión de un personaje histórico, pero que no conviene discutirla ni divulgarla. Y es necesario proclamar con Rodó, que "la verdad no debe dañar", y que la historia, la verdadera historia, es aquella que traduce nuestras convicciones sinceras como producto de

un estudio bien meditado, que no desea ni puede aspirar a su general aprobación, sino a la crítica respetuosa que construye e ilumina. Además, vamos a decir por qué opinamos que Maceo creyó un deber ineludible combatir en *San Pedro*.

En primer lugar, Maceo pudo decidirse, ya que reaccionó inmediatamente de la sorpresa táctica, por uno de estos tres planes a ejecutar: retirarse hacia los montes de Coca, asumir la defensiva en la loma de los Mameyes de Claudio, o atacar.

¿Retirarse el caudillo que había llegado a la provincia de la Habana en busca de victorias estruendosas y a demostrar que el poderío de su brazo y el temple de su alma eran capaces de las mayores proezas? ¿Retirarse quien sabía que el entusiasmo patriótico era el resorte moral que había de guiar a los cubanos al combate, y que

la audacia ha sido siempre, desde el soldado al general — como ha escrito Clausewitz — la virtud más noble, el acero duro que da brillo y afila las armas, el resorte siempre preparado a la expansión, porque la extremada prudencia se ha de buscar en la extremada audacia y ésta tiene prerrogativas propias en la guerra!

No; no debía retirarse; ni siquiera le era permitido asumir la defensiva, a quien había dicho, pocas horas antes, que en la primera oportunidad enseñaría a “dar machete”, y había escrito al general Aguirre que “venía a pelear mucho”; es decir, que iba a demostrar lo que significaba ser caudillo, el verdadero caudillo en una guerra de independencia como la nuestra, en la que se exigía el desprecio a la vida constantemente por parte del jefe, sin el amparo doctrinal que es útil en otras circunstancias, pero jamás cuando el espíritu domina al instinto y el zarpazo brutal de la acción armada es el único que puede desgarrar la coyunda de la esclavitud. ¿Acaso Máximo Gómez, maestro de todos los grandes guerreros cubanos, con la posible excepción de Ignacio Agramonte, vaciló en ofrecer la vida mil veces? ¿Pero es que queremos privar de su idealidad grandiosa a nuestra guerra, al pensar que la muerte de un hombre pudiera destruir la contienda que nos dió la inmortalidad como pueblo libre? ¿No murieron Agramonte y Martí? Bien es verdad que el genio guerrero de Maceo había impulsado al integrismo a escribir estas palabras: “La guerra es Maceo; acabar con él, vencerle, aniquilarle es concluir”; pero, ¡qué absurda apreciación!

Cuba no era la Beocia. Epaminondas, el caudillo tebano, creador del orden oblicuo y conquistador de la hegemonía griega para su patria, sepultó con su muerte en Mantinea todas las aspiraciones de sus conciudadanos, pobre pueblo sin virtudes que oponer a la adversidad. La saeta que tronchó la vida de Epaminondas, hirió el corazón de su patria, porque los ideales residían en un hombre y no en un pueblo. En cambio, Maceo cayó para siempre en *San Pedro*, pero la bala que lo mató no podía herir mortalmente a Cuba, porque en la *manigua* se peleaba por ideales tan altos, tan arraigados, tan sublimes, que aquella desgracia se tradujo en acicate para intensificar la guerra. Maceo tuvo en vida, y hoy con más motivo, esas proporciones inmensurables en que ya un hombre no tiene color, ni estatura, ni detalle físico alguno porque se ha elevado tanto que parece tocar al cielo, como los gigantes mitológicos; y página envidiada por la historia de todos los países sería ésta en que a la caída de un ídolo como Maceo, los cubanos contestan, al decir del personaje creado por José Francés, "con aquella rabia, con aquel desprecio de la vida", tan admirable como glorioso.

Nunca fué España tan heroica como en su guerra de independencia, dando a conocer caudillos como Mina, el Empecinado y el cura Merino, indiscutibles generales que no por actuar en formaciones guerrilleras, que no es desordenada modalidad sino ordenación dispersa, han dejado de ser los más geniales guerreros que consagró la audacia y el desdén por la vida, únicos atributos que servían de imán para arrastrar a los hombres por cientos y por miles.

En Burguete me refugio para decir que "la vida es un continuo riesgo, y que la guerra no es otra cosa que un agudo compendio de la vida; todo se puede salvar en la guerra, todo, menos la vida y la responsabilidad".

Foch preceptúa, por otra parte que

si la voluntad de vencer es necesaria para librar batalla con probabilidad de éxito, el jefe comete un acto criminal al librar o aceptar la batalla sin esta voluntad superior; pero si la batalla le es impuesta por circunstancias ineluctables, debe decidirse a combatir para vencer a pesar de todo.

¿Y no fueron circunstancias ineluctables las que obligaron a César en Munda al avance personal sobre el enemigo para que su tropa reaccionara? ¿Y no fueron circunstancias ineluctables las que deci-

dieron a Máximo Gómez en Mal Tiempo a cargar el primero sobre las líneas españolas? ¿Y no fueron circunstancias ineluctables, las que obligaron al general Barreiro a combatir contra Bolívar en Boyacá, bajo una sorpresa estratégica, para caer prisionero en un charco de sangre y después morir, perdiendo la batalla pero no la honra? ¿Y no fueron circunstancias ineluctables las que condujeron a Martínez Campos a Peralejo, donde la vida de Santocildes salvó la suya? ¿Y no fueron circunstancias ineluctables las que llevaron a Cervera al desastre naval en Santiago de Cuba?

Y en todas esas circunstancias, y en muchas, muchísimas más, que no traemos a colación porque se haría interminable relatarlas, ¿no se ha combatido por los grandes guerreros con exposición de sus vidas, milagrosamente salvadas en ocasiones y ofrecidas otras en holocausto a la causa que se mantenía por ellos?

La imposibilidad de estar en todo, como dice el coronel argentino Fasola, de preverlo todo, intervenir a tiempo en todo, hace a veces necesario que se tenga que aceptar por un jefe la responsabilidad de acontecimientos en que no ha intervenido directamente; y si alguna característica no se borró nunca en Maceo, ésa fué el concepto de la responsabilidad como conductor de hombres en una guerra tan dura como la nuestra, donde los ascensos se daban en el mando de tropas a base de arrojo individual y los caudillos tenían que saber morir, practicando el antiguo adagio militar que dice: la orden más terminante de un jefe es el ejemplo.

La libertad de Cuba se hizo a fuerza de prodigiosos hechos de valor, audacia y desprecio a la vida, no porque los cubanos fuesen distintos a los demás hombres, sino porque cuando le llega a un pueblo la hora de su liberación y el sacrificio se escatima, la abyección es su epílogo obligado.

Todas las torcidas interpretaciones que se han dado a la muerte de Maceo, unas por ignorancia y otras por el oculto designio de quitar prestigio a una guerra que triunfó por encima de intereses creados, habrán podido tener eco en algunos sectores de la opinión, debido precisamente a la grandeza del caudillo oriental; porque es ley muy humana, como anota Cabanés en una de sus obras recientes, que en todo tiempo ha parecido imposible que los grandes hombres mueran como los seres vulgares, y así a Napoleón, por ejemplo, se le consideró asesinado por el gobernador inglés de Santa Elena, cuando lo cierto era que había fallecido como un buen burgués, debido a una afección



orgánica. En Maceo se produjo el mismo fenómeno, porque los cubanos se negaban a concebir la muerte de quien a diario la desafiaba triunfalmente, como si la fortuna se hubiera desposado con él, dándole carne de inmortalidad. ¡Bastante tiempo vivió el formidable duelista que hizo temblar con el estruendo de las armas a montañas y llanuras, en un loco y santo frenesí de pasión por la libertad de Cuba!

Viene ahora la última pregunta. Intentemos contestarla con la mayor concisión posible, aunque sin dejar de mencionar los puntos esenciales que, a nuestro juicio, han de probar si cubanos y españoles maniobraron en *San Pedro* con habilidad.

Maniobrar, pero sobre todo maniobrar bien, ha sido desde los imperios asiáticos hasta Napoleón, pasando por Grecia y Roma, sin olvidar la Gran Guerra, estacionada en los frentes tablas por falta de maniobras precisamente, y que en su fase final enseñó al mundo militar moderno que si bien la preponderancia del fuego neutralizaba el avance de la tropa, también dejó definitivamente sentado que sin la movilidad no hay triunfo, maniobrar bien, decimos, ha sido siempre el anhelo de todos los jefes. No podría decirse que en la doctrina militar española de fines del siglo XIX, no se le concedía importancia a la maniobra porque eso sería negarle a un ejército regular su verdadera eficiencia. No cabe tampoco suponer *sui géneris* modalidades en el combate por parte del ejército español en la campaña de Cuba, sino más bien apego al doctrinarismo que degenera en rutina. De un pensador español es, por cierto, este axioma: "La teoría que no es práctica, no es teoría: es utopía; y la práctica que no tiene teoría, no es práctica: es rutina". Y si de algo se puede hacer crítica serena en la guerra entre Cuba y España, será siempre del doctrinarismo rutinario que se mantuvo por la mayoría de los jefes en operaciones, olvidándose así al tratadista Almirante, que escribió sobre la doctrina para decir, con su habitual claridad, que ésta es como el agua, si se la deja estancar se corrompe; tiene que seguir el movimiento que a todo anima en el mundo moral y material.

Estamos conformes en proclamar "la superioridad permanente de la inteligencia creadora, en un arte sin más reglas absolutas que las del buen sentido, puesto que opera en plena materia humana"; pero con una salvedad: las equivocaciones o las imprevisiones en el arte de la guerra, a diferencia de las demás artes, tienen por regla general una sanción terrible, porque se pagan con sangre.

Concretándonos al combate de *San Pedro*, sabemos que la fase inicial del mismo consistió en el ataque sorpresivo de la guerrilla Peral a la avanzada cubana de *La Matilde*, ventaja táctica que no logró ser explotada, a causa de una contracarga cubana. Debe consignarse, a este respecto, que autor tan conocido como Barbasán, profesor de la Escuela Superior de Guerra en España, precisamente en la época a que nos referimos, escribió con razón que

toda tropa sorprendida por la presencia de la caballería, se encuentra en un momento de debilidad, que deberán aprovechar los jinetes, cayendo sobre ella como una exhalación, antes de que pueda volver de su asombro y adoptar las medidas necesarias.

Y eso no se hizo en *San Pedro* por la caballería de Peral.

En cuanto a la infantería española, desplegó y combatió relativamente bien, más que nada por la orden oportuna de Cirujeda a los infantes veteranos que neutralizó a tiempo la vacilación de las dos compañías de mallorquines, y permitió, después, el avance de la tropa hasta ocupar la cerca de piedra como abrigo, donde se hizo fuerte. En último término, los 24 jinetes de la guerrilla de Punta Brava, al mando del oficial Ruiz Aranda, se movieron inicialmente con precisión indiscutible, de acuerdo con su cometido como patrulla de combate que debía proteger, como protegido, el flanco izquierdo español. Cuando Ruiz Aranda comprendió que no había peligro por ese flanco, buscó el contacto con la infantería y exploró posteriormente el potrero *Bobadilla* al amparo de la ocultación que le proporcionaba la cerca de seto vivo o piñón, perpendicular a la de piedra ocupada por la infantería en esta acción memorable.

De todos modos, las tropas de Cirujeda estuvieron a la defensiva en casi todo el tiempo que duró el combate (dos horas aproximadamente), salvo el episodio inicial de la carga de caballería y el reconocimiento de los guerrilleros de Punta Brava al terminarse el fuego regular de fusilería.

Del análisis de esta acción se pueden deducir en la parte española dos faltas: la rígida actuación de la tropa y su negativa capacidad para la persecución.

Nuestra probidad, nos veda quemar el incienso del elogio cuando no es merecido y carece de justificación; pero es algo tan insólito, el brioso y oportuno empuje de Juan Delgado y Alberto Rodríguez, los

dos jefes inolvidables para los cubanos que saben de sus proezas, ante la sorpresa de Peral y su guerrilla; merecen esos dos *mambises* de contextura férrea y los que les acompañaron, tanta admiración y respeto, que nos declaramos impotentes para resumir con palabras la maravillosa contracarga que evitó la muerte del Lugarteniente General bajo los árboles frondosos en que descansaba, e hizo posible que nos quedara, como su última imagen, la impresión de su figura gigantesca, cayendo de su corcel de guerra con el acero en alto, en el fragor de la pelea.

La centena de cubanos que pudo resistir y reaccionar contra la sorpresa en San Pedro, maniobró con esa celeridad tan característica en tropas irregulares, y si se hubiera hecho presión hacia el flanco izquierdo español, como intentó Maceo, con una amenaza por retaguardia, otro aspecto final del que tuvo esa acción anotaríamos hoy probablemente.

No obstante la carencia de tiempo y espacio a que hemos hecho alusión en este estudio, como lógica resultante de la sorpresa, la caballería cubana actuó en una forma tal, que confirma un aserto de antaño sustentado; es decir, que la caballería irregular, creación del pueblo, no del gobierno, en todas las épocas, carga o ataca a la desbandada y posee una movilidad asombrosa, como se demostró en gran escala y a diario en La Invasión, aquella "cabalgada fantástica", al decir de un periodista español.

Con 120 hombres, más o menos, que fueron los efectivos de que pudo disponer Maceo, mal parqueados y deprimidos moralmente por una sorpresa que tuvo que dejar su sedimento, era imposible exigir mayor capacidad maniobrera y combativa, frente a un enemigo bien municionado, moralmente entero y que ascendía a 479 hombres protegidos tras una cerca de piedra en una extensión aproximada de medio kilómetro. Además, el hecho cierto de que casi todos los que se mantuvieron frente al enemigo fuesen oficiales, indica que por algo se llegaba a esos grados en el Ejército Libertador.

Es admirable, sin que decirlo constituya patriotismo exagerado, que tan escasa tropa cubana mantuviera, después de contracargar, una obstinada ofensiva hasta el infortunado instante del desplome de Maceo.

¿Maniobraron bien españoles y cubanos? Si es crítica lo que estamos tratando de realizar, entonces hay que contestar rotundamente que

*Maceo hizo en San Pedro más de lo que podía y Cirujeda no hizo todo lo que pudo.* He aquí toda la verdad, sin ropaje alguno, y sin que influya en nosotros la condición de ser cubanos.

## R E S U M E N

El combate de San Pedro fué un descalabro para los cubanos. ¿Qué digo?: fué un gran desastre, por el hecho de haber muerto allí Maceo, encarnación sublime de la bravura y de esos alientos poderosos que convierten al esclavo en ciudadano. Si las armas cubanas hubiesen triunfado en *San Pedro*, a costa de perder al táctico genial que no conoció jamás el temor ni la vacilación ante el enemigo, tampoco glosaríamos hoy una victoria; porque hay figuras guerreras, como la de Maceo, que llegan a tener perfiles de tan decisiva significación, que basta su caída para considerar perdida una batalla.

Ante el desplome resonante del héroe no cabe, pues, alzar la voz ufana; pero tampoco enmudecer con el "miedo de vivir" que diría Bordeaux, con el ánimo enfermiza de los que a toda costa hurtan su sensibilidad al dolor, y lo silencian como si así tratasen de alejar una deidad maléfica. Ni tampoco hemos de alentar el prurito de omitir los pormenores del *revés* que no ofende, del *revés* connatural de la guerra y que entra en suerte junto con la victoria para decidir la contienda, a veces contra toda humana previsión, y con designio injusto y ciego que nos hace recordar a D. Quijote y maldecir con él "la desmandada bala que corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos".

El pueblo que no sabe hablar con entereza de sus reveses es cobarde. Por eso queremos hoy demostrar que los cubanos no rehuimos mencionar a *San Pedro*; por el contrario, investigamos y formamos juicio de su desarrollo y resultados.

No es página tenebrosa en nuestra historia la del combate de *San Pedro*, vista desde cualquier punto en que nos situemos. Militarmente considerada, demostró que nuestra *voluntad de vencer* era mucha, y que 120 hombres bregaron hasta el desfallecimiento, contra 479, manteniendo una ofensiva constante. El buen éxito de la fuerza española, consistió en dar muerte a Maceo; porque tácticamente la acción no terminó con los requisitos que se exigen en estos casos, principalmente el de la persecución. Faltó lo que pudiéramos llamar el epílogo.

Por otra parte, *San Pedro* fué un combate sin grandes maniobras, de efectivos reducidos, muy sencillo, de clara comprensión; sin que exista razón alguna — al menos para nosotros — que justifique esa misteriosa oscuridad en que muchos pretenden sumirlo. Es necesario decir en alta voz que allí luchaban hombres y no dioses; que esos hombres hicieron todo lo que podía exigirse de ellos; y que Maceo murió allí, como podía haber muerto en *La Indiana* o en *Los Mangos de Mejía*, en *Sao del Indio* o en *Las Taironas*, porque su arrojo no conocía límites.

Hemos señalado errores sin personalizar, no sólo porque nuestro propósito es esencialmente doctrinal, sino también porque al *mambí* se le pueden señalar equivocaciones, pero nunca mala fe. La obra que se realizó en la *manigua*, es demasiado grande y excesivamente trascendental, para que la sospecha pueda enturbiarla.

Si para algo noble debe servir en este mundo la palabra — como ha escrito la pluma vigorosa de Manuel Sanguily — después del ministerio sublime de enseñar la verdad, haciéndola hermosa y amable por los encantos de la forma, es sin duda para levantar los espíritus a la dignidad moral más alta que pueda alcanzar nuestra especie. Enseñar, dignificar, eso sí es grande, y bueno, bello y útil.

Será fatal para muchos, pero lo cierto es que las grandes conquistas de la humanidad, han dejado impresa una huella sangrienta. De ahí la equivocación fundamental, por ejemplo, del autonomismo en Cuba, que creía en la ilusoria reforma política, a base de un proceso evolutivo. El autonomismo representó un pacifismo de sanas pero utópicas doctrinas. Nos hizo algún bien, pero no tenía vigor activo para hacernos *todo el bien* que necesitábamos.

Los hechos de armas: he ahí lo que define y concreta; he ahí lo que se alza con destellos gloriosos ante la mirada atónita de los pueblos; he ahí lo que inmortaliza todas las tradiciones. Y cuando surge una derrota — porque en la guerra todo no ha de ser triunfo —, entonces llega la hora de aquilatar el temple del alma nacional; entonces es cuando la resistencia moral se pone a prueba; entonces el hombre puede llegar a guiñapo o a bandera.

¡Sublime fortaleza la de nuestros progenitores, que, con la ponzoña del dolor clavada en el corazón, ante la catástrofe de *San Pedro*, acallaron los gemidos para rugir! ¡Qué bello poema se puede trazar

con las palabras de Gómez a María Cabrales: "Llore por usted y por mí"! Y es que Gómez no podía llorar a los muertos, porque los sentía vivir en sí mismo, a los grandes muertos, como los sentía Martí, como debemos sentirlos nosotros, fortalecidos por el ejemplo de aquella nuestra bendita guerra, mil veces bendita, que levantó la más alta pirámide a la dignidad humana.

El pedazo de tierra que vió batallar por última vez a nuestro Maceo, queda consagrado a la veneración de la posteridad. Cacahual guarda los despojos mortales del Caudillo y su Ayudante, pero lo inmortal, aquello que es patrimonio del espíritu; eso está en San Pedro, bajo la sombra de sus arboledas y palmares, junto a las cercas de piedra o de piñón que lo circundan, sobre la yerba que allí se pisa, en todas sus oquedades y encrucijadas.

No hay que destruir nada en San Pedro; por el contrario, conservarlo perennemente como estaba el día del combate, con esa su peculiar y bravía vegetación; porque de este modo las generaciones que han de venir, necesitadas de fortalecerse con la objetividad, podrán decir, refiriéndose al gran adalid: — aquí estuvo acostado; acá ordenó el ataque; por este sitio entró en el potrero *Bobadilla*; en este lugar nos lo arrebató la gloria; y aquí, a su lado, con los altos prestigios del heroísmo, se inmoló la juventud . . .



# INDICE

	<i>Pág.</i>
Nota Preliminar, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i> .....	7
La Invasión .....	9
Dos conclusiones de la campaña del general Máximo Gómez en la provincia de la Habana.....	69
San Pedro .....	85

